

FIDEL MUNNIGH

LA EDAD DE LA RAZÓN



Ediciones del Cielonaranja
Santo Domingo – Berlín 2005

PRÓLOGO

Los textos que aparecen a continuación fueron publicados entre los años 1996 y 2002 en los suplementos del matutino *Listín Diario*. A partir de 1997, aparecieron bajo una columna que llevaba por título “La Edad de la Razón”. Colaboré para el *Listín* hasta que las veleidades editoriales a que están sometidas las publicaciones culturales en nuestro país me impidieron seguir haciéndolo. Fue así como perdí mi espacio de reflexión y crítica. Luego vinieron los escándalos y las pugnas en torno a ese periódico centenario que todos conocemos. Algún tiempo después pude enterarme de cómo fueron desapareciendo tristemente, uno tras otro, los suplementos literarios de la prensa nacional. En épocas de crisis, la cultura suele ser una de las primeras sacrificadas en el altar de las prioridades.

El título de mi columna tenía una doble inspiración que creo necesario explicar. Por un lado, se inspiraba en la Ilustración francesa; por el otro, en un evidente motivo sartreano. La *Edad de la Razón* alude a la tradición racionalista del siglo XVIII, al gran “Siglo de las Luces”. La llamada “*âge de la raison*» fue la edad “iluminada” por los llamados *philosophes*. Es también el título de la primera novela de la trilogía narrativa *Los caminos de la libertad*, de Jean-Paul Sartre, que yo leí a los veintiún años, en mi época de azorado estudiante de filosofía en Santo Domingo, antes de salir al mundo. Mathieu Delarue, su protagonista, es un profesor de filosofía de treinta y cinco años, que vive situaciones-límite ante las que debe definirse, elegir, tomar partido. Al final de la novela se da cuenta que, a la mitad de su vida (setenta años es el límite bíblico de la vida), ha llegado precisamente a la edad de la razón, al tiempo de la madurez. Mis escritos reivindican más ese sentido existencial que el de la tradición ilustrada. Hablan del desafío de asumir, tras los años locos de la juventud, la cordura en el vivir. No se trata de una vuelta al racionalismo dieciochesco como fundamento para defender aquel proyecto de la modernidad que algunos consideran un fracaso rotundo y otros un proyecto inconcluso. La crítica de la razón ilustrada es uno de los pilares del pensamiento posmoderno. Más que una edad racional o “iluminada”, como la de los ilustrados, lo que propongo es una “edad razonable”.

RITUALES

TODOS LOS AÑOS EL AÑO

Todos los años es el eterno retorno de lo mismo. Pasada la tregua navideña, nos sorprende la resaca de enero. Despertamos de un breve sueño a esta realidad agobiante. El poder de turno nos promete un futuro mejor. Volvemos a enfrentar los retos del diario vivir, a cargar el pesado fardo de nuestras preocupaciones cotidianas. Para la gran mayoría de la gente, de lo que se trata es de sobrevivir. Mientras, nuestra existencia se diluye en pequeños actos banales. Porque todos los años son siempre el mismo año, infinitamente vacío, intrascendente y vulgar.

Una vez al año el poder nos concede un leve respiro, una tregua festiva tan sólo para volver a oprimirnos y a engañarnos con la ilusión de democracia y prosperidad. Después, la vida cotidiana retoma su curso y vuelve a llenarse de monotonía.

No quiero incurrir aquí en el lugar común filosófico de que las Navidades han perdido su sentido originario. Desde que tengo uso de razón siempre han sido lo que hoy son: una fecha para comprar muchas cosas y para el jolgorio colectivo. Basta tener la suerte de salir alguna vez del país y pasar las fiestas en cualquier otro lugar para comprobar que en todas partes es lo mismo.

Es cierto: las fiestas se han desacralizado. La sociedad de consumo las ha vaciado de significado, pues ella es la absoluta falta de sentido a fuerza de darle un falso sentido a todo. Entonces todo se vacía de sentido, también nuestros actos y gestos.

Hay pocas cosas tan falsas y artificiales como el saludo de año nuevo. Cargado del peso de la costumbre, es ya un abrazo despojado de calor y de sinceridad. Esa noche, gente que jamás te ha visto o que apenas te conoce, se acerca para felicitarte y darte un abrazo que uno sabe dictado más por el uso que por la alegría de compartir.

Lo he vivido bastante, aquí y en otras partes. En Praga, en la plaza de la Ciudad Vieja, la multitud se congregaba para esperar el nuevo año. Borrachos alemanes y tímidos checos, los mismos que en todo el año apenas reparaban en ti y eran incapaces de dirigirte la palabra, de pronto, como impulsados por un ánimo irrefrenable, te abrazaban efusivamente y te deseaban un feliz año. En el puente de Colonia, los alemanes bebían champaña y tiraban las botellas vacías al suelo, y luego se abrazaban unos a otros en un amplio gesto de fraternidad. La felicitación de año nuevo es ya algo anónimo, rutinario y convencional.

Nietzsche dice en uno de sus aforismos que de lo que se trata es de saber *qué se quiere y que se quiere*. Habría que empezar cada año con una meditación acerca de lo que somos y no somos y de lo que queremos y no queremos ser. Los dominicanos hemos venido perdiendo muchos valores. Me temo que una de esas pérdidas sea la capacidad de reflexión y diálogo. Somos cualquier cosa menos seres sensatos. No aprendemos de los errores. No conversamos: gritamos, y quien más alto grita piensa que tiene la razón. Gritamos, en lugar de mejorar nuestros argumentos. No escuchamos al otro. Hemos convertido la conversación amena en un aburrido monólogo. Cuando dos personas hablan, hacen como que se escuchan entre sí, pero cada una habla de sí y para sí. Nuestro interlocutor no es un sujeto sino un recipiente de nuestras infinitas vanidades. Hemos olvidado decir gracias y pedir disculpas. Nos hemos vuelto groseros, maleducados y agresivos hasta lo insoportable. Nuestra ignorancia es insufrible por atrevida. Creemos que lo sabemos todo y no sabemos absolutamente nada. Somos exaltados, rabiosos, falsos autosuficientes. Sin duda no somos mejores que ayer, pero tampoco peores que mañana.

Quizá hoy más que nunca nos haga falta una auténtica revolución existencial, como Václav Havel llama al despertar de una responsabilidad humana más profunda en el mundo, o acaso una revuelta gandhiana, profundamente moral, como propone Sábato. Sólo volviendo a reflexionar sobre el sentido de nuestra existencia podremos recuperar valores perdidos o descubrir nuevos. Sólo asumiendo el presente, viviendo una filosofía de momentos únicos, podremos detener la marcha del absurdo en nuestras vidas. Porque, después de todo, es una suerte que mañana sea otro día y que de nuevo podamos abrazar una frágil ilusión de sentido.

PARA ESTA ÉPOCA DEL AÑO

Para esta época del año, uno debería retirarse a un lugar apartado, solitario, hacer silencio y dialogar sólo con los campos y los árboles y los animales. Aprender a renunciar a tantas cosas inútiles y tener el coraje suficiente para no hacer lo que no nos gusta y desaparecer por un tiempo hasta que los demás lleguen a extrañarnos, y tomar distancia frente a las mismas cosas, mirarlas desde arriba, para no sucumbir a su tráfico vulgar. Justo para esta época, deberíamos saber escoger esa hora precisa, maravillosa en que todo cuanto creemos importante se diluye y pierde su importancia; elegir, en la alta noche, cuando no conciliamos el sueño tras el tercer cigarrillo o la última copa de vino, el momento único en que podemos estar solos, completamente solos en este mundo de Dios, explorar las infinitas posibilidades del insomnio para pasar revista a todo, al mundo, a la vida, a nosotros y a los otros, sin complacencia y sin contemplaciones.

Alguien me ha pedido que escriba sobre la Navidad. Por principio y también por temperamento, no me gusta escribir por encargo. Evito la escritura de efemérides y ocasión, la prosa coyuntural de vida efímera que mañana mismo será olvidada. Para mí, el acto de escribir está ligado a un afán de permanencia. Sin embargo, no ignoro que en esta época del año suelen abundar los mensajes de amor y paz, de felicidad y armonía. La gente quiere cosas bellas, dulces, lecturas complacientes que no amarguen la conciencia. La misma crítica deja de ser incisiva y demoledora. Se vuelve entonces constructiva, indulgente, conciliadora. Nos permitimos una tregua.

El público demanda optimismo, razones luminosas para seguir viviendo, aun cuando ya no haya valores eternos inscritos en el cielo enrojecido de este fin de milenio. Tal vez mi probable lector demande ilusiones y esperanzas. Siento mucho no poder dárselas. No creo que sea ésa mi misión al escribir. Todo lo más que puedo hacer es invitarle cortésmente a meditar en serio sobre los seres y las cosas que le rodean y constituyen el entorno de su existencia.

Acude a mi memoria el recuerdo de pasadas navidades lejos de la isla. Yo salía afuera, a las calles de Praga, veía a la gente caminar de prisa y preocupada, veía a los checos marchar como locos detrás de su prometida porción de felicidad terrenal, los veía debatirse con sus grandes problemas de libertad y sus pequeños afanes de consumo.

Salgo afuera, a las calles de Santo Domingo, y ¿qué veo? Veo a los dominicanos, mis compatriotas, debatirse entre la esperanza y el desencanto, ansiar una mejor vida. Trato de leer en sus rostros. Cuando caminan solos, rara

vez sonríen y siempre ponen cara de preocupación. Los veo intranquilos, nerviosos, acelerados hasta al ir de compras. Son seres que se merecen un respiro.

No voy donde no me llaman y evito dar consejos (ni siquiera útiles) a quien no me los pide. Y a quien me los pide, se los doy con un sentimiento de duda porque, a fin de cuentas, quien pide consejos nunca se lleva de lo aconsejado y siempre termina haciendo lo que le viene en gana. Sin embargo, si algún buen consejo tuviera que ofrecer sería éste: que hoy mismo, sin demoras, aprendamos a sacar unas pocas horas de solitaria meditación para revisarnos y vernos claramente como frente a un espejo. Si alguna oportunidad vale la pena aprovechar en este mundo de meras circunstancias, es precisamente la de volvernos más lúcidos, más críticos, más agudos. La lucidez descarnada, ese instante de revelación único, no tiene precio.

Eludo las etiquetas. No creo que haya que ser optimista ni pesimista. Lo que sí hay que ser es lúcido, y punto. Los políticos, por ejemplo, nos prometen el cielo en la tierra, un presente más limpio y un futuro mejor, pero no hay que creerles. Hay que escuchar al corazón, a la sangre, al instinto. El espíritu nos engaña, nos induce a error, nos invita a *creer*, sí, pero el instinto y la experiencia de la vida nos llevan a desconfiar. Si la vida es simulacro y engaño continuos, la lucidez (siempre escéptica) es un ejercicio de desengaño.

Parece mentira, ni yo mismo me lo creo, pero he escrito esto casi a petición, yo, que me rehúso a escribir por encargo. Miro por la ventana de mi escritorio las luces de la ciudad, los edificios públicos adornados por bombillitas navideñas, y pienso que es una dicha que aún podamos compartir en este mundo desolado, y ahora debo acabar estas líneas, pues si no viene Zaida y se molesta y me dice que no escriba tanto, que no entregue tarde, que, por favor, Fidel, sólo dos cuartillas y a tiempo, no más, que si no después se le arma un lío con la página y tiene que andar corriendo, que si...

CAMBIO Y PERMANENCIA

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre (...) y vestios del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”

Efesios 4: 22-24

Alguien, que no quiero nombrar aquí, me preguntó hace poco sobre mis planes para el futuro. La pregunta me tomó de sorpresa. Mi respuesta fue lenta, meditada. Me puse a pensar en las tantas promesas de empezar, con el año, una nueva vida, en los propósitos de enmienda que nos hacemos todos.

Cada año que empieza es una reiterada promesa de cambio y mejoramiento. Pero tal promesa, como la imagen del Evangelio, es sólo un remiendo de paño nuevo en vestido viejo. Prometemos cambiar de vida, ser mejores, ser *otros*, mientras arrastramos la misma existencia errática. Por eso, empezar una nueva vida desde cero, hacer *tabula rasa* de todo lo anterior es, además de un improbable, un vano propósito. Cada jornada que agotamos, no hacemos otra cosa que repetir nuestra vieja manera de vivir: actitudes, yerros, omisiones. Guardamos el vino nuevo en odres viejos.

Personalmente, me he hecho una promesa de renovación y continuidad. Prometo ser el mismo de siempre. El año que viene y el otro y todos los que vendrán después y que me restan por vivir, prometo seguir siendo el que soy, un poco más viejo, eso sí, un poco más sensato, acaso un poco más sabio.

Cultivaré mis virtudes y sobrellevaré mis vicios con elegancia. Gozaré del momento presente y tomaré el placer mientras dure. Defenderé al cuerpo, que está hecho para el goce, pero me cuidaré del virus maldito. Pensaré menos en la vida eterna y más en la eterna vivacidad.

Emularé al Horacio de Hamlet y, desgraciado o feliz, recibiré con igual semblante los favores y reveses de la Fortuna, y sabré que en esto consiste la sabiduría. Aceptaré los triunfos y las derrotas como meros accidentes, porque bien sé que las alegrías terminan igual que las tristezas y que los placeres y dolores de esta vida son las dos caras de lo mismo: la singular aventura humana.

Buscaré un nuevo amor. De entre muchas mujeres, escogeré a una hermosa y simple, fingiré amarla y no me importará que ella también finja amarme. La respetaré, la cuidaré, pero no le confiaré mi más íntimo secreto.

No me portaré soberbio con nadie y sólo seré arrogante cuando haya que serlo. Intentaré ser más sencillo y humilde con los demás, despojándome de vanidades, pero no permitiré que nadie humille mi humildad. Haré más las palabras de mi padre: "En la vida, hijo, es preferible una arrogancia honesta a una humildad hipócrita".

Me dominaré, controlaré mis impulsos, no me abandonaré a la ira, que es sólo del Señor, y a nadie ofenderé a menos que se lo merezca. Aunque mis pensamientos sean amargos, mantendré mi buen humor de siempre.

Desconfiaré de los elogios exagerados tanto como de las críticas gratuitas. Trataré de mejorar la calidad de mi trabajo. Me seguiré ganando la vida honestamente, con mis clases y mis traducciones. Me alegraré de mis pequeños éxitos, pues ellos son el fruto de mi esfuerzo y mi perseverancia, y saborearé hasta el fondo mis desengaños. Lamentaré que, entre los que hoy piensan, escriben y crean, el afán de aparecer haya desplazado a la urgencia de ser.

Seguiré pensando que la humanidad se empecina en marchar hacia el desastre y que el mundo es un callejón sin salida. Rechazaré cualquier tipo de fundamentalismo, del color y la bandera que sea. No cifraré mis esperanzas en ningún dogma, en ningún partido, en ninguna iglesia. Ya no podrá decepcionarme ningún candidato, ningún político, ningún líder sencillamente porque dejaré de creer en ellos. Y practicaré la desobediencia civil como yo la entiendo: como un gran NO al simulacro de progreso, como duda permanente, como pura negación creadora. Y abrazaré la única anarquía que considero legítima: la del espíritu. Y haré de la rebeldía mi condición filosófica.

Seguiré leyendo a los autores que más admiro. Y seguiré escribiendo y publicando, y mi probable lector podrá hallarme, como siempre, cada quince días en estas mismas páginas. Me esforzaré por escribir mejor y, al hacerlo, confirmaré, como Borges, que el ejercicio de la escritura nos lleva a eludir equívocos y no a merecer hallazgos.

Intentaré ser un mejor hijo y un amigo más leal. Seré feliz de saber que tengo a la mejor madre del universo. Recordaré a mi padre muerto y deploraré que no nos hayamos entendido mejor. Y pensaré en una criaturita que crece sana y bella en algún lugar de Europa, y a ella le dedicaré mi más puro pensamiento. Y aunque el espanto del mundo a ratos me haga descreer y pensar en su silencio y

su ausencia, seguiré creyendo en Dios, ¡oh sí!, porque si Dios no existiera, ¿cómo podríamos seguir viviendo, cómo consentiríamos vivir un segundo más?

Y, sobre todo, buscaré la sabiduría, la sabiduría trágica que reposa en el misterio de la existencia, pues me traerá la paz y la serenidad. Ahora, a la mitad de la vida, situado ante un pasado que no puedo modificar, un presente inasible y un futuro que ignoro, celebraré íntimamente haber llegado a la edad de la razón, que es la edad de la cordura, de la madurez, del acopio de fuerzas y energías para enfrentar la vida, recuperarme y ya no perderme más.

ILUSIONES

Hay muy pocas cosas ciertas en la vida, pero ésta es una de ellas: que nunca nos libraremos de ilusiones, nunca. En tanto haya vida humana sobre la faz de la tierra, habrá lugar para la esperanza. La vida es imposible sin la ilusión. Lo que la hace soportable es una fuerte dosis de ficción; lo que la sostiene es la esperanza, por pequeña y frágil que sea. La vida sería sencillamente inconcebible si no creyésemos que mañana será un mejor día y que todo andará bien.

Contrario a lo que la gente cree, cuesta mucho desengañarse. El desengaño supone un arduo ejercicio, una tarea fatigosa, pues toda nuestra existencia -como los personajes atormentados de Kafka muestran- es un continuo oscilar entre la esperanza y la desesperación. En lo más íntimo de nuestro ser siempre habrá resquicio para nuevas ilusiones y autoengaños. Nuestro espíritu nos miente, nos engaña, nos anima sin cesar a seguir creyendo, a emprender nuevas empresas de la fe. Por cada decepción, una nueva esperanza; por cada amarga experiencia, una nueva alegría. Los desengaños de cada día son rápidamente olvidados y reemplazados por otras mentiras y ficciones. Tal es el movimiento de nuestro espíritu.

Nunca perderemos por completo las ilusiones. Necesitamos de ellas como de aire puro para respirar, para sentirnos vivos. ¿Qué es sino esto lo que nos hace levantar de la cama cada mañana y creer que el día de hoy será mejor al de ayer? ¿Qué sino esto lo que nos hace seguir viviendo? A quienes nos preguntan sobre nuestros planes para el futuro deberíamos responderles con la frase de aquel personaje de novela: "Ya no tengo ilusiones. Las perdí en el curso de mis viajes". Quizá esta sea la mejor respuesta, pero no respondemos así porque nunca llegamos a desengañarnos del todo.

Una de esas ilusiones que aún nos hacen vivir y soñar es la de la Verdad y la Justicia. Las buscamos siempre, sin descanso y a toda costa; las perseguimos con afán y desespero, aun a riesgo de no hallarlas jamás. Recuerdo a la Katerina Ivánovna de Dostoyevski. Ofendida y humillada, viviendo en la más espantosa miseria y a punto de ser desalojada de su hogar con sus pequeños el mismo día del entierro de su marido, grita desesperada: "¿Es que ya no hay justicia en el mundo? ¡La verdad y la justicia existen en la tierra! ¡Existen!". Su grito nos estremece en lo más profundo.

Cuando se contempla el panorama de este fin de siglo, uno no puede impedirse una sensación de repulsa. Crímenes aún impunes, páginas en blanco que escamotean y encubren la verdad, déspotas condecorados, asesinos recompensados,

sátrapas convertidos en senadores vitalicios, tiranías legitimadas por el “juicio histórico” (que no es sino el disfraz de una cínica moral de “los resultados”), tráfugas de toda laya, medrosos neoliberales, ex marxistas claudicantes y vendidos al sistema. Todo vestigio de honradez y decoro se borra en el reino del pragmatismo amoral. Para legitimar cualquier conducta indecorosa, toda renuncia a principios y escrúpulos se echa mano de este lugar común que nada dice: “Es que los tiempos han cambiado”. Ante nuestro estupor o nuestra apatía sigue desfilando una galería de figuras infames amparadas bajo el manto de la impunidad: Pol Pot, Pinochet, Hussein, Milosevič, Suharto, Idi Amin, Duvalier...

En los primeros días de la Revolución de Terciopelo de noviembre de 1989, que viví intensamente, en la antigua Checoslovaquia se puso de moda una frase de Václav Havel: “La verdad y el amor triunfan siempre sobre la mentira y el odio”. Aparecía en todas partes, en los muros y paredes, en los cruzacalles y las pancartas de los manifestantes, en los escaparates de las tiendas y los cafés de Praga. Los estudiantes la repetían a cada momento, entusiastas y convencidos de su certeza, como si se tratara de un artículo de fe.

Fue una frase exitosa. Tras su obvia trivialidad, me sorprende su asombrosa ingenuidad. No creo que se trate de un pensamiento original. Seguramente alguien lo dijo antes de Havel, hasta podría rastrearse en las obras de los antiguos, en San Agustín o en Gandhi. Pero acuñada por un símbolo de la resistencia intelectual y moral contra el totalitarismo como lo fue Havel, adquiría una dimensión insospechada. Pronunciada en aquellos agitados días, se imponía con la fuerza de una evidencia. Por una vez, el espíritu parecía triunfar sobre la razón totalitaria y la memoria sobre el olvido.

No sé si esa frase es cierta, pero dudo que la historia humana la confirme. Pienso que tiene más de expresión de un deseo profundo y sublime que de realidad efectiva. Sospecho que lo cierto es exactamente lo contrario: que siempre la mentira y el odio han triunfado sobre la verdad y el amor. El deplorable espectáculo de este mundo finisecular me llevan a esa sospecha. Lo mejor de la frase reside en su tremenda fuerza deseante: es un *wishful thinking*.

La experiencia de la vida y los años tornan a uno escéptico. Se aprende a desconfiar. Desconfío de las iniciativas y empresas del ser humano, pues ya sé adónde llevan (a veces, como ahora, tan sólo a un simulacro de justicia). Y aun así, me es imposible renunciar a aspirar a un mundo mejor y más justo. Tal vez esta aspiración mía y de otros sea ingenua, tal vez todo esfuerzo esté de antemano condenado al fracaso, pues uno siempre busca lo que sabe que existe y puede hallar, pero ¿cómo buscar lo que ni siquiera sabemos si existe?

Para mí, sin embargo, se trata de una cuestión de apuesta. La búsqueda de la Justicia y la Verdad (la más humana, la más noble, la más ardua de todas) sigue siendo hoy tan apremiante como ayer. Búsqueda de lo incierto, de lo desconocido, de lo que talvez no exista ni existirá nunca, pero de lo que tenemos necesidad imperiosa de que exista. Búsqueda, en fin, afanosa y desesperada, que nace de lo más hondo del alma, de la sangre y del espíritu, de la sustancia misma de que estamos hechos.

ENSAYO Y ERROR

La vida es elección y renuncia inaplazables. A cada momento nos vemos enfrentados al drama de elegir y renunciar, y a tener que sufrir las consecuencias de estos actos. Si hemos elegido vivir (o mejor, seguir viviendo, puesto que no hemos escogido la vida, nos ha sido impuesta), de lo que se trata entonces es de saber vivir. Y éste es un arte como otro cualquiera. Más aún: es el único arte que en verdad nos importa o debería importarnos.

¿Qué sería mejor: vivir, a secas, o vivir bien? La respuesta luce evidente: vivir bien, saber vivir. Aclaro de inmediato que por vivir bien entiendo el vivir conforme a la sabiduría, no el vivir cómodamente, y que con “saber vivir” no me refiero exclusivamente al *savoir-vivre* de los franceses, que consiste en un saber mundano, en la facultad del trato social con miras al éxito.

Hoy se pretende que el sentido de la vida está en la comodidad, y es claro que no puede estar allí. Pues si estuviese allí, ¿cómo explicar entonces que a tanta gente que vive en el confort le invada el hastío de la vida, ese hartazgo mortal que en ocasiones termina poniéndole fin a la existencia? El suicidio de un rico o acomodado basta para probar que no se debe buscar el sentido de la vida en la comodidad. Nadie se salva del universal *taedium vitae*, de aquel hastío de vivir que ataca al tirano Macbeth antes de la derrota final, nadie, a menos que se asuma la vida con profunda alegría. La cuestión, una vez más, no está sólo en vivir, sino en vivir sabiamente.

Hay quienes creen hallar respuesta a la vida en el desenfreno y el vértigo. Recuerdo este lema: “*Live fast, love hard, die young*” (“Vive rápido, ama fuerte, muere joven”). El lema resume toda una filosofía de vida de una parte de la juventud occidental. Se convirtió en divisa emblemática de muchos *hippies*, los jóvenes rebeldes norteamericanos de los años 60 y 70 que bailaban y bebían y se amaban y se drogaban y se oponían a la guerra y rechazaban todas las convenciones sociales. Cantantes famosos como Jimmy Hendrix, Janis Joplin y Jim Morrison la hicieron suya. Curiosamente, igual que tantos otros, murieron por excesos en plena juventud. Coherentes con la fórmula que les inspiraba, supieron llevarla hasta sus últimas consecuencias. Despreciaban esta existencia burguesa. Tenían prisa por vivir al máximo y querían acabar pronto. ¿Por qué dilatar esta vida absurda si dilatarla, como escribe Borges, “es dilatar su agonía y multiplicar el número de sus muertes”?

Sin embargo, aniquilarse nunca será una respuesta decorosa a la cuestión esencial de vivir. Es más bien una salida desesperada que expresa la voluntad de

muerte que vive en todos nosotros. Al final del trayecto se descubre la trampa mortal: una vida de excesos no equivale a una vida más plena. De ahí resulta posible derivar una ética elemental pero certera: es bueno todo aquello que contribuye a afirmar y conservar la vida; es malo todo aquello que sirve para aniquilarla.

¿Qué hacer, pues, con esta vida única e irrepetible que nos ha sido dada sin que la hayamos pedido y que estamos llamados a vivir y enriquecer? Sólo puedo ensayar una respuesta. Hela aquí: asumirla plenamente, con responsabilidad y entereza, con pasión y alegría, pero sin esa aburrida seriedad que todo lo complica y que expulsa de la vida el humor, la risa y la ironía.

Por eso creo que se equivocan tanto los neuróticos del deber y las obligaciones como los frívolos que rehúyen a responsabilidades. Tomar la vida muy en serio es tan perjudicial como tomarla demasiado a la ligera. Los que sólo piensan en la vida eterna se olvidan de la eterna vivacidad. Rechazan la tierra y esta vida mortal en nombre de un cielo prometido y una vida futura. No saben vivir en presente. Son amargados incapaces de ser felices aquí y ahora. Pero este aquí y ahora es nuestra única circunstancia, pues no hay otro lugar ni otro tiempo que el que nos ha tocado. Aun con sus muchas carencias, el presente constituye nuestra posibilidad inmediata de plenitud.

Sabemos lo doloroso que es el aprendizaje de la vida. El arte de vivir (que no se enseña, sino que lo aprende cada uno, pero con los otros) talvez sea comparable al método de *trial and error*: se aprende por tanteo, por ensayo y error. Aprender de nuestros errores es ya un buen principio de sabiduría.

MEDIANOCHE EN TIMES SQUARE

Yo no estuve en Times Square. Pude haber estado allí, pero no estuve. No quise estar. Nadie me convenció de ello, simplemente no quise.

Hacía frío en Nueva York. Soplaba la brisa y el frío daba directo a la garganta y congelaba las orejas. Había demasiada gente en la avenida Broadway, tanta que apenas se podía caminar. Parecía imposible alcanzar una cuadra en medio de la multitud que avanzaba en contra. No hay nada que hacer cuando se camina a contracorriente, salvo salir de ella y volver a la tranquila fuente.

Fue la víspera de noche vieja cuando decidí no asistir a Times Square. Había planeado ir al cine con una pareja amiga. Nos tomó tiempo localizar la sala en un tercer piso subterráneo, debajo de tiendas de música y cintas de vídeo. Dejamos atrás la multitud abigarrada que se apiñaba en Broadway y levantaba la cabeza y fijaba la vista en la pantalla digital. Era como si contemplase extasiada un milagro que ocurriese en lo alto o como si observase algún objeto nunca antes visto. Me pareció estar presenciando en vivo la escena de alguna célebre película de Spielberg. Aquel gentío me había perturbado. Pero me resarcí de la turbación viendo un excelente filme norteamericano: *American Beauty*. Para mí aquello e una señal de lo que debía evitar al día siguiente.

Detesto las muchedumbres, del tipo y color que sean, pues me ponen nervioso, me exasperan. Detesto los saludos rituales y las felicitaciones anónimas. Detesto el entusiasmo artificial, que es producto del bombardeo publicitario y no de la auténtica pasión por la vida y de la alegría de vivir. Aquel entusiasmo enorme en despedir un siglo y recibir el otro me lució forzado, prefabricado, hecho a la medida de los *mass media*, que lograron convertir la celebración en algo espléndido, excitante, sin excluir temores y riesgos.

La medianoche de fin de año fue la apoteosis en Times Square. La ciudad concentrada en una sola plaza. Casi dos millones de personas, ocho mil policías, tres toneladas de confetis cayendo desde los rascacielos, pese a cuarenta y ocho amenazas de bomba. Las multitudes recibieron el nuevo año como si se tratase realmente de un nuevo siglo y un nuevo milenio. Estaban eufóricas.

Pero yo me quedé sentado en el sofá. Todo lo ví desde el televisor. En segundos el aparato puso el mundo entero ante mis ojos. La comunicación instantánea fluyó rápidamente y ante mí se revelaron mundos simultáneos. Ví también otras multitudes eufóricas del planeta: las de la Torre Eiffel, las de la Plaza Mayor, las del Parlamento, las de la Plaza de San Pedro,...

Ahora no sé quién se impuso más, si el cobarde o el prudente que hay en mí. Tal vez ambos sean la misma cosa. El viajero temerario cedió ante el visitante temeroso. Aquella noche en que no fui a celebrar el año nuevo en Times Square, me perdí de la ocasión única de perderme a mí mismo, de extraviarme entre la masa anónima de Nueva York y no recuperarme jamás. En cambio, he conservado algún consuelo: el de seguir siendo después de todo el que soy, curioso y aburrido testigo de este fin de siglo.

De pronto se me ocurre pensar en aquellos pocos excéntricos que, con bastante tiempo, reservaron habitaciones en un hotel especializado en huéspedes que no querían festejar la llegada del año 2000. Pienso en varios cientos (quizá miles) de personas alojadas en una especie de "Hotel California" para misántropos, locos razonables y amargados, aislados de los demás, hartos del mundanal ruido, que despreciaron Times Square y sus confetis y sus luces de neón.

Yo no estuve en Times Square y no lo lamento. Sólo Dios sabe si hice bien o mal al no salir a celebrar la última tarde de 1999. Al día siguiente, después de comer, hice lo que me salió de adentro: me fuí a pasear un poco por la ciudad de Nueva York.

ANDANZAS DE LA MUERTE

LA MUERTE DEL OTRO

Una tarde de invierno de 1991, mientras residía en Praga, recibí una infausta noticia. Alguien me enteró por teléfono de la muerte de Dionisio M., un becario dominicano que estudiaba cibernética en Brno, Moravia. Había caído desde la ventana del piso séptimo de la residencia universitaria donde vivía. Quedó destrozado por la estrepitosa caída. El cuerpo sin vida fue hallado al amanecer, tendido en el patio del edificio. El doctor Reynaldo Olivero, que participó en la necropsia del cadáver de quien también fuera amigo suyo, me describió consternado los pormenores de un hecho atroz que le exigió sobreponerse al sentimiento de amistad para enfrentar una labor estrictamente profesional. “Tuve que dejar de ver al amigo muerto para concentrarme en el cadáver que tenía frente a mí”, me confesó.

Como suele suceder con las malas noticias, la de la muerte de Dionisio se regó rápidamente entre la comunidad de becarios extranjeros. La tragedia conmocionó a muchos, en especial a los pocos dominicanos que lo conocíamos y que entonces residíamos en Checoslovaquia.

Nunca supimos la verdadera causa de su muerte, si se trató de un accidente, un crimen o un suicidio. La policía contempló todas estas posibilidades. Es probable que resbalara de la ventana al apoyarse. Más probable es que se lanzara al vacío. Durante mucho tiempo, fue nuestro tema de conversación obligado. Nos inclinábamos por la hipótesis del suicidio. Si en verdad Dionisio atentó contra su vida y por qué lo hizo, aún es para nosotros un enigma.

Dionisio y yo no éramos grandes amigos, sino más bien conocidos. Habíamos coincidido varias veces en reuniones de estudiantes. En una ocasión llegó a visitarme a Poděbrady, la ciudad en donde realizaba el curso de lengua checa para extranjeros, el primer año de mi larga estancia en Bohemia. Por aquellos días yo andaba perplejo y trataba de adaptarme a mi nueva vida en un medio nuevo. Dionisio me dio varios consejos útiles para tener éxito en mis estudios y hacer una experiencia positiva. “No te juntes mucho con latinos”, me advirtió, “a ellos les gusta mucho beber y hacer líos. Aprovecha tu tiempo aquí”. Años después, recipiqué aquel amable gesto suyo visitándole en Brno.

Lo recuerdo como un buen muchacho. Era estudioso, serio y responsable, muy disciplinado, quizá demasiado exigente consigo mismo. Era también amistoso y cordial. cursaba una carrera difícil y era consciente de que se le complicaba a medida que avanzaban los semestres. Amaba más que todo dos cosas: su carrera universitaria y su novia cubana. Las cosas anduvieron bien bastante tiempo y Dionisio pudo armonizar los estudios con el amor. Pero cuando éste le faltó,

aquellos empezaron a fallarle. La novia tuvo que volver a su país cuando el gobierno cubano mandó recoger a todos sus estudiantes y trabajadores que se hallaban dispersos por los países socialistas europeos. Creo que fue entonces cuando a Dionisio empezó a irle mal en los estudios. Suspendió algunas materias importantes, sacó malas notas en otras, mintió a compañeros y amigos sobre sus verdaderas calificaciones. Se fue encerrando cada vez más en sí mismo. Guardaba celosamente en secreto su tormento interior. La tarde de un invierno triste nos enteramos en Praga de su terrible fin.

No miento si digo que su muerte me afectó mucho. Dionisio había muerto a destiempo (pero, ¿qué es, al fin y al cabo, morir a destiempo, acaso se muere también a tiempo?), al comienzo de una vida joven, sin haber cumplido siquiera los treinta años. Para mí, eso era un escándalo moral. ¿Por qué tenía que morir aquel muchacho? Busqué en mis estudios y mis lecturas una explicación racional al hecho. Pero éstos no podían ofrecerme una respuesta definitiva. Una vez más confirmé que no me había equivocado al elegir estudiar filosofía en lugar de alguna otra carrera más perspectiva: ella me ayudaba a vivir y a soportar lo trágico de la existencia.

La muerte del otro es siempre un hecho doloroso por lo que tiene de irremediable pero también de premonitorio. La vida y la muerte son cosas intransferibles. “No vivas mi vida si no vas a sufrir mi muerte”, solía decirle don Arturo, el padre de Reynaldo, a los entrometidos. Lamentamos y lloramos amargamente la muerte de un ser querido, de una persona amiga o conocida. Pero lo que lamentamos y lloramos es también nuestra próxima desaparición. En esto, como en todo, actuamos movidos por sentimientos puramente egoístas. No lo sentimos tanto por el otro en sí, que ha muerto para siempre, sino por nosotros mismos, que también vamos a morir. Pues no se siente la muerte *en sí*, sino *en mí*, *en ti*. La suerte corrida por el otro nos muestra la suerte que también habremos de correr. El fin de la vida de los demás nos anuncia a cada momento que quizá pronto seremos nosotros los próximos y que nada, absolutamente nada podemos hacer contra este imparable correr hacia la muerte. “Todo lo que yo sé es que debo morir pronto; pero lo que más ignoro es precisamente esa muerte que no sabré evitar”, escribe Pascal.

La solidaridad ante la desgracia ajena puede ser sincera, no lo niego, pero también suele ser una simple máscara que oculta nuestro desconcierto. El ser humano apenas mira nada con ojos de desprendimiento y desinterés: casi todo lo mira en función de su yo, casi todo lo refiere a su vida personal. Nos identificamos con el dolor ajeno porque en él adivinamos nuestro propio dolor. Es mi propia muerte lo que estoy viendo en el cadáver velado del otro. Con cada muerte a nuestro alrededor vamos desfalleciendo; con el otro, muere también un poco de nosotros mismos.

Si, después de todo, hay algo benéfico en la muerte del otro es la ocasión única que nos brinda de repensar nuestras vidas. La muerte obliga a revisar todos los presupuestos en que descansa la vida que vivimos. Ante la realidad desnuda de la muerte todo queda suspendido: ella es la puesta en cuestión última de todas las cosas. “Nuestra muerte ilumina nuestra vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo nuestra vida (...) Hay que morir como se vive”, reflexiona Paz. Y Blanchot sugiere: “Se muere, pero se muere mal porque se ha vivido mal”.

La muerte es un hecho natural, pero también un escándalo en nuestra conciencia moral. Sabemos que vamos a morir. Más aún: que *tenemos que morir*. Y sin embargo, no sabemos sacar las consecuencias de esa verdad. Un día todos moriremos: yo, que escribo estas torpes líneas, y el lector, que las lee, y los no-lectores, que jamás las leerán. El problema no es la muerte, sino la vida: cómo vivimos, cómo debemos vivir. Y casi nunca sabemos vivir, o vivimos mal, o bien vivimos sólo al día o planificando demasiado el futuro, como si fuésemos a vivir eternamente, como si nunca hubiésemos de morir.

No sé si Dionisio vivió bien o mal su vida. Creo que asumió su breve existencia con trágica seriedad y que no supo (o no quiso, o no pudo) asumir el fracaso como parte de la vida de todos, pues le era imposible imaginarse a sí mismo en un mundo de fracasados. Imagino, porque no estuve en su piel, que debió sufrir una situación intolerable para la que no se hallaba preparado. No pudo comprender que la vida tiene más de una salida y que sus reveses se deben soportar estoicamente, con fortaleza, con cierta indiferencia.

Pienso en el triste destino de Dionisio M., en la corta duración de su vida, en sus planes para el futuro y su malogrado sueño de retornar graduado a Santo Domingo, que se hundieron para siempre en el absurdo y en la nada. Pienso en su muerte, como en la de mi padre algunos años después, y siento que de algún modo ellas iluminan mi vida única, irrepetible.

LA SELVA EN MARCHA

A Tony García, in memoriam

La fatalidad ensaya siempre nuevas formas de manifestarse. Hoy es tan fácil acabar con una vida, matarse o matar a alguien, perderlo todo en un condenado segundo. Basta cometer una imprudencia, simple pero mortal. Basta, por ejemplo, ahogarse en alcohol, beber y beber día y noche sin parar, sin ingerir alimento, hasta intoxicarse. O tomar el volante en la carretera, pisar el acelerador, olvidar ponerse el cinturón de seguridad (hay olvidos irresponsables, culpables), pasarse al otro carril, hacer un brusco movimiento, y luego perder el control y salir disparado por el parabrisas. O manejar como un loco por la ciudad, cruzar el semáforo en rojo y chocar contra un autobús escolar provocando de inmediato la desgracia ajena, y después emprender la cobarde huida. Todo esto es hoy tan fácil, tan irresponsablemente criminal.

Uno se va hartando de presenciar tanta estupidez, de enterarse de tantas vidas inútilmente arriesgadas y perdidas, de contemplar tanta muerte inocente o insensata. Nada de esto tiene que pasar y, sin embargo, pasa todos los días. Reitero lo que antes he dicho: aquí la vida se ha depreciado demasiado, tanto que dentro de poco valdrá menos que nada. Hemos perdido el Norte. Hemos dejado de ver señales claras en un cielo inteligible. Si viviera hoy entre nosotros, Gracián fracasaría en el intento de convencernos: el arte de la prudencia no nos va, nos es completamente ajeno. Un dominicano prudente es casi una contradicción en los términos.

Cada vez lo compruebo con mayor pesar: no hemos nacido para la vida civilizada, ni para las decisiones sabias y bien pensadas, ni para la meditación profunda. Más bien parecemos existir sólo para la prisa y la temeridad, para el exceso y la improvisación.

Escribo sobre lo que todo el mundo comenta. Me entero sin quererlo de muertes recientes, inútiles y tontas, de seres que agonizan, de desgracias que pudieron haberse evitado con un poco de prudencia o de paciencia. La fatalidad está siempre ahí, presente desde el fondo remoto de los tiempos. Está ahí, inseparable del destino humano. Es imposible aspirar a un mundo sin tragedia. Es incluso necesario aceptar su presencia como realidad desafiante. Lo inaceptable es provocarla sin necesidad, llamarla a nuestro lado, retozar con ella. La tragedia es insuprimible. Siempre estará por ahí, rondándonos, acechándonos, aprovechando cualquier pretexto para hacerse presente. Lo único realmente

posible en un (imaginario) mundo más sensato es reducir la fatalidad al mínimo y ahorrar el número de tragedias.

Coqueteamos con la desgracia, le hacemos la corte, jugamos con ella, como mariposa que revolotea en torno a la vela. Despreciamos la vida ajena y aun la propia, pues sólo el desprecio a la vida -ese bien que al nacer no elegimos y al parecer devolvemos con indiferencia- puede explicar nuestra imperdonable insensatez.

Se dice que los errores se pagan caro, pero nos negamos a pagar por los nuestros. Queremos vivir en permanente impunidad, ser intocables, andar gratis por la vida sin pagar ningún precio por nada. Vivimos engañados y engañándonos.

En la amarga soledad del poder, Macbeth observa con lucidez: no debemos temer nada, ni a muerte ni a desgracia, hasta que el bosque de Birnam venga a Dunsinane. El tiempo es nuestro bosque de Birnam, un enmarañado bosque en marcha que avanza y avanza sin detenerse, ocultando al enemigo implacable que vendrá a poner fin a nuestros días. El tiempo es una selva en marcha, como lo imaginó Shakespeare, que llega hasta el castillo donde gobierna el tirano y lo ataca y lo destruye. Estamos amurallados en Dunsinane y nos creemos invencibles, pero la selva sigue su marcha y nuestros días (¡qué digo!, nuestras horas, nuestros minutos) ya están contados.

Un día, talvez no muy lejano, llegará el tiempo del castigo y de la penitencia. Pagaremos un precio bien alto por todos nuestros yerros y excesos. Todos deberemos expiar nuestras culpas, pequeñas o grandes, porque sólo una expiación colectiva, sólo un terrible sacudimiento interior que nos levante en vilo y nos arroje al suelo y nos deje allí, vencidos y exhaustos, podrá salvarnos como pueblo. Ese día habrá llanto y rechinar de dientes, como reza el Evangelio, pero será bueno, será justo y necesario. Nada más feliz podría sucedernos. Y sólo entonces empezaremos a ser mejores.

LARGO DESOLATO

He aquí de nuevo con nosotros a la desgracia. Hela aquí otra vez, como si no tuviésemos ya bastante con todo un siglo de males y de calamidades. Esta última no sólo nos ha azotado con crueldad: también nos ha espantado el sueño. No voy a preguntarme qué hemos hecho para merecer esto.

Me hallaba en el extranjero cuando ocurrió el desastre. Pasaba mis vacaciones en una ciudad de provincias de Bohemia del Norte, en la actual República Checa, adonde había ido por motivos personales que ahora no interesan. La noticia del paso del huracán Georges por el Caribe fue difundida por las agencias internacionales de prensa y transmitida por los noticiarios de televisión de toda Europa. Las primeras imágenes mostraban los vientos huracanados que azotaban la isla. La información hablaba de un número considerable de muertos. Recuerdo la reacción de algunos europeos cuando se enteraban de qué país procedía: "Ah, Dominicana. Georges. Kaput, todo kaput", decían.

Esta vez la tragedia nos ha tocado en forma de catástrofe natural. Como ángel exterminador, deja huellas de su paso devastador. Ha cobrado muchas vidas (tantas que aún ignoramos su cantidad exacta), regando el suelo de cadáveres sepultados bajo el fango. Ha dejado cientos de miles de supervivientes sin techo y sin alimento. Ha arrancado de cuajo los árboles y arrasado los parques.

No logro salir del asombro. He dejado un país y, apenas tres semanas después, he hallado otro. Este otro con más pobreza y desamparo, con muchas muertes que pudieron haberse evitado si hubiésemos sido más precavidos y capaces. He hallado un país prácticamente devastado, aterrado por rumores de desastres marinos y que tardará largo tiempo en recuperarse del golpe y sobreponerse de la pesadilla.

Medito sobre lo inevitable de la desgracia. La tragedia es insuprimible de la vida humana. Es necesario aceptarla como un desafío, darle la cara, saber que ella está y siempre estará ahí, que no es humanamente posible suprimirla por completo. Aspirar a un mundo sin tragedia es aspirar a lo imposible. Concebir una humanidad no perturbada por la muerte o la desgracia es un sueño noble, pero también irrealizable. Un mundo sin muerte y sin dolor sería el Paraíso en la Tierra: un reino de felicidad y vida eternas, el reino que desde hace siglos nos prometen todas las religiones.

Me atrevo a sugerir una cierta filosofía práctica: ser razonables, solidarios, aprender a vivir con el peligro de una desgracia inminente; saber que en el Caribe insular vivimos (siempre viviremos) bajo la permanente amenaza de huracanes; sacar todas las consecuencias lógicas y tomar todas las precauciones de lugar que resulten de esta certeza.

Pensemos que no somos el único pueblo del mundo afectado por fenómenos naturales. Pensemos en naciones pequeñas como la nuestra (Holanda, por ejemplo) que, para sobrevivir, han debido librar una lucha constante contra la naturaleza, incluso ganándole terreno al mar, resistiendo sus inundaciones e invasiones.

Pero a nosotros nos faltan la disciplina y el método, la previsión, la voluntad de orden de otros. En cambio, nos sobran la ineptitud, el descuido y la improvisación. Hay una frase, no por manida menos cierta, que nos retrata de cuerpo entero: "Poner candado después del robo". Es verdad: los dominicanos ponemos candado después que nos roban. Somos unos isleños insensatos, torpes improvisadores, expertos en pegar parches al vestido roto, incapaces de prever los males que se nos avecinan.

Después de Georges, hay muy pocas razones para el optimismo 'light'. La lucha contra la pobreza (la verdadera, no la retórica) será aún más difícil de librar. Una vez más, las esperanzas de los pobres en una mejor vida quedarán postergadas. Temo que sean ciertas las palabras de un compañero de trabajo: "Lo peor de todo esto es que la próxima vez aquí va a ocurrir exactamente lo mismo".

Ahora es saludable una dosis de estoica fortaleza ante la adversidad. Pues aquello que no nos mata, nos hace más fuertes. Levantar el ánimo. Mantener la serenidad y la cordura. Restaurar la solidaridad con los más sufridos y desamparados. Actuar sin esperar demasiado del futuro. Sentir intenso amor por esta vida y a la vez vivir con cierto sentido de sabio desencanto. He ahí, creo, una filosofía de vida razonable y aun posible.

UN ATISBO DE DIOS

La muerte anda siempre pisándonos a todos los talones. Es una presencia real y perceptible, irrefutable. Pero mientras no se la ve cara a cara, en el rostro ajeno o en el propio, no se puede tener noción de ella. La experiencia del temor a la muerte (y de la muerte de los otros) es una experiencia única, que se produce en un momento único y revelador. Pocas cosas favorecen tanto el despertar de la conciencia adormecida.

En menos de una semana he sido sacudido por noticias de muertes cercanas. Una vez más he podido constatar lo impredecible y lo irremediable. Me asombra la diversidad de formas de morir que existen (¿será infinita?) y cómo la muerte echa mano de su amplio catálogo de causas y modalidades. Un familiar muere tras una larga lucha con una enfermedad irreversible; alguien conocido es brutalmente asesinado; otro cae fulminado como por un rayo directo al corazón. Los dos primeros sufren mucho; el último, apenas. Muerte violenta, muerte fulminante y repentina, o muerte tras agonía, las formas de morir son distintas, pero igualmente atroces y escandalosas.

Uno quisiera vivir embriagado de vida y no pensar jamás en la muerte. Uno debiera emborracharse de entusiasmo y vitalidad, de pasión y alegría de vivir, y olvidarse de que aquella siempre acecha. Pero resulta imposible. La experiencia de la vida es brutal, porque nos va despojando, una a una y sin compasión, de todas las ilusiones de juventud; entre ellas, la de creernos y sentirnos inmortales.

Cuando tenía veinte años no pensaba en la muerte. Sabía que existía, pero la sentía lejana. A ratos me creía eterno. Entonces era más joven y tenía una vida entera por delante. Podía malgastar el tiempo porque me sobraba. A fin de cuentas, los que se morían eran los otros. La muerte era algo que le sucedía siempre a los demás, jamás a mí. Ella pasaba de largo y apenas me rozaba cuando algún amigo o compañero de estudios moría a destiempo. Pero hoy ya no soy tan joven como ayer. He vivido algo más de un tercio de siglo y la vida se ha encargado de volverme lo bastante sensato para saber que la muerte es una presencia insondable, que está ahí, siempre ahí, acechando agazapada, tramposa y certera. Caronte, el barquero infernal, aguarda. No lleva prisa, se toma su tiempo (tiene todo el tiempo del mundo), pero al final no deja de cumplir su labor.

Frente a ese escándalo mayúsculo que es la muerte, siempre he admirado la actitud superior y digna que muestra el verdadero cristiano. Para éste, aunque dolorosa, la muerte en verdad no existe: sólo es un tránsito a la otra vida, un puente hacia la eternidad. Se aferra a esta fe y ella le basta y le sobra y le sostiene

para enfrentar los embates de la vida y la muerte. Si Cristo ha vencido la muerte, como proclaman las Escrituras, nosotros, por la fe en Él, podemos también vencerla. Por eso, no hay nada que temer. Esta es la superioridad del cristiano sobre los demás, creyentes o incrédulos. El hombre no es un ser-para-la-muerte, sino para la Resurrección. La muerte no es, pues, aniquilamiento final, como temía Unamuno, ni tampoco triunfo definitivo de la especie sobre el individuo, como pensaba Marx, sino paso necesario a la vida eterna. Esta fe incommovible lo enfrenta todo, lo soporta todo, lo supera todo, incluso el hecho escandaloso de morir: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta”.

Hace poco alguien cercano a mí agonizaba lentamente en una clínica. Yo le visitaba todas las tardes, a la salida del trabajo, le hablaba y le daba ánimo. Veía su cuerpo enfermo, minado por una enfermedad mortal, le veía retorcerse y moverse inquieto de un lado a otro de la cama buscando acomodarse, y le oía quejarse con débil voz. Se movía y se quejaba, abría y cerraba los ojos, y luego se rendía al sueño. Yo sabía que pronto iba a morir, que ya estaba desahuciado y que allí, enfrentado a las frágiles esperanzas de la familia, sólo dilataba su agonía. Yo le quería y le debía mucho. Le miraba sin poder ayudarle y me aferraba a un hilillo de esperanza mientras tuviese un soplo de vida. Pero él se estaba muriendo y lo sabía. Era su fin. Entonces comprendí que el único soporte de aquella esperanza mía era el amor, mi amor por él, mi cariño por un ser entrañable a quien debo más de lo que siempre creí y que jamás volveré a ver en esta vida.

Yo contemplaba al tío Nengo con dolor, triste y conmovido, y, al hacerlo, me contemplaba a mí mismo, y su agonía era mi futura agonía, y su morir preludiaba mi morir, porque la muerte del otro es señal inequívoca de la propia. Y su muerte fue para mí como un atisbo de Dios.

ABOMINACIONES

DIATRIBAS CONTRA EL MAL DEL SIGLO

Tendría que empezar por maldecirte, virus maldito. Tendría que empezar por echarte todas las maldiciones del mundo, por llenarte de diatribas e insultarte con furia y rabia sin saciarme, por lanzar sobre ti toda la ira del Dios bíblico y los demonios que hicieron despeñar a los cerdos.

Desde que estás entre nosotros, desde que nos habitas, la vida ya no es la misma. Sentimos terror, el pánico nos ha invadido. Hemos cambiado nuestra conducta y nuestros hábitos de amor y de cama. Controlamos el deseo y la fuerza de los instintos. Nos has forzado a ser más prudentes y cautelosos, más calculadores y racionales. Has matado el encanto de los encuentros furtivos, la entrega espontánea de los cuerpos. Has vuelto imposible la aventura erótica, el desarreglo de los sentidos, la bohemia del cuerpo y del alma. Nos obligas a ser aburridos monógamos, nos condenas a envejecer junto a la mujer o el hombre que hemos elegido ante la ley.

Todos te temen, oh virus maldito, como a un dios todopoderoso y cruel, porque estás en todas partes y tú solo puedes contra todos.

¡Qué soberbio eres, maldito, qué insoportablemente soberbio eres! ¡Cómo gozas diezmándonos! ¡Cómo te gusta que te bauticen con distintos nombres! ¡Cómo te divierte que te llamen mal del siglo, plaga de la humanidad, castigo divino, enfermedad incurable! ¡Cómo te complaces con todas esas interpretaciones a que has dado lugar sobre tu extraño origen y tu esencia! ¡Cómo te sabes omnipotente, irreversible, tú, condenado virus que te burlas de nuestro orgullo científico y desafías nuestra inteligencia.

¿Qué pretendes, maldito? ¿Vengarte de nosotros, castigarnos a todos por nuestros excesos, por nuestro desenfreno, por ser promiscuos? ¿A todos, hasta a los inocentes y a los que ni siquiera han nacido? Pretendes ser una plaga justiciera que nos iguala a todos sin excepción; pretendes no hacer distinciones con nadie, espada que pende sobre todos, peligro a la vuelta de la esquina, fatalidad oculta en el deseo mismo. Pero no es verdad, maldito mentiroso, no es verdad, también castigas y condenas sin apelación a los que no tienen otra culpa que la de haber nacido de algún culpable infectado.

¿Por qué te obsesiona tanto nuestra lujuria y sus efectos? Hay otros pecados capitales y con ellos no te metes, desgraciado. ¿No sabes que el goce sexual es lícito, lo más lícito que pueda haber entre los seres humanos? El exceso es un gasto, un derroche, de acuerdo, pero el defecto, ¿no es miseria, indigencia? ¿Por

qué te importan tanto nuestras pasiones de bajo vientre, que no son las peores ni las más condenables? ¿Por qué no combates con igual tenacidad a tantas otras que anidan en el corazón del hombre?

Debería haber también un virus mortal para la codicia y la soberbia. Sí, debería existir un virus para el dinero y el poder, y no sólo para el sexo. Desde la más remota antigüedad, los seres humanos no han dejado de explotar a sus semejantes, ni de hacerse la guerra. Esto es infinitamente peor que el desenfreno y la promiscuidad, y, sin embargo, por aquellos males no han sido castigados con la crueldad y la inclemencia con que nos castigas hoy. Pero a ti, virus maldito, sólo te importa el goce que nos procuramos cuando nos excedemos, cuando vamos más allá de los límites permitidos y nos abismamos. Y entonces nos impones el castigo y, cuando no, nos recomiendas la medida, la prudencia, la monogamia.

Alguien que conozco hace tiempo yace por tu culpa en un lecho de hospital. Yace enfermo, sin esperanza de cura. Sabe perfectamente que en él te has alojado. Reposa en una cama y espera la muerte. La espera consciente, con humor e ironía. Tiene el rostro arrasado de los que pronto van a morir. Entretanto, conversa y bromea con los pocos amigos que le visitan. Hace casi dos meses no prueba bocado alguno. Es fuerte en su desgracia, y eso es admirable. Se sabe condenado a morir para toda la eternidad, a no ser ya nunca más. Sabe que ha empezado su cuenta regresiva. Atrás, en el pasado, quedaron los proyectos para el futuro, los planes de investigar y de escribir libros. Ya no queda tiempo para nada, sólo el compás de espera de la muerte, la lenta agonía, el reloj de arena marcando las contadas horas. Lo que no se hizo antes, no se hará jamás. Ya nada importa, porque para él todo ha perdido importancia.

Ahí lo tienes, otra víctima tuya. ¿Te complace saberlo, gozas con ello? ¿Gozas con diezmarnos, como diezman a la humanidad las guerras, el hambre y las epidemias? ¡Oh, malvado virus, nunca te sacias! Te hemos ofrecido ya demasiadas víctimas, pero tú siempre quieres más, nada te sacia.

No me alcanzarás, virus maldito, no lo lograrás. Moriré algún día, pero no por tu causa. No seré otra de tus víctimas, te lo aseguro. Si algo debo agradecerte, es que me hayas vuelto más razonable. Me cuidaré, seré precavido y cauteloso, pues sé que eres un virus engañoso y traidor que se esconde bajo las bellas formas de cuerpos deseables. No sucumbiré ante tu acoso mortal. Seguiré viviendo. No podrás conmigo.

CAMBIO DE IDENTIDAD

Sin humor la vida sería un error. Desde siempre lo he apreciado y practicado. Me hace bien para vivir y me ayuda a ver lo relativo que hay en todos los asuntos humanos. Tomar las cosas por su lado amable es señal de sabiduría. Los temperamentos serios, mortalmente serios, son infelices y poco sabios. Ignoran que pocas, poquísimas cosas en este mundo merecen tomarse en serio.

Por un error voluntario o involuntario de composición, mi trabajo anterior en esta columna, titulado "Diatribas contra el mal del siglo", salió con mi nombre acompañado de un apellido que no es el mío. Debajo del título **La Edad de la Razón**, el titulado escribió Fidel Fleming en lugar de Fidel Munnigh. No sé cómo pudo haberse cometido ese error.

En un primer momento, me molestó este cambio o esta confusión. Soy suspicaz y no creo mucho ni en las buenas voluntades ni en los errores involuntarios. Después se me pasó la molestia y me lo tomé con humor. Al día siguiente de publicarse el escrito, mis compañeros de trabajo me gastaron algunas bromas. "Buenos días, doctor Fleming, ¿cómo le va?". Quien no sabe reír, no sabe vivir. No he podido impedir que durante más de una semana me llamen Dr. Fleming.

He sido objeto de un equívoco. Eso me hace pensar en los tantos deslices que a diario se cuelan en nuestra prensa, que no es la mejor ni la peor del mundo, sino simplemente nuestra.

Tengo por costumbre hojear brevemente por las mañanas las páginas de la prensa dominicana. Mis compañeros hacen otro tanto. Todos los días del mundo descubren *horrores ortográficos* que se publican en nuestros diarios y vespertinos. Los descubren casi horrorizados (son cultos y sensibles) y me los señalan, como si yo tuviese algo que ver en ello (piensan que me concierne por el hecho de enseñar en la universidad): "Mira, Fidel, lo que escribieron aquí. Pusieron magestuoso, con g, en vez de majestuoso. Y extradición, en vez de extradicción. ¡Qué barbaridad!".

Si hiciéramos una selección de los errores de redacción que se cometen cada día en los diarios, habría material para un libro grueso. No creo en la jubilación de la ortografía. Sí creo, en cambio, en la necesidad de mejorar el conocimiento del idioma propio que se habla y se escribe. También creo necesario poner más cuidado en los trabajos que se publican en la prensa.

Recuerdo haber conversado acerca del tema con Ruth Herrera. Le comenté un día que los errores -cada vez mayores- se podrían deber a la premura del oficio periodístico y a la presión del trabajo en los periódicos. Ella, menos indulgente que yo, no admitía excusas. "Pero para eso están los correctores de estilo", me dijo tajante.

Mi amigo Plinio Chahín suele publicar en estas páginas. Hace algún tiempo escribió un ensayo sobre la poesía de la generación de los años 80. Nadie habría podido reconocer que se trataba de un trabajo suyo (salvo unos pocos amigos que lo reconocimos de inmediato por el tema y también por el estilo y el lenguaje inconfundibles de Chahín), por la sencilla razón de que apareció publicado sin su nombre y apellido. Ello le sirvió de pretexto para otro ensayo. Siempre ocurrente y sugestivo, Plinio escribió un trabajo (que esta vez sí fue publicado con su nombre completo) sobre el olvido del sujeto y la tachadura del yo. Igual le ocurrió a otro amigo, Odalís Pérez, a quien una vez le publicaron sin su nombre un artículo en un vespertino local y un catálogo sobre pintura en la universidad estatal. Su autoría fue tachada por completo.

Mi suerte quizá sea un poco más envidiable. A mí no me tacharon ni me borraron, simplemente me cambiaron la identidad. En el escrito, yo no era yo sino otro. Dejaba de ser quien era para el lector y me convertía en una figura nueva, desconocida, que daba pie a un juego fonético: la F se repetía al principio de cada nombre. El titulador, además, me buscó un apellido célebre y sonoro: Fleming. Debo agradecerle el cambio, pues de todos modos me trató bien. Me habría molestado mucho más si, junto a mi nombre, hubiera puesto el apellido de algún capo famoso buscado por la policía o de algún tirano de nuestro siglo. Le agradezco no haberme puesto Fidel Escobar o Fidel Trujillo.

No me apellido Fleming, ni soy flemático, y me gustan mucho el flamenco y el gótico flamígero. No soy científico ni tengo relación especial con la medicina, salvo cuando me enfermo. Condeno al virus maldito que ya se nos ha llevado a tanta gente buena y valiosa. Le detesto y le temo. Confieso que le temo, como todo el mundo, pero soy dueño de mi temor.

A veces lamento no haber nacido genio y no tener una inteligencia excepcional. Me hubiera gustado ser Fleming, por su genialidad y su celebridad. Pero no lo soy y tengo que contentarme con ser quien soy, Fidel Munnigh, el monje fiel. Si me naciera un hijo, me gustaría que se llamara Alexander. Por Fleming, desde luego. Sería de mi parte una especie de homenaje al inventor de la penicilina.

Esta época ha puesto radicalmente en cuestión la identidad del sujeto y la permanencia del yo. El sujeto no es perpetuamente idéntico a sí mismo. No somos

siempre los mismos. "Be yourself, no matter what they say", dice una famosa canción de Sting. Sabemos lo difícil que es ser uno mismo sin importar lo que los otros digan. Puede que la búsqueda de la supuesta identidad, la necesidad de ser uno mismo, sea otro de los tantos improbables de la vida.

Quizá yo no sea yo sino otro. Quizá tampoco sea uno sino dos y los dos habiten en mí. En tal caso, mi probable lector sólo habrá conocido a uno de ellos. Mientras más persigo ser yo mismo, menos puedo serlo, más parezco extraviarme y confundirme. Para mí, que escribo, soy el que quiere ser. Para los otros, que me leen, talvez sólo sea un equívoco, un nombre exótico o una identidad cambiada.

ESE MALDITO OTRO

Sin un tú no hay un yo. Sin el otro, no soy yo mismo. El tú es la condición del yo y de mi libertad. El tú es el otro. Los otros están ahí, siempre ahí, para mi suerte o mi desgracia. Es cierto que existen por sí mismos y no en función mía. Ellos y yo entramos en relaciones mutuas. Y desde ese momento, influyen en mí: me reportan alegría o me ocasionan molestias, me proporcionan felicidad o me infligen dolor.

Los otros son una presencia permanente, imposible de conjurar. De algún modo, nos debemos a ellos. No quisiéramos vivir con ellos y, sin embargo, no podríamos vivir sin ellos. Sería fantástico vivir sin deberles nada, sin tener que agradecerles nada. Así, no podrían pasarnos factura por favores actuales o pasados. Muy a pesar nuestro, les debemos mucho de lo que somos. Esta deuda que les tenemos es casi impagable. Estamos obligados a tolerarlos, con todas sus necesidades y exigencias. No hay modo de zafarnos de ellos.

Si los otros no son el infierno, se le asemejan bastante. Los otros ponen a prueba mi paciencia y mi firmeza. Me obligan a soportarles y a enfrentarles. Soportándoles y, a veces, enfrentándoles, me fortalezco frente a ellos, aprendo a quererme más y a conocerme mejor.

El otro es un intruso que amenaza mi libertad individual. Llega sin que lo llame o toma mi llamada como pretexto para quedarse. Irrumpe en mi vida íntima, invade mi espacio, cuestiona sin razón alguna mis actos y decisiones. El otro quiere adueñarse de mi tiempo y controlar mi destino. No respeta formas ni costumbres ajenas. Establece conmigo relaciones directas -de amor, de amistad, de compañerismo-, y ello le basta para creerse con derecho a disponer de mi vida. El otro se excede siempre que puede, se atreve demasiado, pues no reconoce límites en ese otro que para él soy yo. El otro es el perfecto intruso.

Lo grave del caso es que estamos condenados a convivir con el otro, con los otros. Aunque fuésemos Robinson Crusoe, no podríamos escapar de ellos. Sin duda, los otros nos harían una visita inesperada, nada grata, en nuestra isla solitaria.

Los filósofos suelen mistificar al otro, tomándole como objeto ideal y no como sujeto real. No es que el otro carezca de dignidad o no merezca respeto. En verdad, es tan digno y merecedor de respeto como el propio yo. Pero cuando se atreve a violar nuestro espacio íntimo y a pisotear nuestra libertad, pierde en el acto todo derecho y consideración. Por eso no me convencen ciertas visiones

filosóficas acerca del problema de la alteridad en las que el otro, como condición del yo, termina casi beatificado. A menudo, éstas son meras "construcciones", visiones misticadas que toman al otro como debe ser y no como en efecto es. El otro debería ser la condición de mi libertad (yo soy libre por y con los otros) y tan sólo es la ocasión de mi infelicidad. El otro, cualquiera que sea (los hijos o los padres, la mujer o el marido, el vecino, el superior inmediato, el compañero de trabajo), suele ser más fuente de angustia que motivo de alegría. Nos ocasiona disgustos, amarga nuestra vida, agria nuestro humor. El otro es egoísta, es cruel, es pernicioso. Forma parte del mundo hostil que nos agrede.

El solitario Flaubert escribió que la vida era algo tan terrible que el único medio de soportarla era evitándola y que sólo se la podía evitar viviendo en el arte, ese reino en donde coinciden lo verdadero y lo bello. Ante la intrusión del otro, evadirse es un recurso legítimo. Evadirnos del mundo nos preserva del ataque desconsiderado de los otros y nos libra de su fastidiosa presencia.

Confieso que he debido preservarme y evadirme mejor. He cometido errores graves por los que he pagado un precio alto. Me ha costado tiempo y esfuerzo poder librarme de ciertas gentes: de mujeres absorbentes e insidiosas, de falsos amigos y conocidos de ocasión, de jefes necios e insoportables, de ingratos y "frescos" de todo tipo. Si tratarlas ha sido un error, mayor error aún ha sido el no haberme librado de ellas a tiempo. He prolongado indebidamente relaciones destinadas desde un principio al desastre, he debido romper a tiempo con unos y retirarle mi amistad a otros, y no lo he hecho; he descuidado relaciones que debí cultivar y fomentado otras que debí evitar. Me he equivocado de medio a medio. Y sólo a duras penas, con tropiezos y caídas, gracias o a pesar de los otros, he logrado entrar en la "edad de la razón".

En fin, que ese maldito otro está ahí, siempre ahí, para mi suerte o mi desgracia, y no hay forma de quitármelo de encima. Tengo que soportarlo en todas partes, dondequiera que voy: en el trabajo, en la universidad, en el círculo de amigos, hasta en la propia relación de pareja. El otro, mal que me pese, es una presencia tenaz.

Ese maldito otro con el que tengo que vérmelas es un fastidio. La ironía de todo está en que, aun evitándolos por intrusos e insidiosos, no puedo sino vivir con los otros hasta el fin de mis días. Los otros son la condición de mi libertad. Sólo gracias a ellos puedo ser libre de todo y de todos, libre de quienes amenazan mi libertad, libre también de ellos mismos.

CRÍA CUERVOS...

"Hermanos míos: yo no os aconsejo el amor al prójimo, lo que os aconsejo es el amor al más lejano"

Nietzsche, Así habló Zaratustra

"Ante la ingratitud, todos los vicios son virtudes", solía repetir mi padre cuando quería señalar que en la vida debía mostrarme agradecido. No sé de dónde habrá sacado la frase, si la leyó en algún lugar o se la inventó. En vano he tratado de dar con ella entre mis lecturas. En cualquier caso, me parece todo un acierto. Mi padre, que me sorprendía con este tipo de frases, pensaba que la ingratitud hace que nuestros defectos más visibles y reprobables parezcan errores pueriles. Comparado con ella, cualquier vicio disminuye y ninguno es bastante grave.

Nada más odioso que un ingrato, nada más bochornoso a la conciencia que un ser que no sabe agradecer. El bochorno es mayor si de quien se trata es de un amigo o pariente cercano. Entonces se convierte en indignación y crece hasta estallar. El ingrato se lleva el peor de los créditos y merece las más duras críticas. Siempre ocupa uno de los primeros lugares en los concursos de vileza; con él sólo compiten el traidor y el delator.

Escucho la queja amarga de sabios y simples. La gente suele quejarse de la carestía de la vida, del auge del crimen y la delincuencia, del escandaloso desorden en que vivimos, de la maldad de la otra gente. Me consta que no he escuchado queja más frecuente y pesarosa que aquella dirigida contra los malagradecidos. "Este es un mundo lleno de ingratos, ya nadie agradece nada", oigo decir. Al cabo de los años, con la experiencia que nos da el vivir, yo mismo he debido sumarme a la lista de quejosos.

Lo difícil de vivir en un mundo de mezquinos es tener que soportarles y verles la cara todos los días. La gratitud es síntoma de nobleza de espíritu, una cualidad preciosa pero escasa en nuestro tiempo, que enriquece a quien la practica. La experiencia común y cotidiana, sin embargo, es otra, y casi podría resumirse en egoísmo, maldad, miseria.

El ingrato se halla en las antípodas del espíritu noble. No hay decoro en su alma miserable y mezquina. El favor recibido le humilla, pues le obliga a agradecer y nada le molesta tanto como tener que estar en deuda con alguien. Lo que más quisiera es no deberle nada a nadie para no tener que agradecer. No se

siente en deuda con nadie, pero cree que el mundo entero le debe algo. Se siente libre de obligaciones cuando salda una deuda material. Entonces razona: "Te pagué lo que te debía, ya no te debo nada". En realidad, sí debe algo: el favor prestado. El ingrato se engaña a sí mismo: se paga la deuda, no el favor hecho, pues deuda y favor son cosas distintas. La deuda material siempre puede ser saldada, el favor nunca, y éste sólo se devuelve con otro favor. Nada puede pagar el favor desinteresado de un amigo que nos saca de apuros cuando más lo necesitamos. Una vez saldada la deuda material, queda por saldar la deuda moral. Sólo que para el ingrato ésta no existe.

El ingrato debería saber muchas cosas, por ejemplo que "favor con favor se paga". Por eso, quien debe un favor a alguien ansía el momento de poder reciprocárselo, bien sea para sentirse libre de deuda o para mostrar agradecimiento a su favorecedor. Quien debe un favor, si es noble y bondadoso, no perderá la oportunidad de devolverlo con creces, se alegrará íntimamente de tener esa oportunidad y sentirá satisfacción interior. En cambio, si es bajo y ruin, ni siquiera se preocupará en reciprocarse el bien recibido. El ingrato necesita un par de buenos consejos. Pero no se echan margaritas a los cerdos.

Dos mil años de cristianismo nos han inculcado la idea de hacer el bien y amar al prójimo. Tanto afán por hacer el bien nos ha vuelto tontos y débiles. El cristiano auténtico es un ser demasiado ingenuo, demasiado buena gente para poder lidiar con las cosas y los seres de este mundo. Ha entendido mal el mensaje evangélico de practicar la caridad. Quiere imitar la pureza de la paloma, pero olvida la astucia de la serpiente. No sólo la maldad, también el exceso de bondad hace daño, pues reblandece el carácter y debilita el espíritu. Por eso, el Zarathustra de Nietzsche desaconseja el precepto cristiano del amor al prójimo, que es el próximo, el más cercano a nosotros. "¿Os aconsejo yo el amor al prójimo? ¡Mejor os aconsejaré que huyáis del prójimo y améis al más lejano!", nos dice el profeta. No es al prójimo que conocemos a quien debemos amar, sino al lejano que no conocemos. Este consejo subvierte los principios mismos del cristianismo.

Uno no debe hacer favores para se lo agradezcan, es cierto, pero tampoco para que se lo desagradezcan. Lo sé: se me dirá que nos debe ser indiferente la respuesta a nuestras acciones, que se debe hacer el bien sin esperar gratitud de los otros. Sin embargo, nadie hace el bien esperando el mal, y quien lo confiese está mintiendo, pues si en verdad esperara el mal no se dispondría a hacer el bien. Puedo contar con la ingratitud de los hombres, pero no cultivarla como si se tratase de una virtud. En lo íntimo del ser humano late un sentimiento de orgullo propio. Todos necesitamos sentirnos agradecidos y correspondidos por los demás. Hago el bien no sólo por deber moral, por un imperativo que me impele a hacerlo, sino por la satisfacción íntima que me reporta, porque me hace sentir bien conmigo mismo y con el mundo.

"Haz bien y no mires a quién", se dice. Pero sí hay que mirar, lectores míos, si no miráramos a quién hacemos el bien estaríamos ciegos y nos tomarían siempre por tontos. Nuestra experiencia de vida de nada sirve si no podemos sacar de ella unas pocas buenas enseñanzas. Prefiero mil veces dejar de hacerle un favor a alguien si de antemano sé que me pagará mal. Concedo que no hay mérito alguno en beneficiar únicamente a quienes nos lo agradecen, pero tampoco hay sabiduría en empeñarse en ayudar a quienes nos lo desagradecen. No tengo intención de amolar cuchillo para mi garganta.

La ética cristiana nos ha hecho buenos, demasiado buenos, y también tontos. Es hora de corregirla un poco. Como en todo, hay que ser selectivos también en la bondad y la generosidad, hay que saber bien a quién se hace un favor y ayudar a quien realmente lo merece. ¡Que los ingratos se pudran en el infierno de sus propias miserias!

EFIGIE DEL ANODINO

Para la sociedad, carece por completo de importancia. Carece de méritos propios, de encanto, de autoestima. Es un individuo gris, de vida triste y apagada. No es nada, no es nadie. Nadie se fija en él y a ninguno logra impresionar por sí solo. Pero una vez enquistado en determinado grupo -familiar, o social, o político-, de pronto pasa a convertirse en alguien. Se contagia del grupo, de su fortaleza, su entusiasmo y sus "valores". Entonces puede creerse importante. ¿Qué sería de él, de ella sin el grupo?

Espécimen universal e intemporal, el Anodino pulula y parasita en la administración pública aún más que en la empresa privada. Es un mal bicho, un vago, un subproducto que la cultura de padrinazgo y los gobiernos de turno crían y hartan sin cesar. Se le puede ver fácilmente en los pasillos y oficinas de cualquier dependencia del Estado -refugio y ámbito particular del Anodino- haciendo nada, perdiendo el tiempo y haciéndole perder el tiempo a los demás. Locuaz y banal, el anodino habla de esto y de aquello y de lo otro, de todo y de nada, se llena la boca de palabras vacías, habla y habla para matar el tiempo y su infinito hastío, para que el día corra y pase más rápido, y no para un segundo de hablar.

Su antípoda es el empleado laborioso y callado, ese que envejece sin esperanza frente a un escritorio por un sueldo que no le alcanza. El anodino le tiene a menos, le tilda de tonto, se burla; subestima su responsabilidad, su eficiencia, su dedicación al trabajo. Para él, el mérito no existe y la excelencia es una virtud dudosa que de nada sirve en este mundo de "vivos".

Protegido por vínculos familiares o políticos, deja bien claro -es demasiado burdo para insinuarlo- su protección y sus conexiones. No desaprovecha ocasión alguna de mostrar su prepotencia y arrogancia. Sabe hacer uso de su ascendencia, de sus relaciones y su "situación" inmediata; cuando lo considera necesario, no vacila un instante en abusar de ellas para intimidar a los demás y obligarles a rendirle pleitesía.

Con todas las premisas que le acompañan, es de suponer que goce de buena acogida entre alguna gente. Tan pronto llega, no es raro verle rodeado de un puñado de aduladores que le solicitan y halagan, procurando granjearse su simpatía y favor, más para conservar el puesto que por aprecio sincero.

El anodino es también un simulador de escaso talento. Al principio se nos pinta como cordero, como una persona "bien", amistosa y afable, incapaz de

hacerle daño a nadie. La verdad, sin embargo, es otra. Tarde o temprano descubrimos su juego.

Manipulador y soberbio, no admite crítica ni se le puede contradecir o llamar la atención sobre un punto. Es susceptible a cualquier reparo sobre su persona o su conducta, pero no repara en sus formas burdas y groseras, en su trato indelicado con los demás. La palabra "disculpa" nunca saldrá de sus labios. Al saberse amparado, llega a creerse por encima de los demás, incluso de quienes le son intelectualmente superiores.

Cuando el anodino se siente molesto o irritado actúa como un energúmeno, sin medir las consecuencias. Entonces sí es capaz de hacer daño, y no poco; entonces no titubea en acudir a las alturas del poder, en donde una decisión arbitraria puede trincar vidas y destinos, para elevar una queja ridícula o "hacer valer" sus derechos. En situaciones de crisis o de conflicto, saca las uñas y sus uñas son largas, bien largas. Deja ya de disimular y se nos pinta de cuerpo entero tal cual es y no como quiere hacernos creer que es; insulta, intimida, amenaza; se le cae la máscara de humildad y bondad. En verdad, el anodino es peligroso, pernicioso, perverso. Si le dejaran actuar a sus anchas, haría rodar cabezas.

Pero el anodino -¡pobre hombre, pobre mujer!- vive engañado, vive de la ilusión de identidad, de la ilusión de ser alguien. Debería saber que su poder o su influencia es sólo temporal y que nada dura para siempre. En el fondo este ser inepto y amargado, que arrastra enormes complejos y frustraciones y cuyo único mérito resulta de su parentesco con figuras encumbradas, es digno de lástima. Si no se sintiera protegido, no actuaría con la soberbia que actúa, ni se permitiría las licencias que se permite.

Saber que estamos condenados a sufrirlo nos hace desdichados. Recordar que su reinado es provisional nos brinda un ligero consuelo. Contra nuestra voluntad y nuestro bienestar, tenemos que soportarle a diario, en la oficina, la universidad o el negocio. No podemos escapar a su burda presencia, a su odiosa figura, a sus amenazas y sus exabruptos. Por suerte, disponemos a mano de un arma poderosa, infalible, absolutamente eficaz que lo neutraliza: la indiferencia. Pues no hay mejor modo de tratar al anodino que no tratarle en absoluto.

EL ULTIMO DE LOS CALUMNIADOS

Ahora sólo queda deplorar su muerte y aquilatar el significado de su pérdida. Ahora hay que salvarlo del olvido al que van a parar todas las cosas, todos los muertos, y rescatar su memoria de tantas calumnias y mentiras eficaces que hicieron más difíciles sus últimos años.

Ahora lloramos a quien solíamos injuriar. Ahora es bueno y noble y generoso, ahora que está muerto y -por fin!- se ha vuelto inofensivo para sus adversarios. En vida, un calumniado. En muerte, un mártir de la democracia y la libertad. Seguimos despreciando a los vivos y adorando a los muertos.

Los logros, importantes o discretos, sólo se aprecian en su justo valor cuando se adquiere una perspectiva de tiempo. Lo que hoy se tiene y se disfruta nos luce evidente. Pero cuánto nos ha costado!

Nunca sabremos cuánto le debemos a aquel hombre inmenso y contradictorio. Nunca sabremos lo que le debe esta joven y frágil democracia, demasiado imperfecta, demasiado vulgar y aburrida, que es una conquista y no un regalo. Nunca lo sabremos, porque estamos hechos de ingratitud y olvido.

Todos los grandes políticos tienen algo de personajes tragicómicos. Se agitan sobre el escenario sin saber para quiénes actúan. A menudo encarnan paradojas, ironías, bromas pesadas de la historia. Algunos llegan a parecerse a su propia caricatura. Viven (dicen vivir) inmersos en la realidad inmediata. O mejor, en el mundo de la política, que suelen definir como el "reino de lo posible". Pero más bien parecen vivir en la abstracción o en el equívoco.

Llegar a la cúspide de la popularidad, vislumbrar el poder, casi tocarlo con las manos, soñar con esa falsa tierra prometida desde la que se aspira a redimir a las masas. Estar a punto de ganarlo todo y perderlo todo fue su patético destino.

Todos somos más o menos tontos útiles del orden establecido. Ignoramos para quiénes trabajamos y luchamos y nos desvivimos. Las masas de esta pobre nación que aún no asume su mestizaje siempre serán irredentas. No habrá quién las redima, ni en cien años ni en cinco siglos.

Nadie entre nosotros ha sido más injustamente atacado y calumniado, blanco de los mayores insultos y las peores infamias. Ningún otro hombre público ha tenido que soportar peor el inconveniente de haber nacido pobre y de piel

oscura, ni enfrentarse a las adversidades del destino, ni crecerse ante las circunstancias desfavorables.

Es difícil concebir otro liderazgo espontáneo tan excepcional. Tremendamente emotivo y extraordinariamente vital, aquel hombre encarnó las virtudes y los defectos del pueblo: sus pasiones y debilidades, sus sueños y esperanzas. Venerado por unos, abominado por otros, era capaz de concitar fervientes adhesiones o furibundos rechazos, nunca indiferencia.

A otros les hemos perdonado casi todo: crímenes, robos, excesos, desmanes. Otros aún se pasean impunes por las calles, intocados por la justicia. A él, únicamente a él no hemos podido perdonarle sus yerros políticos, sus flaquezas y vacilaciones, sus exabruptos y torpezas y explosiones de ira.

Sobrellevó con dignidad y fortaleza casi sobrehumana una larga y dolorosa enfermedad, un mal irreversible que lo fue minando hasta devorarlo. Debió librar demasiadas batallas. La enfermedad que le venció fue sólo la última de ellas.

Su muerte, hoy convertida en duelo nacional, sirve para todo: para el lamento y el llanto, para el reconocimiento tardío y la idolatría post mortem, para el ejercicio cínico de la hipocresía y la simulación.

Muerto, ¿es ya de todos? ¿También de sus enemigos y detractores, de quienes le cerraron el paso? ¡Tanto afanarse por caer bien a los que dominan y deciden! Tanto inútil empeño en procurarse su simpatía y su favor, en demostrar que era potable!

Como a otros, como a tantos, a mí también me ha consternado esta muerte esperada y no logro salir del asombro y la tristeza.

El último de los calumniados ha muerto, vencido por la enfermedad. Ha muerto como un guerrero, de pie, despierto, inquieto, activo hasta el último momento, aún sabiéndose morir lentamente, fiel a lo que siempre fue, entregado a lo que siempre amó, aferrado a un imposible.

LA MEMORIA INCAUTADA

MEMORIA Y OLVIDO

La memoria es un arma poderosa y, como la escritura, es remedio contra el olvido. Fortalece a pueblos y naciones, ayuda a fraguar su identidad y les impide perecer por completo. Impide que este hoy degradado haga olvidar el horror que encierra el ayer. Los pueblos sin memoria ni viven ni mueren: sólo sobreviven, pasean su medianía sin orgullo ni gloria, inmersos en una actualidad intrascendente.

Si, en el plano personal, la memoria es la forma de autoencuentro del yo (ya San Agustín decía: "Yo soy el que recuerda, yo el espíritu"), en el plano suprapersonal o histórico es el modo de encuentro de un pueblo o una nación con su pasado. Cuando esa memoria falla o se pierde, es imposible encontrarse consigo mismo.

Los pueblos grandes y nobles nunca olvidan: la memoria es un signo de fortaleza; el olvido, de debilidad. Sólo los pueblos débiles son dados a olvidar. Un pueblo desmemoriado es un pueblo irremediamente perdido. Incapaz de reconciliarse consigo mismo frente al espejo roto de su historia, yerra todo el tiempo, y sus yerros son su mayor escarnio. Un pueblo que olvida y que termina rehabilitando a sus antiguos verdugos y opresores es merecedor de todo: de desgracias, de sangre y lágrimas, de burla y desprecio, y aun de bochornosos retornos al poder. Descalificado para todo, halla su verdadera vocación en la deshonra y el ridículo. ¿Cómo puede, sin memoria histórica, enmendar errores, prevenir peligros y riesgos, evitar males o apuntalar logros?

Milan Kundera tiene razón: la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido. Memoria y olvido se sitúan en las antípodas de una sola realidad. Mientras una teje el lienzo de la historia, el otro lo desteje. El poder (cualquiera sea su signo) quiere que olvidemos. El espíritu libre se le resiste y conserva la memoria como defensa. El olvido es la premisa necesaria para perpetuar la opresión. El poder pretende que los ciudadanos borren para siempre el recuerdo de los horrores del pasado y se llenen de una nueva "memoria", ya viciada: la de sus signos y símbolos, sus consignas y eslóganes. No importan afrentas y vejaciones, crímenes y atrocidades, todo ha de echarse al pasto del olvido en nombre de un nuevo comienzo y de una dudosa "reconciliación".

Leyendo una novela controversial sobre el período más terrible de nuestra historia reciente, *La fiesta del chivo*, doy con esta frase excepcional: "La política es un abrirse camino entre cadáveres". Así ha sido siempre entre nosotros, así han actuado gobernantes, cortesanos e idólatras del Poder. Abrirse paso entre

cadáveres: he ahí, resumida, la “aventura” del político inescrupuloso y sagaz que espera con calma su turno.

Por desgracia, los dominicanos no podemos enorgullecernos de haber librado con éxito la lucha contra el poder y el olvido. La amnesia parece haber contagiado a muchos. Deberíamos celebrar el triunfo del espíritu, y en su lugar asistimos a la derrota del hombre ante el poder y de la memoria ante el olvido. Mario Vargas Llosa, un escritor extranjero, viene a recordárnoslo: aún no hemos “ajustado” cuentas con las culpas de generaciones enteras ni con el lastre de un pasado ominoso. Seguimos impuros, manchados, contaminados. No nos atormenta la mala conciencia, la conciencia de culpa. Karl Jaspers hablaba de la “culpa colectiva” de los pueblos que viven bajo dictaduras y consienten pasivos o colaboran con el mal. Aquí ni siquiera nos planteamos este problema. Nos hace falta expiar los pecados, una “catarsis” espiritual, una gran purga del alma que nos limpie de tantas miserias y dobleces morales.

Soy incrédulo frente a la Historia, ese largo ejercicio de cinismo y crueldad. Por eso comparto el temor de Kundera: todo será olvidado y nada será reparado. No se repararán las injusticias que se cometieron, pero todas las injusticias serán olvidadas. Me sobran razones para temer el olvido y desconfiar del “buen juicio” de los pueblos. Me bastan los indicios del presente. Tal vez sea así, y nada será recordado. Víctimas y verdugos, ofensores y ofendidos, opresores y oprimidos, terminarán pesando iguales en la balanza de la Historia. No habrá culpables, ni cómplices, ni víctimas: todos seremos inocentes, como los niños. El Anti-Juicio Final, perfecto y perverso. Y sin embargo, yo recuerdo, yo el espíritu. Me repito el “nunca jamás” de Vargas Llosa y apuesto (debo apostar) por la memoria antes de que se nos venga encima el bochorno universal.

CRIMEN SIN CASTIGO

**"Detrás de todos estos años,
detrás del miedo y el dolor,
vivimos añorando algo
y descubrimos con desilusión,
que no sirvió de nada,
de nada
"o casi nada
que no es lo mismo
pero es igual"**

Carlos Varela, *Foto de familia*

Un personaje de Dostoievsky dice que cuarenta años son toda una vida y, aún más, una vejez avanzada. Cuarenta años es poco más de la mitad del promedio bíblico de vida en la tierra. Marcan una distancia prudente para pasar revista, con serenidad y lucidez, a nuestras vidas, a nuestra historia. Es preciso entonces mirar hacia atrás, volver la vista al camino recorrido, sin temor a la muerte pétrea, sin peligro de convertirnos en estatuas de sal, y examinar lo que somos y no somos y hemos querido y no hemos podido ser.

Cuarenta años después de la muerte del tirano, los dominicanos no acabamos de romper con el viejo orden y sus perversiones. El neotrujillismo aún sigue vigente. Ha sabido perpetuarse bajo ropajes democráticos. Se manifiesta en el culto al poder y la fuerza, en las formas intolerantes de pensar y de actuar, en la cultura de impunidad frente al crimen y la corrupción, en la debilidad de nuestras instituciones. Cuenta, además, con nuevos cultores y partidarios incondicionales. Sus defensores, algunos preclaros, forman parte de un espécimen universal que sobrevive en períodos de democracia. En todas partes son los mismos: los nostálgicos del pasado. Añoran un esplendor pretérito, los gloriosos tiempos del Jefe o del Partido, la "seguridad" que descansa en el terror. Prefieren la injusticia al desorden, el orden a la libertad, la razón de Estado al Estado de derecho, el régimen de fuerza al de respeto a los derechos y libertades civiles.

Nuestros intelectuales liberales (que suelen tomar por realidad sus legítimos deseos) podrán decir lo contrario, pero lo cierto es que no acabamos de romper con la tradición autoritaria. La ruptura con el autoritarismo secular jamás se ha consumado plenamente; ha sido más formal y simulada que efectiva. Nuestra voluntad de ruptura es débil, apenas un gesto desvalido, un amago inofensivo. En casos recientes, sólo ha servido de pretexto para maestros y

aprendices de la simulación política. Y es que no se rompe con un largo pasado autoritario por decreto presidencial o discurso de campaña.

La política de alianzas y componendas, la moral de conveniencia, la busca inescrupulosa de ventajas han perpetuado ese pasado. No sólo invalidan principios morales, también impiden cualquier juicio ético sobre figuras y hechos del pasado y del presente. Por ahí empieza nuestra defección, nuestra derrota moral.

La política se ejerce a expensas de la ética. ¿Cómo asombrarnos entonces de los escándalos y barbaridades que nos sorprenden cada día si hace tiempo ya hemos renunciado al decoro? ¿Cómo extrañarnos de que una justicia política condene a un ex mandatario y, años después, otra justicia política lo absuelva? Nuestro presente está tan maleado que es difícil imaginar un porvenir mejor. Frente a esta realidad deprimente, uno no puede menos que disentir, desconfiar, denunciar el engaño.

La novela de nuestra historia entera merecería titularse "Crimen sin castigo". Siempre que se quiere condenar los horrores del pasado, se menciona el largo rosario de crímenes y latrocinios aún impunes. Sin embargo, obviamos algo mucho más grave: que el daño espiritual ha sido incomparablemente mayor que el material. Los daños del despotismo son profundos y sus heridas no cierran. Peor, muchísimo peor que todas esas vidas segadas y toda la sangre derramada, es el envilecimiento moral de los que han sobrevivido.

Cuarenta años después, en este país prácticamente todo se ha envilecido. Nuestra moral es circunstancial, gelatinosa, acomodaticia. Dentro de poco nos quedaremos sin escala de valores, sin códigos éticos, sin reservas morales. No podremos juzgar ninguna acción conforme a normas o principios firmes. Y lo peor de todo: los verdugos de ayer y de hoy serán los héroes de mañana. Pasarán otros cuarenta años, cien años, y seguiremos en las mismas, atados a la pervivencia de un pasado ominoso, faltos de imaginación política, tullidos morales, incapaces de conjurar la herencia nefasta de un Cortesano convertido en *Pontifex Maximus* de la política local. Hemos logrado invertir el dicho: en el país de los tuertos, el ciego es rey.

Ahora, cierto discurso que intenta pasar por moderno nos invita a olvidar las heridas del pasado y a mirar sólo hacia el futuro. Nada despierta tanto mi suspicacia. Los pueblos desmemoriados no tienen futuro, puesto que han perdido su referencia; sencillamente ya no pueden reconocerse a sí mismos en el espejo de su historia. ¿Hacia dónde van si ya no saben de dónde vienen ni quiénes son? ¿Qué futuro puede haber para un país donde se justifica el robo y el asesinato como recursos del poder político? Ningún pueblo logra permanecer en el tiempo

sin conciencia viva de su pasado, viviendo en la pura actualidad, en un aquí y ahora falso que todo lo legitima y todo lo absuelve. La pérdida de la memoria histórica de un pueblo es el principio de su ruina espiritual y moral. Toda decadencia empieza por ser olvido. Si los judíos hubiesen olvidado por completo el holocausto, no tendrían hoy una nación y un Estado; seguirían siendo un pueblo de errantes, disperso por el mundo, forzado a dolorosas diásporas. Si los palestinos borrarán el recuerdo de agresiones y atropellos de Israel, no gozarían de un metro cuadrado de territorio autónomo. No, la memoria no debe dejarnos tranquilos, debe sacudirnos, punzarnos, atormentarnos si es necesario.

No habrá ruptura ni relevo generacional mientras, en los hechos, se siga restaurando el pasado autocrático y sus símbolos vivientes. Si alguna misión tenemos por delante es superar de una vez por todas la tradición autoritaria, con sus sátrapas y caudillos venerados, y afirmar los valores de una sociedad democrática. Esa ha sido la misión que las últimas generaciones debieron asumir como compromiso ético y político. Incapaces de llevarla a cabo, han preferido pactar con lo establecido. La tarea queda pendiente para las generaciones por venir. Pero de éstas no tenemos certeza alguna, no sabemos nada, ni cómo serán, ni cómo pensarán y actuarán, salvo quizá que serán diferentes de nosotros.

Mi padre me confesó un día que nunca quiso que un hijo suyo viniese al mundo bajo la tiranía y que por esa razón yo nací poco después de la muerte del tirano. Soy feliz de pertenecer a otro tiempo. Gracias a Dios, no cargo culpas ni complicidades. No me eduqué en las escuelas de la dictadura, ni mi espíritu se deformó bajo el patrón del terror y el culto a la personalidad. Y aunque me tocó crecer durante los oprobiosos Doce Años, he crecido en libertad, amando la disensión y no la sumisión ante el poder, los valores de una democracia siempre insuficiente, siempre más deseada que real, frágil, demasiado frágil, pero innegociable como la más cara de las conquistas.

ELECCIONES

La libertad atrae por muchas razones, entre ellas por su fuerza de negación. La libertad es el derecho a la diferencia y su pleno ejercicio supone también tomar partido frente al orden social y político establecido.

Parece que cada cierto tiempo tenemos la libertad de elegir a nuestros propios verdugos. Esta es una de las dudosas virtudes del sistema democrático. El ciudadano común y corriente puede escoger, de entre una oferta variada (y aburrida), quién será su próximo torturador o estafador. La oferta tiende a aumentar, pero la calidad no mejora. Si nos fijamos bien, elegir a los políticos que nos gobernarán durante cuatro años tiene algo de funesto: es como si eligiéramos a nuestros sepultureros. En general, los políticos, que se han constituido en una verdadera casta aparte, al margen del resto de la sociedad, son cavadores de tumbas de las aspiraciones de la gente. Con mentiras y engaños, nos roban la vida y nos incautan los sueños.

¿Cómo se atreve alguien a hablar en nombre de los demás? ¿Cómo puede un candidato representar valores como el futuro de la nación, la esperanza del pueblo o la patria justa con que todos soñamos? Desde que los grandes ideales se han degradado, todo el mundo se cree con derecho a representarlos. Las ideologías, que son mitologías degradadas, se han desplomado. No sólo las instituciones, tampoco los ideales superiores valen nada. Los políticos les han echado mano y han consumado su degradación.

Toda fe en el futuro es también fe en el progreso. Y el progreso es la forma como imaginamos el futuro. Pero el futuro es sólo una superstición a la que rendimos culto. Los modernos, aquellos que venimos del siglo XX, hemos sido víctimas de la ilusión del progreso. Ningún futuro luminoso, mucho menos este presente azaroso, podría borrar el largo memorial de agravios y de oprobios que guarda el pasado. Ningún presente degradado redimirá a las generaciones inmoladas durante largas épocas de terror.

Cuando escucho a mis contemporáneos hablar de olvidar las heridas del pasado y de vivir en presente, no puedo evitar indignarme. Disiento de ellos, disiento de su pernicioso *amor fati* y su culto a lo inmediato. Como si este presente fuese pleno o como si el pasado sólo fuese un referente insignificante a olvidar.

Nietzsche hablaba de la *capacidad de olvido* de los pueblos como rasgo de la inocencia del ser y posibilidad de un nuevo comienzo. Nuestra capacidad de olvido es otra. Los pueblos desmemoriados como el nuestro jamás podrán asumir

su propia historia, ni formular un proyecto para el futuro, ni tener presencia en el concierto de las naciones del mundo. Son pueblos condenados a extraviarse en la inmediatez y en el culto a sus opresores, a menos que se reconcilien consigo mismos y con su pasado.

Por eso lo más honesto es desconfiar de las ofertas políticas que proponen recetas de salvación y se presentan como encarnación del futuro, de la esperanza o de la patria. Ningún retorno de eternos candidatos podría ser un retorno sensato. Sólo se puede aspirar una vez más por necesidad, por pura necesidad. La aparición en escena de nuevos candidatos no garantiza la renovación o el relevo generacional. Estamos atrapados entre caudillos seniles y aspirantes de mediocre perfil. Puestos a elegir, sin embargo, es preferible para la democracia escoger entre candidatos medianos, sin brillantez alguna, opacos o simples, pero de rostro nuevo. La democracia no siempre es el triunfo de la excelencia, ni tampoco elección entre buenos, sino a menudo entre malos y menos malos.

Mal que bien, debemos hacernos la idea de *una democracia de medianías*, con líderes y gobernantes de vida política efímera, que vienen y van, que aparecen y desaparecen dejando apenas huella. Prefiero esa forma de democracia a la insufrible omnipresencia por décadas de gobernantes autoritarios aferrados a su ambición de poder. Cuando se cierre definitivamente el ciclo del autoritarismo en esta nación, nos veremos impelidos a estrenar y alternar cada cierto tiempo aspirantes al poder, y a sufrir pacientes su insipidez o sus dislates.

La incredulidad, la indiferencia y aun la apatía son el resultado político del desencanto. Es arduo combatir las ilusiones y creencias de nuestro tiempo, y mucho más arduo luchar contra las supercherías de esta realidad insular. Aún vivimos encadenados al muro del fondo de la caverna, entre tinieblas, como los prisioneros de Platón. Seguimos atados a viejas prácticas y formas de pensar, a un pensamiento mítico que sólo puede llevarnos a protagonizar un capítulo universal del absurdo o del ridículo.

En fin, que lo mejor de todo es no adherirse en serio a nada, sino a la nada de la libertad, seguir desconfiando y permanecer libre frente al contagio del mundo y sus imposturas.

DECISIONES

**“No puedes *elegir* de ninguna de las maneras (...).
No puedes vivir siendo clarividente, no puedes tomar
partido por nadie, no puedes tomar parte en nada.
Cuando se es parcial, o sea, cuando se crean falsos
absolutos, la savia del devenir renace en las venas”**

Cioran, Breviario de los vencidos

Estás a punto de tomar una decisión importante. Hace días, semanas le vienes dando vuelta a lo mismo: ¿Qué hacer? ¿Por quién votar? ¿Qué actitud adoptar ante las circunstancias de hoy? Aún no te decides. Tienes muchas dudas. Piensas que de nada serviría elegir a uno u otro.

Aún conservas algo de pureza o de ingenuidad, una joya en estos tiempos de tráfico de conciencias. Tienes escrúpulos. No has tomado parte en la historia de tu nación, no has sido protagonista de ninguno de sus “grandes” acontecimientos, ni siquiera eres una figura pública activa. Y, sin embargo, esa historia te interesa y en los signos del presente tratas de leer el porvenir.

Por fuera, luces correcto y sereno. Por dentro, vomitas fuego y lava. Hay en ti demasiada rabia contenida. Estás harto de todo, de los políticos corruptos, de este presente insular, de esta torpe democracia que se ha convertido en una ronda de sepultureros de anhelos y esperanzas. Si pudieras condenarlos a todos, lo harías sin remordimientos. Podrías declararte abstencionista y rechazar con tu ausencia esta nueva ronda electoral. Has pensado quedarte en casa ese día, no salir a ningún lado, permanecer inmóvil, indiferente a todo, dejar que las cosas marchen solas, pues es inevitable que marchen en un sentido u otro.

Pero no te engañas: te conoces bien y sabes que eres demasiado apasionado y vehemente. Te cuesta trabajo ser impasible. Con los años te has vuelto incrédulo. Tu incredulidad viene de un proceso doloroso y se alimenta de amargos desengaños. Aún no llegas a los cuarenta años y ya eres un desencantado. Quisieras estar a la vuelta de todo. No has vivido en vano: has viajado y visto otros mundos. Has contemplado el derrumbe de las utopías que en vano pretendieron transformar tu siglo. Después de aquel año de 1989, ¿aún queda algo en que creer y por lo que luchar? ¿En qué puedes creer? ¿En los hombres? Miserables y ruines, no son de fiar. ¿En principios o ideales superiores? Se han degradado y perdido todo valor. (Recuerdas ahora las palabras de aquel estudiante: “Mire, profesor, en este mundo ya no quedan ideales, todo lo que se hace es sólo por conveniencia propia”). Es verdad, ya no queda nada, ninguna

utopía por renovar, ni siquiera una última esperanza armada, salvo abandonarse a la monótona suma de las horas y los días, buscar el beneficio personal, acomodarse al comercio inmundo de los valores.

Te observas a ti mismo: eres un privilegiado. En un país de poca gente instruida, has podido estudiar. Puedes considerarte un intelectual (no te gusta esa palabra, tan manoseada), o sea, una conciencia. Y un intelectual tiene ante todo que pensar. Has leído una novela que te perturba y en la que crees descubrir la conciencia culpable de tus compatriotas. Por eso desapruebas la impostura de los intelectuales, su silencio cómplice frente al poder, su adhesión expresa a los restos de autoritarismo. Odias, odias mucho, odias este tiempo que te ha tocado en suerte, aborreces este pasado-presente vivo y ominoso, y sabes que el odio es una fuerza tan creadora y necesaria como el amor (tus amigos, los cristianos, al condenar el odio, nunca entenderán esto), que preserva del olvido el largo inventario de agravios y oprobios que guardan los pueblos. La moral es la gran ausente en la fiesta de la historia. En lo más íntimo de ti deploras que ya no queden deshacedores de agravios que vengan en auxilio de los necesitados y en castigo de los malvados. (El caballero andante se te antoja, definitivamente, una figura del pasado que ya no habla a nuestras vidas).

Vives en el país del Eterno Retorno. Si vivieran hoy, los antiguos griegos palidecerían ante nosotros, isleños patéticos. El eterno retorno tiene lugar aquí, pero de forma ridícula y truculenta, el retorno de todos los tiempos en un tiempo único, el retorno de lo mismo, pues todo es idéntico y lo nuevo es lo mismo que lo viejo y lo viejo siempre retorna y nunca acaba de desaparecer.

Reflexionas sobre la imposibilidad de elegir. No estás obligado a elegir. Puedes decir *no* a todo, declararte en desobediencia civil y mandar al diablo a todos los candidatos. ¿Es que no puedes elegir o puedes no elegir? Probablemente elijas no elegir. Pero incluso ya esto sería una elección. Es forzoso que sufras los cambios que se impondrán a ti, a todos, lo quieras o no, como los has venido sufriendo hasta ahora. Sufrirás la permanencia de lo mismo, o una novedad que nos coloque ante lo incierto, o el espectacular y humillante retorno al poder de un anciano.

Intentas verlo todo claro. Hace tiempo que nos imponen elecciones mediocres. Nunca podemos escoger entre buenos, sino entre malos y menos malos. Tener que elegir el mal menor como si fuese lo mejor es una señal de mediocridad. No hemos mejorado en nada la oferta electoral, sólo hemos venido apocándonos y resignándonos a cualquier cosa. Nuestra oferta está hecha a la medida de lo que somos, no de lo que queremos ser, mucho menos de lo que podríamos ser.

De algún modo sientes que los únicos culpables de este presente degradado somos nosotros mismos. Y si mañana hubiese algún retorno bochornoso, también lo seríamos y no tendríamos derecho a quejarnos. Tenemos las manos sucias, hasta los codos, hasta las heces. No se puede gobernar inocentemente. Ningún gobierno está libre de culpa, pues aún en el remoto caso de que no apele al recurso del crimen, es imposible que pueda sostenerse sin cometer injusticias. Recuerda a Sartre: somos a medias víctimas y a medias cómplices, como todo el mundo. Recuerda al stárets Zóssima, de Dostoyevski, señalándole a Aliosha la culpabilidad universal de los hombres: todos somos culpables de todo ante todos. No obstante, no olvides a los que nada han hecho sino sufrir y son inocentes de todo, los olvidados de la tierra.

Y ahora debes estar lúcido. Vas a tomar una decisión importante, vas a elegir a alguien y eso te compromete. Si, frente a lo que se te ofrece, decides elegir (y si no eliges, también eliges), considera elegir el mal menor. ¡Qué pobre elección, verdad! La ironía de esto es que únicamente eligiendo este mal menor podríamos salvarnos de la humillación que nos aguarda. Comprendo entonces que temas a lo peor de todo. Basta un par de pasos más, apenas un par de pasos, para que los dominicanos escribamos el capítulo de alguna inédita "historia universal del bochorno".

Tómate tu tiempo, no cedas a presiones ni atiendas a obligaciones. No escuches a nadie, salvo a ti mismo. Refúgiate en la soledad de tu habitación. Nunca es más íntegro ni más fuerte el hombre que cuando está completamente solo. Por una vez, decidas lo que decidas hacer, considera tomar una buena decisión. Sé honesto contigo mismo.

EXAMEN DE CONCIENCIA

Y bien, acabas de elegir. Sin ser clarividente, has tomado partido por alguien, has tomado parte en algo. Has escogido entre varios candidatos. Y al escoger, te has vuelto parcial. Te has definido. Con un simple acto cívico que quisiste dotar de sentido, te has comprometido plenamente. Y has creído en ese acto.

Talvez hayas votado por conciencia y no por conveniencia. Si es así, mereces mi respeto. Otra vez te han vendido la ilusión de que tienes el poder de elegir a tus gobernantes y has mordido el anzuelo. Has ratificado tu fe en la democracia. Pero las democracias serán siempre insuficientes e ineficaces mientras se limiten al ejercicio del voto popular cada cuatro años. Así, te empujan a una elección mediocre en la que no puedes elegir lo óptimo, sino lo preferible o lo menos malo. La tradición de la libertad oculta una tradición más antigua y más fuerte: la de la opresión.

Has podido abstenerte, quedarte en casa y dejar que todo pase sin tí. Has podido decirte a tí mismo, desengañado: "Total, todos son iguales". Pero no te abstuviste, fuiste a votar. Por eso piensas que eres un aspirante a escéptico incapaz de serlo, un abstencionista sólo de palabra. Al final, has creído y elegido.

Pero qué más da, ahora te sientes mejor. Después de todo, es un gran alivio que las cosas hayan salido como salieron. Una vez más, el desenlace no ha sido traumático. Has evitado lo peor, el bochorno y el ridículo. Casi te atreves a descartar la posibilidad de un retorno apoteósico del patriarca. ¡Cuántas angustias y tensiones, cuántos traumas acabas de ahorrarte!

Ahora se nos abren las puertas del futuro, siempre incierto. El presente es un compás de espera lleno de incertidumbres. Intuyes que se cierra un ciclo y se abre otro. Presientes que una larga época de autoritarismo toca a su fin. Pero no eres ingenuo para ignorar que la tradición autoritaria aún sigue viva y arraigada y que para romper con ella no bastan simples proclamas o declaraciones de propósitos presidenciales. Sabes que hace algo falta más: una férrea voluntad política, un proyecto, una nueva cultura democrática.

Y otra vez te angustian las mismas cuestiones y te asaltan las mismas dudas. Y, como antes, te preocupa no saber hacia dónde vamos o si todo esto lleva a alguna parte, si el presente es viable, si aún tenemos porvenir o, en cambio, estamos destinados al fracaso. Y, más allá del momento político, te preocupa esta carencia de plenitud del presente, todo el tiempo perdido y todas las fuerzas y

energías derrochadas. ¿Y qué de nuestra entrada en la modernidad, tardía, casi a empujones? ¿Y de nuestra inserción definitiva, impostergable, en los mercados mundiales? ¿Y qué de concertar y llevar a cabo una agenda mínima de desarrollo nacional? ¿Y ahora qué?

Si eres honesto, no puedes mostrar demasiado entusiasmo por el futuro ni creer que el progreso sea infinito. No sabes lo que te espera ni qué será de todo esto, ni si habrá un mejor mañana, si tendremos como nación una segunda oportunidad sobre la tierra o si nos veremos condenados a sufrir otra centuria perdida.

No tienes respuestas claras para estas preguntas, sólo intentos de responderlas. Vives en un tiempo huérfano de certezas y verdades indubitadas. Ya no hay claridad meridiana. En el claroscuro de nuestro tiempo se esparcen como en un lienzo luces y sombras. Aún no ves nada claro, sólo una nueva esperanza blanca en un horizonte nublado. Pero tú quieres ser clarividente.

No eres un hombre de partido. Un hombre de partido es un hombre parcial, y tú aspiras a la totalidad, a la libertad fuera de partido. Los grandes partidos políticos, sin excepción, nos han estafado una y otra vez. Se han corrompido en el ejercicio del poder. Han acumulado y fomentado los vicios y deformaciones de la sociedad. Se han entregado sin reservas a mezquinas luchas de intereses. Y, sin embargo, frente a lo peor posible -un régimen de partido único-, siguen siendo el mal necesario de la democracia.

En lo futuro procura estar atento, aguzar la mente y no bajar la guardia. Procura mantener siempre el espíritu crítico, la independencia de criterio, la libertad de pensamiento. No renuncies a exigir que se cumplan las promesas de campaña, pues la democracia sólo puede realizarse emplazando a los gobernantes a satisfacer las expectativas creadas.

No te arrepientas de la decisión que tomaste. Buena o mala, es lo que has decidido. El valor de un acto personal reside en su responsabilidad, en que es un acto responsable tuyo o mío, no en su adecuación a reglas establecidas. No comercies con tus principios y valores. Aprende a desconfiar y a dudar, porque la duda es siempre un estímulo para el intelecto y una defensa contra el autoengaño. Ten ojos para ver y oídos para oír. Agúzate, que te están velando. Y ahora, aunque sea por un momento, comparte conmigo aquella frase alegre que me dijera un amigo: "¡Qué bueno que ya salimos de esa vaina!".

CARTA A UN AMIGO QUE AÚN NO HA VUELTO

Podrías llamarte Alexis, Hipólito o Rubén. Podrías vivir en Nueva York, Caracas o Madrid. Pero te llamas Javier y vives en una ciudad de provincia del norte de Bohemia, en Europa Central. Eres uno de los tantos dominicanos de la diáspora. Resides desde hace años fuera del país. Un día te marchaste al extranjero con pretensiones de superarte. Como a mí, el país te hastiaba. Para un isleño, la insularidad es algo difícil de soportar, un continental no puede entenderlo. Haber nacido y permanecido aquí toda la vida nos parece ya sencillamente incomprensible. Hay que salir del país para comprender muchas cosas. Hay que ver y correr mundo para crecer.

Hace más de una década llegaste a Praga. Como muchos jóvenes, te fuiste a estudiar con una beca. Y con el tiempo te quedaste en Bohemia. Todos estos años has elegido la vida en el extranjero, la vida de apátrida, porque aunque tengas residencia permanente y pagues impuestos y tus hijos hayan nacido allá, nunca serás uno de ellos. Has escogido la larga extranjería, la prolongada ausencia que no conducen a nada, salvo a la nostalgia y el desarraigo.

Tú y yo hemos hecho una experiencia esencial que nadie nos puede arrebatarnos. La vida nos brindó la oportunidad de estar en el momento preciso en el lugar preciso. Hemos sido extranjeros solitarios, desarraigados, testigos privilegiados de una época de grandes cambios. Estábamos allí, en el centro mismo de los acontecimientos, aquel año crucial de 1989. Nos tocó vivir el derrumbe del socialismo real. Desde entonces no somos, no podemos ser los mismos. Para bien o para mal, el mundo ha cambiado y nosotros hemos cambiado con él.

Tú y yo hemos vivido las asperezas y las dulzuras de un exilio voluntariamente elegido. No fue fácil adaptarse a aquello, a la convivencia diaria con gentes de tan distinto origen; no fue fácil soportar tantos meses de frío, sobrellevar la soledad y el desamor, superar las barreras del idioma, someterse a numerosas pruebas académicas en una lengua intrincada que no es la tuya. Nos hemos hecho fuertes en la batalla. Recuerda el aforismo de Nietzsche, extraído de la escuela de guerra de la vida: "Lo que no nos mata nos hace más fuertes".

Pero la vida es cruel, Javier, y no todos llegan a hacerse más fuertes. ¿Te acuerdas de aquel compatriota nuestro que estudiaba cibernética? ¿Cómo se llamaba, Dionisio? Apareció un día muerto en Brno. Cayó destrozado desde la ventana de la cocina del séptimo piso de la residencia universitaria donde vivía. No sabemos si se tiró, o si lo tiraron, o si resbaló del alféizar donde solía apoyarse.

La policía barajó varias hipótesis sobre el hecho. Lo más probable es que se tratara de un suicidio. Su muerte nos sorprendió y nos dolió a todos. Dionisio era un buen muchacho, afable, deportivo, algo introvertido y cerrado. Nunca nos confesó aquello que le atormentaba. Recuerdo que llegó a escribirme varias cartas, en una de ellas me decía que los dominicanos eran buena gente por separado, como individuos, pero que cuando se juntaban eran un desastre, pues nunca llegaban ponerse de acuerdo en nada. Quizá tuviera razón. Lo que nunca comprendió es que la vida tiene más de una salida y que es preciso hacerse fuerte para soportar sus reveses, para encarar un fracaso académico o el fin de un gran idilio.

No hay nada que hacer allí, Javier, ya todo está hecho. Más allá de la experiencia humana y cultural, Europa tiene muy poco que darnos. Hoy se cierra cada vez más a los inmigrantes, se protege, se repliega en sí misma. Ni tú ni yo ni tantos otros entramos en el proyecto de los pueblos europeos. La competencia siempre nos colocará en cuarta o quinta fila, y tendremos suerte si se nos toma en cuenta. Los buenos puestos de trabajo no serán para nosotros, sino para ellos. Dicen que si te das muy bueno en algo puedes quedarte y tener éxito allí. Es posible, pero no hay que exigirle a ningún extranjero ser un genio para poder quedarse y trabajar en Europa o Norteamérica. Un día yo lo comprendí, me llevó un buen tiempo comprenderlo pero al fin lo comprendí. Entonces decidí volver al país. No hay nada que hacer allí, te digo, y, en cambio, hay tanto que hacer aquí...

Ahora estoy en Santo Domingo y tú sigues en Europa. Yo vivo la experiencia del retorno, mientras tú te debates en interminables dudas. Lo entiendo perfectamente: después de más de diez años de ausencia, el retorno se hace difícil. Uno termina acostumbrándose al nuevo ambiente que llega a conocer bien y teme volver al lugar natal. Aún no te decides a venir, vacilas, quizá por miedo a lo que puedas encontrar a la vuelta, y mientras pasas tus mejores años en un país en el que ya no quieres vivir y añoras una patria que ya no reconoces como tuya porque en todo ese tiempo ha cambiado demasiado. Y vives escindido, dudando entre el aquí o el allá, sintiéndote de ninguna parte, sabiendo que uno se harta de todo, hasta de mendigar patria en otros suelos.

El retorno es una apuesta en la que arriesgamos todo nuestro ser. La vida misma es una apuesta. Vivimos siempre apostando por algo o por alguien. *"Estáis embarcados"*, nos dice Pascal, a quien leo en estos días. Estamos embarcados: hay que apostar. Podemos escoger libremente, es cierto, pero también nos vemos obligados a escoger. La apuesta por el retorno es necesaria e impostergable. Tienes tantas razones para regresar al país como para permanecer en el extranjero, pero creo que las primeras son más fuertes y determinantes y pesan más en ti.

Yo, por mi parte, he apostado por el retorno. Cuando me preguntan por qué he vuelto, respondo que este es mi país y que aquí nací. Cuando me objetan

que critico mucho, contesto que ejerzo mi derecho soberano a la crítica y el disenso. Por eso a veces escribo sobre cosas que no me gustan, porque pienso que no vivimos en el mejor de los países posibles y que esta patria maltratada sería mejor para todos si de verdad lo quisiéramos, pero nos falta voluntad de mejoramiento, de orden, de justicia. Vivimos en la cultura del fraude, del engaño, de la impunidad. Vivimos arrastrando la herencia de un pasado nefasto, de una tradición despótica y autoritaria bajo la cual hemos consumido las mayores fuerzas y los mejores años. Vivimos, como aquella imagen de Silvio Rodríguez, “arando el porvenir con viejos bueyes”. No todo es malo aquí, Javier, pero el mal se nos ha convertido en una presencia cotidiana y no nos atrevemos a llamarlo por su nombre, ni a encerrar a los culpables, y esto sí que es una tremenda irresponsabilidad moral. Este es nuestro país y por eso nos duele tanto.

Considera ahora tu situación existencial. Considera los años que tienes y los que te quedan. ¿Qué quieres, adónde vas, qué piensas hacer con tu vida única, irrepetible? Sopesa los pros y los contras. Allá es el orden, la disciplina, las instituciones sólidas, los buenos servicios, el tranvía y el autobús a la hora exacta, el tránsito “por el librito”. Aquí, el desorden y el ruido, la basura, la carencia de servicios básicos, los apagones, el tránsito caótico. Allá, la frialdad y la distancia, la soledad y el desarraigo, la falta de amigos, el racismo, la xenofobia, los “skinheads”. Aquí, la calidez, la solidaridad, los buenos amigos de siempre, la alegría espontánea, el buen humor.

Como notarás, esta carta es una simple invitación al retorno. Los muchachos y yo estamos convencidos de que te vendría bien retornar. Los que hemos retornado, mal que bien, seguimos aquí echando la pelea. Y aunque el mundo es ancho y ajeno, sentimos que somos más de aquí que de cualquier otro lugar. No te escribo para convencerte de que retornes. Te escribo para que medites sobre ello. Pero siendo francos, te convido a que lo hagas, a que después de tantos años de alejamiento retornes al país y pruebes suerte, como lo han hecho otros, como lo he hecho yo.

Te perdono aquella ofensa. Te perdono haber herido mi orgullo intelectual. Te perdono incluso haber ofendido a los muchachos, porque sé que aquella noche frente al Alcázar no estabas en tus cabales y te pasaste de tragos. No voy a decirte que “el país te necesita” (bien sabes cómo odio los clichés). Sólo te diré que sería una lástima que perdieras todo este tiempo precioso en un país y un continente en donde no tienes ningún futuro. Estoy casi seguro, porque creo conocerte, de que aquí tendrías éxito y te sentirías mejor contigo mismo. Reynaldo y Rafael, que siempre te recuerdan bien, piensan lo mismo y te animan a volver. Si te decides a hacerlo, puedes contar plenamente con nosotros. Te apreciamos mucho y te esperamos pronto.

HIC ET NUNC

AQUÍ Y AHORA

Vivir es encontrarse en el mundo, enfrentarse a él, orientarse en él, actuar en él. Hemos sido arrojados al mundo sin previo consentimiento. Eso que llamamos mundo es un escenario impuesto donde se desliza nuestra vida intransferible y única, y donde debemos vivir, convivir, realizarnos, intentar ser felices. No hemos elegido nacer, la vida nos ha sido dada como un regalo o un bien. Tampoco hemos escogido el mundo ni el tiempo que nos ha tocado vivir, y esto tiene algo de fatalidad. Pero ese mundo y ese tiempo que no hemos escogido nos dejan un cierto margen de decisión y de actuación, nos permiten elegir entre varias posibilidades, y esto tiene algo de libertad.

Vivimos sometidos al tiempo que transcurre. Vivimos en la sucesión temporal, duramos mucho o poco, o sea, transcurrimos. A diferencia de las verdades esenciales, nos bañamos en la ribera del tiempo, nos sumergimos en su torrente. Estamos hechos de la materia fugaz del tiempo.

Con la conciencia de que estamos en el tiempo, con la conciencia de nuestra temporalidad, descubrimos que pertenecemos fatalmente a una generación, o sea, a un cierto grupo de edad y un estilo de vida determinado, con una actitud vital propia, con gustos, preferencias e inclinaciones particulares. Estamos adscritos a una generación y sentimos que no hay modo de zafarse de ella. Descubrimos también algo aún más vital a nuestra existencia y es que debemos lidiar con las grandes cuestiones de la vida y de la muerte, de esta vida y de la "otra vida", del amor y la soledad, de la libertad y el destino, y que no hay forma de evitarlo.

Vivir es vivir aquí y ahora, *hic et nunc*. El presente, el "hoy" es nuestra realidad primordial. Pero este presente, este "hoy" (cuyo imperativo vale para todos los tiempos) es siempre distinto para cada uno. "Hoy" es para un viejo sesenta años, para un adulto cuarenta y para un muchacho apenas veinte. El "hoy" de un muchacho de veinte años es diferente al "hoy" de un hombre maduro de cuarenta, y el de éste diferente al "hoy" de un viejo de sesenta. Los tiempos se entrecruzan, nos confrontan, nos obligan a revisar la vida. Me doy cuenta que envejezco, que el "hoy" de los cuarenta años se topa con el "hoy" de los veinte, que ya es ayer y me parece remoto. Reconozco en mí deseos y ambiciones, imposturas, logros y fracasos, errores y omisiones, planes para el futuro, tareas pendientes, cosas por hacer, ... Soy una inconclusión, alguien que aún está por hacerse, por crearse a sí mismo.

Es fastidioso obligarse a ser siempre uno mismo, no poder dejar esta piel que nos cubre, este cuerpo que nos pesa para empezar a ser el otro que deseamos.

Es necio insistir una y otra vez en la identidad. ¿Cuándo he sido yo mismo? ¿Cómo he podido ser yo mismo? ¿Por qué la identidad y no más bien la diferencia? ¿Y por qué la mismidad y no mejor la otredad? Siempre he deseado ser distinto al que soy. Me hago presente a mí mismo. Al hacerme presente, al encontrarme conmigo mismo por obra de la memoria, se cruzan en mí dos seres disímiles que ya no se reconocen: el adulto que soy (que debo ser) y el joven que fui. Y entonces descubro asombrado que no soy ni puedo ser el mismo que fui hace veinte años. El tiempo desvanece mi ilusión de identidad. Es verdad que soy uno solo, un solo cuerpo, pero no soy siempre el mismo.

El presente es siempre innovación, cambio, desafío. El presente constituye el horizonte temporal en que se realiza la curiosa aventura del ser. Sin embargo, no nos está permitido vivir instalados absolutamente en el presente. El futuro nos preocupa, nos angustia, nos obsesiona. Aún no existe y, pese a ello, se nos impone como si existiera. Es un fantasma que nos roba tiempo, sueño y vida. Ante el altar del futuro ofrendamos lo mejor de nuestras vidas. Sólo el anciano que siente cercano el momento de la muerte y que ya nada espera del futuro, o el nihilista radical que busca en el goce del instante el único absoluto, podrían vivir instalados en absoluto presente. A los demás nos toca vivir pendientes de las noticias del futuro, hipotecados al porvenir. Sencillamente no nos es posible erradicar de la mente la preocupación por el futuro. Por eso, las filosofías presentistas, que excluyen el futuro y proclaman la supremacía del instante presente, de los "momentos únicos", están destinadas a no prosperar entre los mortales.

El hombre no es sino que proyecta ser. Es un ser que se está creando, haciendo a sí mismo a cada momento, en una aventura tan insólita como inacabada. Y este autocrearse, este proyectar ser supone necesariamente un futuro, un porvenir, como horizonte de posibilidades, no un mero presente instantáneo. El hombre no es tanto un estar siendo lo que es cuanto un querer ser lo que aún no es; se compone de lo que es y de lo que no es, de lo que posee y de lo que carece; lo constituyen atributos y carencias. Es conciencia de ser, pero también de no ser. Si simplemente fuésemos y no quisiésemos o proyectásemos ser, no habría futuro de qué preocuparse, sólo existiría un presente soberano y total que se bastaría a sí mismo. Pero el futuro de algún modo existe, así sea como proyección mental. Prueba de que existe es que nos ocupa demasiado tiempo y pensamientos. No somos, sino que proyectamos ser.

Pero aunque el futuro gravite como una preocupación constante sobre nuestras vidas, no podemos partir más que del presente, de este aquí y ahora en el mundo. Sólo conozco un imperativo válido para la existencia y consiste en esforzarse frenéticamente en vivir. Hay que asumir la vida hasta el frenesí, hasta el frenesí del vivir. Este frenesí no significa exceso o desenfreno, sino aceptación gozosa y plena de lo que una vez, sin haberla pedido, nos fue dada sin hacer, por

hacer: la vida. Es verdad que puedo renunciar a la vida, despedirme de ella para siempre, suprimirme. Pero si está a mi alcance el suprimirme, si puedo hacerlo en cualquier momento, ¿cuál es entonces la prisa? ¿No sería mejorar postergar indefinidamente esa decisión fatal y dejar que la vida siga, que fluya y agote su cauce normal? Si, en cambio, he decidido vivirla con pasión frenética, con entusiasmo desbordante, debo asumirla y enriquecerla, procurar que sea más completa, más plena.

El nuevo siglo-milenio, en el que espiritualmente hemos entrado hace ya una década, trae consigo promesas de felicidad desmedidas y expectativas de terrores inéditos. Es noble de parte nuestra desear que el porvenir sea distinto del presente y de nosotros mismos. Es deseable apostar por que vengan otros y nos releven del cargo y nos superen. Si, por la razón que fuere, no hemos sido auténticos y plenos, si no hemos llegado a ser lo que queríamos ser, debemos al menos ser justos y permitir que otros intenten serlo. No nos creamos indispensables y únicos, pues ni siquiera somos necesarios y estamos aquí por puro azar. Pero si no es ése el caso nuestro, estamos forzados a aceptar el ineludible desafío de existir, de vivir aquí y ahora, de llegar a ser lo que aún no somos y cumplir nuestro destino.

*

**

Ya sabemos que vivir es encontrarse en el mundo, consigo mismo y con los otros. Existir es estar ahí, arrojado en el mundo, en este momento y en este lugar: *hic et nunc*, aquí y ahora. El aquí y ahora es nuestra circunstancia inmediata, la única que cuenta, la que nos permite ser, hacer y proyectarnos hacia el porvenir. En el ahora o presente caben todos los tiempos: el ya, el antes y el después. En el aquí se resume nuestra situación particular: pertenecemos a una geografía, a un clima, a una cultura, a una nación.

Detrás de cada uno de nosotros, cualquiera sea la profesión u oficio que hayamos escogido en la vida, está el hombre. Detrás hay siempre un ser humano, sin más, preocupado por las cuestiones esenciales. Antes de ser cualquier cosa - antes de ser intelectual, o artista, o científico, o político, o lo que sea- se es hombre; al serlo, se preocupa uno del Universo, lo interroga, es decir, filosofa. Esto es precisamente lo que significa filosofar: interrogar al Universo, escudriñarlo con curiosidad, preocuparse de él, de sus seres y de sus cosas.

En un sentido amplio, se puede decir que, en cuanto piensa e interroga al Universo, en cuanto se preocupa de su propio destino, todo hombre es filósofo. Ningún hombre puede evitar, en algún momento decisivo o crítico de su vida,

filosofar. Y esto equivale a plantearse las cuestiones vitales, a abordar los grandes problemas cósmicos, a reflexionar sobre el dato radical de la existencia.

Se dirá que el hombre de la calle no necesita filosofar, que le basta con vivir y buscarse la vida de todos los días. Se dirá, como los antiguos: "*Primum vivere, deinde philosophari*" -Primero es vivir y luego filosofar. Se dirá que el vivir aquí y ahora es una verdad tan evidente que no necesita demostración alguna, ni siquiera ser expresada. Según esto, filosofía sería, propiamente, no vivir y vivir, propiamente, no filosofar. Esto sería rigurosamente cierto si de verdad viviésemos en el ahora o presente, si fuésemos auténticos.

Sucede que a menudo se confunde la filosofía como actividad propia de académicos con el filosofar como dimensión intrínseca de todo individuo. Existe en el mundo un puñado de personas que hacen del estudio de la filosofía su ocupación principal y de la vida un ejercicio intelectual. Son especialistas en la materia, los llamados "filósofos profesionales". Las demás personas viven, aman, odian, sufren y ocasionalmente... filosofan. Creo que la dimensión filosofante es indisociable de la vida humana. Desde este punto de vista, todos somos filósofos, o, mejor dicho, seres filosofantes.

Nos es forzoso asumir posturas ante las cuestiones últimas. Sabemos cuáles son esas cuestiones, las hemos sentido o presentido, las hemos pensado como necesarias: la vida, la muerte, Dios, el juicio final. Ortega las formula a la manera típica de la filosofía existencial: "¿Cómo es posible vivir sordo a las postreras, dramáticas preguntas? ¿De dónde viene el mundo, adónde va? ¿Cuál es la potencia definitiva del cosmos? ¿Cuál es el sentido esencial de la vida?".

De algún modo hay que asumir estas cuestiones o, si no, vivir en la mentira y el engaño. Creemos poder renunciar a ellas, zafarnos de ellas, pero olvidamos que esto implica ya tomar una postura, pues la renuncia a algo es un tipo de elección. Y si no siempre hay la intención de responder positivamente a las interrogaciones esenciales, tampoco hay modo de no encararlas. Son tenaces, no nos dejan tranquilos, nos persiguen como una sombra. El agnosticismo, por ejemplo, es una vuelta de espaldas a los problemas últimos, una suspensión por tiempo indefinido, prácticamente definitiva, de las cuestiones fundamentales, declaradas insolubles. El agnóstico no sólo admite la posibilidad de que el mundo en sí mismo sea un problema insoluble, sino que también declara la imposibilidad de conocer el mundo. No sabemos, no podemos saber nada acerca del mundo, ni de Dios, ni de la inmortalidad del alma. Kant era agnóstico; Bergman lo es.

Pero este volver las espaldas a las cuestiones esenciales es sólo otra postura. Puesto a elegir, prefiero darles la cara, mirarlas de frente, porque ellas involucran la existencia del hombre, comprometen por entero su destino y justifican su

presencia en la tierra. Tal vez estas cuestiones últimas y decisivas sean insolubles. No importa, de igual modo son inevitables. Por eso discrepo de ciertas corrientes de pensamiento como la filosofía del lenguaje y el positivismo lógico, que califican aquellas de retóricas o metafísicas. Olvidan, sin embargo, que son vitales al filosofar y las únicas que al final cuentan. La sospecha de que pudieran ser insolubles no debería llevarnos a juzgarlas superfluas, sino todo lo contrario: debería servir de acicate para una búsqueda incesante, rigurosa. ¿O es que acaso la conciencia de que siempre habrá injusticia en la tierra nos impide luchar por un mundo más justo?

El aquí y el ahora es una verdad incontestable, aun para las filosofías o religiones que postulan un futuro inmanente o trascendente. Toda preocupación por el "más allá" sólo puede sustentarse en el "más acá". Puedo estar obsesionado por la idea del pecado y la salvación de mi alma. Puedo creer que no todo acaba con la muerte y que hay otra vida después de ésta que vivo. Puedo vivir esperanzado con la promesa de vida eterna. Lo que no puedo en absoluto es dejar de actuar desde el aquí y el ahora, desde esta vida terrena que me ha sido dada sin pedirla y sin hacer para que la viva y la haga a mi modo y la multiplique como se multiplican los talentos.

Las Escrituras rezan que el principio de la sabiduría es el temor de Dios. No ha sido otro el origen de la religión, de todas las religiones. Quisiera recomendar una sabiduría más mundana, más del lado acá de nuestra "naturaleza", que se nutra de los instantes únicos, desde el aquí y el ahora como supuesto básico para actuar en el mundo, para llegar a ser lo que queremos ser y aún no somos. Hace siglos, Omar Khayyam, el poeta epicúreo persa, recomendaba esa sabiduría que consiste en gozar del momento presente; aconsejaba beber vino, no atormentarse por el pasado ni por el futuro; en fin, vivir aquí y ahora:

*Siéntate y bebe: gozarás de una felicidad que Mahmud no conoció/
Escucha los armónicos laúdes de los amantes. Son los verdaderos salmos de David/No te abismes en el pasado ni te angusties por el futuro/
Que tu pensamiento no se proyecte más allá de lo presente. He aquí el secreto de la paz".*

DE LA VIDA CÓMODA

Vivir es una tarea incómoda, aparte de dolorosa. Hay demasiadas cosas que complican y se oponen a este hecho esencial. El mundo suele ser un lugar hostil en el que nos encontramos y al que nos enfrentamos. A diario nos vemos obligados a trabajar, a resolver problemas de todo tipo, a elegir entre varias opciones, y eso no es nada fácil. El tiempo, la vida misma se nos va en cositas insignificantes. Cuando elegimos algo, nuestra elección nos compromete por entero. Sufrimos, además, la angustiosa disyuntiva del éxito o el fracaso.

La vida no es para nada un jardín de delicias. Y, sin embargo, hoy se pretende buscar el sentido de la vida en la comodidad. Esa pretensión falsa es el derivado de un largo proceso histórico. Durante los último siglos, la ciencia y la técnica se han empeñado en manipular la materia, dominarla y hacerla cómoda a nosotros. Los resultados de ese notable empeño están ahí, al alcance de los dedos, y son bastante atractivos. Todo parece someterse al imperativo de la comodidad.

Hay quien cree hallar el sentido de su vida en el confort y prefiere lo confortable por encima de todo. Hace de éste un valor supremo, como si no hubiese cosa más importante en el mundo. Se sorprende de saber que, para otros, hay algo más entre el cielo y la tierra de lo que imagina su filosofía.

El afán de confort ha contagiado por igual a las élites y a las masas de los pueblos. Se ha convertido en el sentimiento de la época. La utilidad práctica, la llamada eficacia, pretende ser la norma de la verdad. Se apela a la praxis, a la acción (ventajosa, útil, eficaz) como criterio último de verdad. Lo que cuenta son los resultados prácticos, finales, lo mismo en ciencia que en política, en moral que en la vida social. La verdad del conocimiento reside, pues, en la acción. "No hay más verdad que la utilidad práctica, el buen éxito en el trato de las cosas", proclaman los norteamericanos. He aquí, resumida, la tesis fundamental del pragmatismo.

Este principio, que ha fundado civilizaciones modernas (la norteamericana, entre otras) me parece bastante discutible, pues el confort -como bien muestra Ortega y Gasset- es simplemente una cuestión de gusto, una predilección subjetiva, un capricho de la humanidad occidental desde hace trescientos años. Surge con el nacimiento de la edad burguesa, del espíritu burgués, y el burgués busca acomodarse plácidamente en el mundo y modificarlo a su antojo. Pero ese afán de confort posee sólo valor relativo, no absoluto, y en modo alguno es superior a otros valores de la vida. Además, suele ser típico de épocas pragmáticas y utilitarias como la nuestra, no una constante de todas las épocas. Entiendo que

la sociedad de consumo ha potenciado ese afán al máximo y lo ha llevado a niveles de acceso y disfrute increíbles. Considérese, por ejemplo, que hoy basta con un simple impulso digital para acceder no sólo a la mayor información, sino también al supremo confort imaginable. Es el mundo puesto a nuestros pies, desde la comodidad del hogar o del automóvil.

Frente a ello, estimo necesaria la crítica del pragmatismo secular y de sus supuestos como filosofía y principio del conocimiento. La crítica del afán de confortabilidad, erigido en principio e ideal de vida en la era posindustrial, es una de las tareas de la filosofía actual.

Ortega ha definido la filosofía como conocimiento del Universo o de todo cuanto hay. Pero este universo nos es completamente desconocido. Filosofar es entonces embarcarse *en* o *para* lo desconocido como tal, andar por "tierra incógnita". Lo desconocido es el universo como totalidad, no como porción o fragmento. La *terra incognita* es ese terreno, ese ámbito peculiar por donde transita la filosofía. Si el filósofo se embarca hoy para lo desconocido como tal es porque carece de certezas sólidas, porque le falta un terreno firme en que apoyarse para andar. Este pisa tierra movediza, se mueve en un terreno incierto, ignoto. Se mueve, pues, en la incertidumbre, en la completa ausencia de certezas absolutas y la sola presencia de certezas relativas.

Quien escribe o medita sobre la vida, quien trata de perforarla en su misterio hasta lo hondo, sabe que la comodidad es sólo un medio, nunca un fin en sí mismo, un medio que le permite plantearse cuestiones verdaderamente incómodas. No la niega ni la desprecia de manera hipócrita; al contrario, la aprecia y trata de conservarla, y aun de acrecentarla, pero no por sí misma, sino como vehículo, como condición material para realizar arduos ejercicios y conquistar nuevos territorios. Todo aquel que se preocupa en serio por el problema del existir aquí y ahora debe saber servirse de la comodidad y sus ventajas, pero únicamente para intentar llegar hasta las profundas regiones ignotas del ser. Estas regiones son ásperas y abruptas, incómodas de transitar, pero transitarlas tiene algo de osadía y de heroísmo.

No sólo la seducción del poder, también la del confort es una de las tentaciones que debe resistir el espíritu inquieto y despierto. La vida demasiado muelle es un narcótico: deja de inquietar y despertar al espíritu, lo atonta y lo adormece. El *taedium vitae* puede ser también consecuencia del exceso de comodidad.

El pragmatismo postula que la verdad del conocimiento reside en la acción, en la utilidad práctica de las cosas, y que esta acción o *praxis* constituye, en definitiva, el criterio de la verdad. De este valor práctico se deriva la búsqueda de la confortabilidad como principio de felicidad.

Reconozco que esta filosofía, nada profunda e incluso banal, ha sido sumamente exitosa en nuestra época y ha cosechado un éxito mayor al de otras filosofías. No obstante este éxito, considero hoy necesaria la crítica del pragmatismo como principio de conocimiento y la de su corolario ético, el utilitarismo. La crítica sería del *afán de confort*, convertido en la *ratio* fundamental de nuestra "civilización materialista" (como gustan de llamar a la modernidad los cristianos), es una de las tareas pendientes de la filosofía actual.

Impugnar el pragmatismo utilitario de nuestro tiempo no significa impugnar el sentido práctico, siempre conveniente en la vida, en favor del puro conocimiento teórico. No significa, pues, negar la acción para afirmar únicamente la contemplación. Tal sería lo propio de una filosofía meramente contemplativa, especulativa, desligada de la necesidad de actuar en el mundo. Acción y contemplación constituyen una dualidad permanente que desdobra nuestra vida. Ahora actuamos y un momento después contemplamos. Para vivir es importante cultivar cierto sentido práctico de las cosas. Esta habilidad nos ayuda a enfrentarnos al mundo, a orientarnos en él y a resolver los agobiantes problemas concretos de la existencia. Ahora bien, esta no es la única, ni siquiera la más relevante dimensión de la existencia humana.

Hay quienes venden su alma al diablo para disfrutar de riqueza y poder; hay quienes optan por vivir una vida frugal, austera, de espartano rigor. En la moderna sociedad de consumo, sin embargo, todo parece sacrificarse al imperativo del confort: tiempo -el tiempo para los hijos, para la pareja, para uno mismo-, dinero, sueño, energías. Esta búsqueda afanosa del bienestar material, o este empeño tenaz en mantenerlo, hace de la vida cotidiana un incesante sufrir inconvenientes y molestias: pagos, diligencias, embotellamiento del tráfico, horas extras en el trabajo o el negocio,... El tiempo, la vida misma se nos va en cositas fastidiosas e insignificantes. Tenemos que hacer esto y aquello y lo otro. ¿Dónde, cuándo logramos disponer de un momento verdaderamente feliz, pleno? Para acceder a un mejor nivel de vida y de consumo, tenemos que trabajar hasta reventar. Y así deterioramos nuestra calidad de vida, vivimos peor y vivimos menos.

Si meditamos bien en torno a ello, podemos descubrir entonces esta curiosa paradoja: para gozar de mayor confort, debemos trabajar más, y trabajar más

supone menos descanso y tiempo libre, es decir, menos tiempo para nosotros mismos, menos bienestar espiritual. Esta mecánica absurda se repite sin cesar y reproduce toda una civilización fundada en el engaño y el simulacro. En el fondo, lo que se nos tiende es una trampa y caemos en ella.

Debo aclarar, para evitar malentendidos, que no rechazo la vida cómoda como tal, ni condeno a quienes la prefieren; tampoco glorifico la vida dura y áspera. ¡Lejos de mí esto último, como si ya de por sí no bastaran las tantas molestias que a diario sufre uno en este país! Yo mismo reclamo cierta comodidad para poder escribir en calma estas líneas sobre la vida cómoda. De modo que, siendo sincero, no podría rechazar el placer que ella me ofrece. Sólo me rebelo contra la tendencia, hoy cada vez más acentuada, a situar el confort por encima de cualquier otro valor vital, consagrándole nuestras mayores fuerzas y energías.

Si bien un *mínimum* -o quizá poco más de un *mínimum*- de confort es menester para pensar y crear, un *máximum* de confort no hace bien a la vida del espíritu (al intelecto o a la imaginación creadora), que debe acostumbrarse a las asperezas del vivir, sino que la empobrece o la vuelve indiferente e insensible.

La vida demasiado muelle es un narcótico para el espíritu y una anestesia para los sentidos: a aquél lo entontece y a éstos los embota. Todos la deseamos, todos vamos afanosamente tras ella. Sin embargo, hay que saber que nada realmente heroico o grandioso puede salir de ella, nada que eleve o trascienda el espíritu, salvo tímidas medianías. No conozco obra ni acción memorable que no se haya realizado sin grandes sacrificios, sin vencer dificultades y escollos, desdeñando y apartando comodidades burguesas. Nietzsche, el anticristiano Nietzsche, advierte que a un filósofo se le reconoce en que se aparta de tres cosas brillantes y ruidosas: la fama, los príncipes y las mujeres. Al apartarse de estas cosas, se consagra a lo que llamó el "ideal ascético" de vida, que atacó sin piedad. Ortega, por su lado, destaca el heroísmo intelectual como característico del filosofar. Coincido con él en este punto, con dos salvedades: que se incluya el saber trágico y que aquel rasgo notable se aplique también al poetizar, al crear.

Al llegar aquí remito al lector a las Escrituras. El joven rico del Evangelio de Marcos no se atrevió a seguir a Jesús. Quería seguirle, pero no estaba dispuesto a pagar el precio de tal seguimiento: la renuncia total a su riqueza y su entrega a los pobres. Marcos nos dice que aquel joven no siguió a Jesús porque era muy rico. En realidad, el obstáculo que lo impedía no era sólo la riqueza sino el bienestar que ella trae consigo. Como todo rico, vivía cómodo, tenía su vida hecha, segura, tranquila; gozaba de comodidades a las que no quería renunciar, ni siquiera por seguir al mismo Jesús. Seguir a Jesucristo era una exigencia demasiado radical: significaba sencillamente dejarlo todo. Para el joven rico, eso hubiera supuesto no poseer ya nada, pues todo se lo habría dado a los pobres,

soportar carencias y estrechez materiales, andar errante de pueblo en pueblo siguiendo al Maestro; en fin, sufrir infinitas incomodidades. Tenía la vida, la vida plena y eterna a su lado llamándole a seguirle y la dejó pasar para siempre.

2000

LA CONDICIÓN REBELDE

El hombre que piensa, juzga al mundo y a la creación entera. Sueña y afirma, pero también duda y niega. El hombre que actúa, crea o destruye, acepta o rechaza el mundo que le ha tocado en suerte. O uno acepta sumiso el orden del mundo o se subleva contra éste. No hay posturas intermedias.

Camus decía que la rebelión era el movimiento mismo de la vida. Igual que la vida, no se argumenta ni se razona: es instintiva y espontánea. No hay que buscarle razones a la rebelión, pues ésta surge de un sentimiento natural y no de un razonamiento lógico. Se es rebelde y punto, por vocación, por indignación, por ruptura con el mundo. Desde el momento mismo en que admito encontrar causas que la legitimen, mi rebeldía pierde fuerza vital: se racionaliza. Deja de ser un movimiento voluntario, un acto puro de la voluntad, para convertirse en rebelión razonada.

La condición humana es una condición rebelde contra el orden cósmico, divino y humano, y aun contra sí misma. El hombre es el animal que se rebela, porque quiere ser algo más que hombre en un mundo de hombres. La rebeldía es nuestra condición filosófica.

La verdadera rebelión, más que política, es metafísica. No se trata sólo de subvertir un orden social injusto, sino de algo mucho más profundo: de rebelarse frente a cuestiones insolubles como el sufrimiento, el mal y la muerte. El rebelde ataca la creación y el falso orden del mundo. La rebelión es un impulso natural, un instinto. Nos pertenece y nos constituye. Fue nuestro primer acto, el acto que marcó nuestro exilio del Paraíso. Porque hemos nacido de una desobediencia, de una insumisión a la ley divina, del gesto desobediente del primer hombre en el Jardín.

Lucifer, Adán, Prometeo son figuras emblemáticas de la rebelión. El gesto desafiante de Lucifer, el ángel rebelde, lo desterró del cielo y lo precipitó a la tierra. El acto de Adán, su deseo de salir de ese eterno presente que era el Paraíso, le hizo caer y perder la gracia. Prometeo roba el fuego de los dioses y se lo regala a los hombres. En castigo, Zeus le condena de por vida a padecer terrible sufrimiento. El pecado de Adán, su primer acto, es la desobediencia a Dios. Su pecado es un acto de conocimiento. Adán quiere conocer, ser como Dios, igualarse a su creador. La rebeldía de Luzbel desnuda su infinita ambición de poder, su deseo de ser Dios ("Es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo", dice el Lucifer de Milton); la de Adán revela su voluntad de conocer y de actuar al

margen de Dios; la de Prometeo resume un gesto supremo de solidaridad con los hombres. La rebelión prometeica es la rebelión por excelencia.

La rebeldía anárquica ha atraído siempre más por su fuerza de negación que por su contenido positivo. Parece latir oculta en el fondo mismo de nuestro ser. Contra la rebelión luciferina se podría argumentar que destruir lo creado es más fácil que crear. Pero a la auténtica rebelión no la mueve un mero impulso dinamitero, ni tampoco el intento de destronar a Dios para colocar en su lugar a un Ídolo.

La rebelión de hoy impugna esta “sociedad de opulencia”, este mundo de propietarios rehabilitado tras el fracaso de las utopías, sus valores caducos, su respeto sagrado por la propiedad privada, su desmedido afán de lucro. Si la revolución era un destino y una promesa de redención de los pobres del mundo, la rebelión es un acto libre y talvez sin mañana del hombre que odia las cadenas.

En nuestros días, la oposición al orden neoliberal está encabezada por los grupos minoritarios y marginales de la *contracultura*. Estos grupos constituyen las nuevas negaciones del poder. En ellos la rebeldía es una inclinación natural, instintiva, que no obedece a un programa teórico ni se guía por una doctrina. Lo esencial no es transformar el mundo, ni siquiera interpretarlo, sino oponérsele. Razonan (o, mejor, sienten) más o menos así: el mundo tal como existe no debería ser y tal como debería ser no existe. La voluntad de rebelión adquiere hoy formas sociales de expresión distintas a las de ayer.

Desde que en 1989 la revolución socialista dejó de ser una alternativa viable en el mundo, el puro gesto anárquico ha sustituido a la lucha revolucionaria. Recuerdo este graffiti en una pared de Bratislava: “Já jdu proti všem” (“Estoy contra todos”). Los rebeldes de hoy, como los de ayer, repudian el orden establecido por injusto y opresor. En realidad, su filosofía puede resumirse en la frase preferida de Plinio Chahín: “Dime de qué se trata para oponerme”.

Muchos de los movimientos sociales que sobreviven al derrumbe del socialismo real (ecologistas, pacifistas, socialistas, anarquistas, feministas) alimentan un sentimiento legítimo de rebeldía frente al “nuevo orden mundial”. Carecen de programa y de fundamento doctrinal, son débiles y dispersos frente a un capitalismo avasallador que impone globalmente sus reglas de juego. Su repertorio de lucha a menudo se reduce a una serie de hechos y gestos tan pintorescos como desafortunados: escenificar batallas campales con la policía,

destruir propiedades, boicotear la celebración de eventos públicos, atacar cadenas de negocios de comida rápida (el blanco favorito: McDonald's), ...

Las manifestaciones de protesta contra la reunión anual del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, recién celebrada en Praga, son muestras de rebeldía espontánea antes que propuestas alternativas de cambio. Han sido las primeras protestas importantes en la capital checa desde las ya lejanas de noviembre de 1989, que pude presenciar. Cuando las comparo, noto la diferencia entre ambas. Aquellas fueron pacíficas y cívicas contra el régimen comunista; éstas son violentas y desordenadas contra el sistema financiero mundial. Aquellas precipitaron el derrocamiento de un gobierno; éstas suelen degenerar en disturbios callejeros, actos vandálicos y enfrentamientos con la policía. Curiosamente, como en Seattle y Washington, sus protagonistas no son los pueblos pobres del Tercer Mundo, agobiados por la pesada carga de la deuda externa, ni siquiera los ciudadanos del país anfitrión, afectados por una transformación económica que ha disminuido sus niveles de vida, sino más bien grupos de extranjeros que, con entusiasmo y fervor militantes, se trasladan de un lugar a otro del planeta para protestar en contra de la globalización y las políticas neoliberales que consideran nefastas.

Goethe prefería la injusticia al desorden. Los jóvenes rebeldes que protestan y desafían a la policía en Seattle, Washington y ahora Praga prefieren el desorden a la injusticia. En el fondo plantean cuestiones legítimas de verdad, justicia y equidad. El presidente del Banco Mundial, James Wolfenshon, debió admitirlo ante miles de delegados internacionales, en su discurso inaugural en el Centro de Congresos de Praga, el antiguo Palacio de la Cultura construido por los comunistas.

Sin embargo, dudo mucho de la eficacia (no de la legitimidad) de estas justas protestas poscomunistas. Como gesto de rechazo, de insumisión frente a lo establecido, son buenas y válidas. Esos jóvenes tienen todo el derecho del mundo de protestar contra la ineficacia e iniquidad de las instituciones multilaterales de financiamiento para aliviar la miseria de dos tercios de la humanidad. Pero como realidad efectiva se disipan tan pronto que parecen un espectáculo de histeria adolescente. Pienso que aciertan en lo que niegan, pero se equivocan en lo que afirman. Les sobran razones, pero les faltan ideas. Los grupos anticapitalistas radicales denuncian la voracidad imperialista, la pobreza creciente en el Tercer Mundo, la ridícula ayuda oficial de los países más ricos a los países pobres (ésta, de hecho, ni siquiera alcanza el prometido 0,7% del PIB del mundo industrializado). Repiten el viejo *ritornello* de la izquierda tradicional de que las instituciones de Bretton Woods son instrumentos de dominación económica del capitalismo. Cuestionan la idea de la globalización como destino inexorable, como un proceso inevitable al cual está abocada la economía mundial, una especie de

fatalité inmodifiable. En cambio, no proponen alternativa alguna a los problemas de pobreza, desigualdad y mala distribución de la riqueza en el mundo.

Con todo, debo reconocer que los manifestantes compensan su falta de imaginación política con una extraordinaria destreza para burlar los cercos policiales y hacerse sentir. Durante las protestas violentas todo se confunde y pierde sentido. Es el mundo al revés: los pacifistas tiran piedras, los anarquistas se organizan para enfrentar a la policía, los ecologistas lanzan contaminantes cócteles Molotov, las feministas se refugian detrás de los hombres,... A la distancia, cual simples espectadores, los congregados -la élite del capitalismo mundial- contemplan la escena como criaturas indefensas y cautivas. Los delegados del Tercer Mundo reciben instrucciones, que luego ejecutan fielmente en sus países.

Refutado el marxismo por la historia posterior, es imposible recurrir a una teoría de la historia y de la revolución, a un pensamiento fuerte capaz de guiar una praxis revolucionaria y de transformar el mundo. Las nuevas rebeliones se fundamentan a sí mismas sobre la ausencia de metas y perspectivas. Sin programa teórico, sin ideas claras, apelando sólo a su sensibilidad, los movimientos rebeldes (que se saben incapaces de provocar una revolución) invitan a la revuelta y la desobediencia civil. Su divisa común es un gran rechazo: "No new world order!".

Hoy haría falta crear nuevas formas de protesta y rebelión, más allá de las convencionales, y renovar el repertorio entero de lucha. Tal vez las posibilidades revolucionarias de los movimientos anticapitalistas sean escasas, pero estoy seguro de que no les falta fuerza moral. Si bien carecen de consistencia, al menos llevan consigo una razón de ser suprema: que en un mundo de escandalosas desigualdades, la rebelión no ha dejado de tener sentido. Es bueno que los jóvenes protesten. Es saludable que la protesta contra un mundo injusto y desigual siga viva. La rebeldía prueba que el espíritu está vivo, que piensa y disiente del poder. Nos recuerda que las contradicciones aún no han sido superadas.

Siempre será deseable cuestionar el mundo que nos ha tocado en suerte. El coraje del ser humano radica en saber decir no al poder. Cuando veo a un joven disidente desafiar solitario una fila de tanques en medio de una plaza o alzar el puño amenazante en nombre de alguna utopía redentora, sé muy bien de qué lado está la dignidad y dónde moran los sueños.

Octubre de 2000

CONTINUIDAD DE LOS MALES

EL DRAMA QUE NO CESA

El siglo veinte, terrible y sangriento, se despide legándonos nuevos dramas insolubles. Desaparecida la confrontación Este-Oeste, sigue vivo un conflicto acaso mayor y más antiguo: el que separa al Sur del Norte. El conflicto Norte-Sur enfrenta culturas y en su torbellino arrastra la mudanza de pueblos enteros.

El mundo de la posguerra fría es escandalosamente más injusto y desigual que el precedente. Si bien se mantenía sobre una especie de "equilibrio inestable", el mundo bipolar aún era un mundo equilibrado. El mundo unipolar de hoy es más incierto que aquel otro. En su incertidumbre, deja pueblos abandonados a su propia suerte o los condena a emigrar.

Se trata de un verdadero movimiento histórico y de un signo de nuestro tiempo. Siempre ha habido corrientes migratorias, en todos los siglos y continentes, pero las de hoy son singulares, pues ocurren cuando ha desaparecido la confrontación bipolar y ya no quedan modelos, paradigmas ni certezas en que ampararse.

Miremos nuestro propio caso. ¿Qué es lo que genera esta ansia de escapar del país? ¿Y qué lo que provoca esta compulsiva fuga al exterior de las jóvenes generaciones? Hay que repetirlo: nuestro exilio es esencialmente económico, corresponde a la realidad de un país de la periferia tercermundista. La penuria creciente, la falta de oportunidades, la estrechez del medio provocan esa fuga angustiada y desesperada. Es esta dura realidad, la de una sociedad excluyente y desigual, la que condena a tantos al exilio, la lejanía y el desarraigo.

Esta huida puede ser legal o ilegal, pero siempre viene dictada por la miseria y la desesperación. Su forma más perversa conocida son los viajes ilegales a Puerto Rico. Pensemos ahora en los cientos, miles de dominicanos que se largan en yolas buscando una mejor vida y en su audaz intento sólo hallan la peor de las muertes en el inmenso mar Caribe, ahogados o devorados por los tiburones. Pensemos en esos pobres incautos que venden sus escasos bienes y entregan su alma a criminales traficantes de vidas que les estafan y les llevan a la muerte. Pensemos en las víctimas de naufragios en alta mar, desprotegidas por esta democracia formal de que gozamos. No viven bajo una dictadura, como los cubanos, sino bajo un sistema "democrático" de derechos y libertades puramente formales que igual los desampara. Y, sin embargo, ¿en dónde están para ellos las garantías de un Estado de

derecho? ¿En dónde sus “inalienables” derechos a trabajar y a vivir dignamente en este pedazo de tierra donde han nacido?

Como en los casos de la prostitución infantil, el tráfico de drogas o la venta de órganos humanos, aquí también funcionan las inexorables leyes del mercado. Porque, ¿cómo no ver en la mafia de los viajes ilegales el testimonio de un capitalismo atroz que denigra la condición humana?

El drama es universal y pertenece a uno de los capítulos más vergonzosos de fin de siglo: el de los emigrantes. Corre parejo a otro drama escandaloso: el de los refugiados. La odisea se repite en otras zonas de esta aldea global: son los balseros cubanos, los mexicanos "espaldas mojadas", los marroquíes, los “boat people” vietnamitas. Son los desposeídos de la tierra, desgraciadas criaturas jugándose todo en frágiles embarcaciones que, según el contexto, el lenguaje popular bautiza con diversos nombres: "yolas", "balsas", "pateras". El destino soñado es siempre una tierra de promisión: los Estados Unidos, España, Francia. La ciudad a la que sueñan llegar es siempre distinta a la que dejan atrás: Nueva York, Miami, Texas, Madrid. En Europa se conoce bien la tragedia de los marroquíes, que intentan cruzar en pequeñas embarcaciones o a nado el estrecho de Gibraltar para llegar a Andalucía, huyendo del hambre y la represión en su tierra, y que muchas veces naufragan o mueren ahogados en el intento. Dominicanos, haitianos, cubanos, mexicanos, marroquíes, todos, viviendo bajo distintos regímenes políticos y sistemas económicos, son forzados a emigrar por las mismas razones: la pobreza extrema, la escasez, la falta de libertades y de oportunidades. Huyen de las guerras, la hambruna o la crisis económica.

La caída del muro de Berlín y el fin de la guerra fría encuentran hoy a toda una humanidad doliente y desamparada. Pero las grandes oleadas migratorias no ocurren únicamente de naciones pobres a naciones ricas, sino además de naciones más pobres a aquellas menos pobres. Los haitianos emigran a la República Dominicana, los nicaragüenses a Costa Rica, los colombianos a Venezuela. Tampoco se dan en una sola dirección, del Sur al Norte, sino también del Este al Oeste, como en los antiguos países socialistas.

Nada ni nadie podrá detener la incesante oleada migratoria de masas empobrecidas del planeta. Tal vez se pueda controlar por algún tiempo, pero nada más. Pronto burleará el control y se desbordará, como el río de la vida. Confieso que me da risa cada vez que leo o escucho hablar de la necesidad de tomar mayores medidas de seguridad, de aplicar controles fronterizos más estrictos, de aprobar leyes más duras para los inmigrantes ilegales. Es como si con una medida legal o policial se pretendiese detener el movimiento mismo de la historia. El fenómeno migratorio es un problema universal que no se resolverá imponiendo nuevas leyes, ni apelando a soberanías, ni ejerciendo el legítimo derecho de un Estado a la

repatriación de indocumentados. Volverá una y otra vez porque los hambrientos y desesperados de la tierra no reconocen normas ni leyes abstractas.

Un problema global sólo admite una solución global. Harto se sabe, pero se pretende ignorar, que la solución verdadera no radica en ejercer un mayor control fronterizo ni en reprimir o repatriar a los ilegales, sino en erradicar las causas del éxodo masivo. Nada se logrará mientras no se ataquen de frente las causas reales que originan la migración de los ciudadanos pobres del Sur y del Este. Mientras existan dominicanos desesperados por abandonar el país "como sea", se seguirán organizando viajes ilegales; mientras Haití siga siendo el país más pobre del hemisferio occidental, los haitianos continuarán burlando nuestra frontera.

La riqueza del mundo no sólo se concentra en pocas manos, sino también geográficamente. El capitalismo tardío no salva de la catástrofe a la humanidad entera; únicamente salva a Norteamérica, Europa Occidental y el Japón. El resto del mundo parece irremediabilmente perdido. Nuestro mundo es un espléndido banquete para unos pocos comensales. Afuera, a la intemperie, los hambrientos esperan las sobras del festín de la abundancia. La sociedad de consumo fascina a todos pero sólo complace a algunos. El pastel nunca se reparte por igual ni alcanza para todos. Siempre queda una mayoría de excluidos.

El drama de las migraciones no cesa: es vivo, palpitante, desgarrador; en nuestro caso, se ha convertido en tragedia nacional. Nuestra tragedia, nuestro verdadero fracaso como sociedad y como nación se llama Canal de la Mona. Esta realidad incontrovertible plantea urgentes cuestiones de verdad, de igualdad y de justicia que el pensamiento filosófico y ético no puede eludir sin traicionarse a sí mismo. Tras el fin de las utopías, no hemos logrado crear un mundo mejor y más justo. ¿Por qué nos extrañamos de las terribles consecuencias de este fracaso?

LECCIONES DE GEOGRAFÍA

Nuestro tiempo es un espejo roto en mil pedazos. Sus trozos nos devuelven la imagen de un mundo de confusión y caos. Sus signos más horribles son la guerra y el hambre, con su secuela fatal de destrucción y muerte; sus numerosos escenarios abarcan casi todos los continentes. En esta era mediática, vivimos al tanto de esos signos y esos escenarios.

Gracias a las tragedias continentales aprendemos geografía universal. La geopolítica avanza a expensas de la historia. Los nombres de países y lugares tan remotos como Bosnia-Herzegovina, Somalia, Chechenia o Kosovo ya nos son familiares. ¿Quién hubiera sabido pocos años atrás dónde quedan exactamente capitales como Sarajevo, Mogadishu o Priština? ¿Quién las hubiera mencionado en el curso de una conversación ordinaria? Hoy casi todo el mundo sabe más o menos dónde queda Ruanda y que su población la forman dos tribus rivales que se matan entre sí: los *hutus* y los *tutsies*. No hay duda: los *mass media* nos enseñan geografía.

Desde hace años vengo mirando los reportajes de la cadena de televisión norteamericana CNN. En Europa los veía en transmisión original en inglés. Ahora, en Santo Domingo, puedo verlos también en su versión en castellano para América Latina.

Confieso que CNN es mi escuela visual de desastres finiseculares. Los he contemplado casi todos. A mi memoria acude ahora un tropel de imágenes vívidas de esta época convulsa que nos ha tocado en suerte: un Estado latinoamericano, soberano en teoría, invadido por un ejército extranjero para apresar a su gobernante de facto: Panamá. El mismo ejército invasor de gringos, años después, conquistando una capital africana desierta y abandonada para capturar a un solo hombre, al Señor de la Guerra: Mogadishu. Un levantamiento popular reprimido contra un dictador del Este, ejecutado poco después: Rumania. Finalizada la guerra del Golfo Pérsico, miles de kurdos huyendo despavoridos hacia las montañas para escapar al humillado ejército de Saddam Hussein: Irak. Una ciudad asediada y destrozada, muertos en las calles y francotiradores en las azoteas, aldeas arrasadas, campos de concentración y testimonios de musulmanas violadas por los serbios, fosas comunes y cementerios llenos de tumbas: Sarajevo. Cientos de civiles muertos, una ciudad destruida por las tropas rusas en una guerra que no pudieron ganar: Chechenia. Matanzas espeluznantes, medio millón de muertos, hilera interminable de refugiados *hutus* escapando a Zaire y luego retornando a su país de origen: Ruanda.

Si Ruanda no es el infierno en la tierra, es lo que más se le parece. Ruanda refuta el optimismo de Leibniz: no vivimos en el mejor, sino en el más atroz de los mundos posibles. Toda una masa hambrienta huyendo de una muerte segura, con sus escasas pertenencias y sus niños famélicos al hombro; niños gritando, extraviados entre la turbamulta indigente, porque en la estampida de la huída o la confusión del retorno habían perdido a sus padres; la multitud innumerable de vuelta al hogar, a esa tierra de hambruna y desolación devastada por ancestrales odios tribales; montón de asesinados, de cadáveres descompuestos regados por campos y caminos, atacados por moscas voraces.

El desastre alcanza también a los países del desaparecido bloque comunista. Allí, la caída de los regímenes totalitarios revela grandes diferencias en los niveles de vida entre distintas naciones, hasta ayer apenas "satélites de Moscú". Destapa la olla hirviente de los particularismos, sucedáneo histórico de los totalitarismos. Estallan las guerras entre etnias y las guerras civiles, y se ejecutan limpiezas étnicas. Kosovo fue sólo una de las muestras más recientes. Una parte de las muchedumbres emancipadas del Este intenta emigrar a Alemania Federal en busca de mejores oportunidades. Los que no logran entrar en territorio alemán, se sienten afortunados si consiguen quedarse en alguno de los antiguos países socialistas de economía relativamente estable, que hoy se hallan "en transición": llámese República Checa, Eslovaquia o Hungría.

Los he visto en Praga, en Munich, en Berlín. Los emigrados del Este, los mismos que un día serían redimidos por la revolución socialista, se apiñan hoy en la estación principal de trenes de Praga, deambulan por Marienplatz o por las calles de alguna gran ciudad alemana. Es fácil identificarles por el aspecto exterior: la humilde y roída vestimenta, el calzado barato. De lejos huelen a pobres. Hacen cualquier cosa para sobrevivir en país ajeno. Piden limosna en la calle usando a sus hijos de mendigos, venden baratijas o roban carteras en las estaciones de metro. Algunos organizan mafias que operan a distintos niveles. La delincuencia callejera y el crimen organizado son también posibilidades en una sociedad "abierta". Cuando vivía en Bohemia me topaba a diario con ellos: rumanos, albaneses, yugoslavos, polacos, rusos, ucranianos, chechenios...

Para todos esos ciudadanos, el presente es zozobra y el futuro incierto. El comunismo era una certidumbre, terrible es verdad, pero certidumbre al fin. El capitalismo salvaje, en cambio, es incertidumbre total. Las reformas económicas ponen de manifiesto la dicotomía entre libertad y seguridad. Los que ayer apostaron por los cambios hoy se sienten frustrados, pues aún no alcanzan a disfrutar de las "infinitas bondades" del mercado.

Ya nos hemos acostumbrado a contemplar las imágenes del horror en la pantalla de televisión. Al principio, lo que vemos nos impresiona y nos conmueve.

Pero luego se vuelve normal, empezamos a verlo como un suceso más de tantos en el mundo. El infortunio de nuestros semejantes se nos hace digerible. Pierde su carácter trágico, se trivializa. O, como prefieren decir los postmodernos, se desdramatiza. El infierno de los otros pronto deja de conmovernos.

Los *mass media* no sólo muestran: también ocultan. Se calla la responsabilidad de Occidente en muchas de las catástrofes de nuestro tiempo, pues éstas (pongo por caso a la antigua Yugoslavia, despedazada por una guerra absurda) se prolongan sin necesidad debido a su actitud hipócrita y cómplice. Se omite que, después de haber expoliado sin piedad a los países pobres y de haberlos llevado casi a la desesperación, las naciones ricas pretenden ahora controlar una migración masiva que ellas mismas han provocado con su política de saqueo y su desigual intercambio comercial. Manuel Vásquez Montalbán tiene razón cuando dice que no habría países subdesarrollados si no hubiese países *subdesarrollantes*. Infinitamente más hábil, más dinámico y flexible que su derrotado adversario, el capitalismo liberal universalmente triunfante carece, sin embargo, de la voluntad y la capacidad necesarias para enfrentar los grandes males de la humanidad.

La guerra, el hambre y las enfermedades diezman hoy poblaciones enteras en los continentes de la pobreza. Me entero por CNN de esas desgracias y las deploro sinceramente, pero apenas me alcanzan, pues vivo atado a discretas comodidades. Sé por fin dónde queda Kosovo en el *mapa mundi*; sé también que hoy soy un poco menos ignorante que ayer. Y, después de todo, no debo sentirme mal, pues aunque el mundo sea un desastre que yo no puedo impedir, he aprendido lecciones de geografía.

LAS SOCIEDADES POSCOMUNISTAS

Nuestro tiempo gusta de hallar términos y apelativos para bautizar las nuevas realidades. Hoy casi todo lo que sucede de importancia es *pos* o *neo*. Hablamos de neoliberalismo, de neomarxismo, de post-ilustración, de posmodernidad, incluso de post-historia; también de poscomunismo. George Steiner tiene razón: vivimos la "era del epílogo".

La caída del Muro de Berlín marcó el fin del imperio soviético y del comunismo europeo. Fue el final de toda una época: la de la Guerra Fría. Se acababa así el mundo surgido al término de la Segunda Guerra Mundial, mundo bipolar marcado por el conflicto entre Oriente y Occidente. Las potencias aliadas victoriosas habían creado un mundo a su imagen y semejanza. Berlín era la viva prueba de la división del mundo en dos grandes bloques antagónicos. La caída del Muro, en noviembre de 1989, es mucho más que la expresión del colapso del régimen comunista alemán: es el **símbolo** del fin de la Guerra Fría. Después de Berlín irían cayendo uno a uno, como fichas de dominó, los regímenes totalitarios sostenidos por la Unión Soviética en Europa Central y del Este: Varsovia, Praga, Budapest, Sofía, Bucarest. La teoría del dominó quedaba confirmada. Ningún otro acontecimiento histórico reciente expresa mejor la desaparición de una época y el principio de otra. Empieza entonces el período de la Posguerra Fría. Es un tiempo nuevo definido como época de transición. Es el triunfo universal del capitalismo liberal y, con éste, de la uniformización a escala planetaria. Surgen así las llamadas sociedades poscomunistas.

Hemos llegado al fin del siglo y en Europa, a desdén de la profecía marxista, no hubo ni habrá revolución proletaria. Todo lo contrario: lo que sí se ha producido en esta última década en algunos de los antiguos países comunistas es una vuelta a las democracias burguesas de principios de siglo. Pienso que los procesos de cambios en los países de Europa Central y del Este, más que revoluciones, son *restauraciones* del viejo orden liberal capitalista. O más claramente: del Estado de derecho existente antes de la Segunda Guerra Mundial. No han sido revoluciones **sensu stricto**. Es incluso inapropiado hablar de "revoluciones pacíficas" para caracterizar a esos procesos. Sería mejor llamarles **restauraciones**, pues han restablecido valores y derechos civiles fundamentales suprimidos por décadas de totalitarismo estalinista.

No son, sin embargo, simples retornos al pasado, a un pasado ya irrecuperable, sino tentativas por reinsertarse en la modernidad europea occidental. No es casual que los gobiernos de esos países hayan proclamado la necesidad de modernizarse bajo la divisa del "Retorno a Europa". El reciente retorno al poder en

algunos de esos países de políticos ex comunistas, convertidos ahora en socialdemócratas (Horn en Hungría, Kwasniewski en Polonia), no refuta esta realidad. Es un fenómeno coyuntural que no parece tener carácter definitivo.

Lo esencial es que en Europa no hubo revolución proletaria en el sentido marxista. Fallaron tanto la profecía revolucionaria como las garantías del método dialéctico. En lugar de revoluciones, hemos contemplado restauraciones.

Revolucionar es cambiar radicalmente un estado de cosas. Restaurar es restablecer un estado de cosas primitivo. Una revolución es una transformación radical de la realidad; supone un cambio violento de las instituciones políticas de una nación y la aparición de una realidad totalmente nueva. Una restauración, en cambio, es un retorno a una situación originalmente existente; implica el restablecimiento en un país del régimen político que antes existía y que había sido interrumpido y sustituido por otro.

La mayoría de los países del desaparecido bloque comunista -salvo Rusia y Yugoslavia- han retornado pacífica y ordenadamente al tipo de régimen político que tenían a comienzos de siglo, en el período de entreguerras: régimen de libertades públicas y mercado libre que consagraba un Estado de derecho. Es el caso de la antigua Checoslovaquia, de Polonia y Hungría, sobre todo; en menor grado, de Bulgaria y Rumania. No hay que olvidar que antes de la agresión nazi, las naciones centroeuropeas -pienso de manera especial en Checoslovaquia- evolucionaban lenta pero firmemente hacia democracias de tipo occidental. El nazismo primero y el estalinismo después interrumpieron violentamente esta evolución legítima.

*

**

En uno de sus textos más conocidos, *El libro de la risa y el olvido*, Milan Kundera escribe que la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido. Las "revoluciones" en la Europa comunista han significado el triunfo del espíritu y de la inteligencia contra la razón totalitaria. O, para decirlo en palabras de Kundera, la victoria del hombre frente al poder, de la memoria contra el olvido. En 1989, el espíritu logró movilizarse contra la razón de Estado.

Los movimientos populares en Europa Central y Oriental fueron auténticos revueltas contra las viejas relaciones de poder impuestas por la Unión Soviética durante 40 años. La unidad del Imperio y la autoridad de Moscú se habían resquebrajado. Con mucho mayor fortuna que las revueltas populares de Berlín, Budapest y Praga de los años 50 y 60, las de 1989 representaron verdaderas rupturas dentro del mundo comunista en crisis. Pero esta fortuna, hay que decirlo, debe mucho a la voluntad del imperio de convertirse en una democracia. Porque los

cambios empezaron a producirse desde la misma Unión Soviética, hoy extinta, cuando ésta debió enfrentar su profunda crisis interna y revisar su política hacia los países satélites. Algunos dirigentes quisieron sinceramente transformarla en una auténtica democracia socialista. Pronto se vio que era imposible.

Hemos asistido, pues, a un genuino fenómeno histórico, que viene a ser uno de los acontecimientos fundamentales de las últimas décadas: la caída de los regímenes totalitarios en Europa y su transformación en nuevas democracias. El fenómeno era quizá previsible desde que Gorbachov lanzara la **perestroika** en 1985. Lo que no se podía predecir era la celeridad con que se precipitarían los acontecimientos ni la manera en que ocurrirían los cambios, pacíficos y ordenados en algunos casos, sangrientos y trágicos en otros.

Las sociedades poscomunistas son una novedad en la Europa de fin de siglo. Son (o aspiran a ser) sociedades abiertas y liberales, y comparten elementos esenciales comunes: la democracia y la libertad, el mercado libre, la iniciativa privada, el pluralismo político. Hay obvias diferencias entre unas y otras. Pero todas parecen abocadas a la inevitable transformación económica. Todas han pasado de la economía de planificación central a la economía de mercado. Todas aplican en mayor o menor grado y con mayor o menor éxito las reformas económicas neoliberales y el programa de privatización. Y todas enfrentan hoy el costo social de esas reformas y el conflicto entre libertad y seguridad.

*

**

La identidad entre libertad e igualdad es un supuesto del liberalismo del siglo XVIII. Los siglos posteriores han pretendido conciliar libertad y seguridad. Pero la ecuación ha salido mal.

Si la tensión entre libertad e igualdad es una de las mayores contradicciones que habitan la sociedad norteamericana contemporánea, la tensión que recorre a las sociedades poscomunistas europeas se expresa en el conflicto entre libertad y seguridad. Ese conflicto está presente desde el momento mismo de la caída del comunismo y del retorno al capitalismo. La relación entre libertad y seguridad parece ser inversamente proporcional. A mayor libertad, menor seguridad, y viceversa. Antes, el orden totalitario garantizaba la seguridad, pero suprimía la libertad; ahora, el orden liberal garantiza la libertad, pero afecta la seguridad.

Las sociedades poscomunistas han retornado a la “normalidad histórica” de la que habían sido forzosamente excluidas durante décadas de prácticas totalitarias. Se han reincorporado al curso normal de la historia europea, a la que

se sienten pertenecer con legítimo derecho. Pero este “retorno a Europa” plantea nuevos problemas.

Se paga caro el recuperar la libertad: el precio de esa libertad es la pérdida o la disminución de la seguridad. Con las reformas económicas, se pierden las viejas conquistas del socialismo real. El comunismo era una certidumbre, terrible en verdad, pero certidumbre al fin. El poscomunismo es una incertidumbre voluntariamente elegida. O mejor: una sólida incertidumbre.

En el otoño de 1989, cuando se produjeron los procesos de cambios en Europa Central y Oriental (que prefiero llamar restauraciones y no revoluciones), los pueblos recién emancipados parecieron coincidir en un punto: volver al capitalismo, pero conservando los logros del socialismo. Era necesaria la transformación económica: la transición de una economía centralizada a una economía de mercado. Este paso implicaba reformas estructurales. Se planteó entonces la cuestión de la estrategia a seguir: ¿Cómo aplicar las reformas, consideradas por todos necesarias? ¿Cómo debían ser éstas, rápidas o lentas? El debate giró en torno a si hacer de ellas un proceso rápido y breve, contundente pero eficaz para no prolongar los traumas sociales, o, en cambio, un proceso lento y largo, a fin de evitar fuertes conmociones. Había que elegir entre ambas opciones. En muchas naciones se impuso la primera opción.

A fin de que los antiguos países comunistas pudieran recuperar la “salud” económica, los teóricos neoliberales recomendaron aplicar la llamada “terapia de choque”, un concepto tomado por los economistas de la medicina y la psiquiatría modernas. Balcerowicz en Polonia y Klaus en Checoslovaquia siguieron fielmente esta recomendación.

Una teoría económica o histórica se juzga por sus resultados concretos. La historia de este final de siglo ha refutado los principios y dogmas del marxismo. El relato marxista se derrumbó. ¿Quién puede asegurarnos que el relato neoliberal no correrá igual suerte?

La historia, además, parece sentir predilección por las ironías y paradojas. Hemos constatado recientemente el triunfo de partidos ex comunistas en elecciones presidenciales y parlamentarias. En algunos casos, han retornado al poder; en otros, los viejos Partidos Comunistas reformados han reconquistado cierto espacio político. En Polonia y Hungría hay gobiernos socialdemócratas. Las reformas económicas de Balcerowicz sacudieron al pueblo polaco. Hoy, este economista se halla en la oposición. Lech Walesa, el mítico líder de *Solidaridad*, perdió las últimas elecciones presidenciales. La gran ironía es que el hombre que derrotó al comunismo en Polonia, fue derrotado en elecciones democráticas por un antiguo comunista: Aleksander Kwasniewski. En las elecciones parlamentarias

de diciembre de 1995 en Rusia, el Partido Comunista obtuvo la victoria; y en las presidenciales de junio de 1996 logró un segundo lugar. Es el partido más fuerte en la nueva Duma (Cámara Baja del Parlamento). En las elecciones parlamentarias de junio de 1996, los socialdemócratas checos obtuvieron el segundo puesto. No es descartable una futura victoria socialdemócrata en la República Checa.

Tengo mi propia lectura de este fenómeno: es una respuesta al fracaso rotundo de la política neoliberal. Entiendo ese triunfo como un voto más bien en contra y no tanto a favor. Un voto de las mayorías descontentas con los gobiernos reformistas. En muchos casos, la creación de una economía de mercado ha traído una clara consecuencia: el empobrecimiento de la población. Las reformas económicas han supuesto un alto costo social; las políticas de austeridad y de ajuste estructural -indolentes y desmedidas- han sacudido a la sociedad civil. Esos pueblos no estaban lo bastante preparados para soportar la terapia de choque. Se habían acostumbrado a los beneficios de las redes del sistema de seguridad social del antiguo régimen. La reestructuración económica ha venido a eliminar muchos de esos beneficios. Con las libertades reconquistadas, hoy se sienten pisar en falso.

Mientras se empeñan en demostrar lo contrario, los propios neoliberales reconocen que los mercados no pueden resolver todos los problemas y que los gobiernos tienen que asumir un importante papel en los asuntos de distribución. Las políticas de los gobiernos neoliberales han aumentado las desigualdades sociales y económicas en el interior de los países. Los desequilibrios son enormes. Crecen el desempleo y la inflación. La especulación financiera o la actividad ilegal han generado fortunas de la noche a la mañana. La obsesión del enriquecimiento rápido se ha apoderado de la gente, invirtiendo los valores. El ritmo de vida se ha acelerado.

No hablo sólo de la seguridad social, que los Estados subsidiarios protegen. Ya se sabe que con el afianzamiento de la democracia, se reduce la seguridad ciudadana. Brotan las mafias, las bandas, el crimen callejero. En un Estado policial, el ciudadano común se siente seguro de todo, salvo de un solo y temible enemigo: la policía política. En un estado democrático, en cambio, los enemigos son muchos, no los conocemos, están en todas partes, y cualquiera puede asaltarnos o asesinarnos en una esquina. El asesinato por encargo sustituye al crimen político. En los años 90, Joseph K. ya no será asesinado como un perro por dos esbirros de un tribunal invisible, sino por los sicarios de un capo cualquiera.

Con la reconquista de las libertades, han crecido la delincuencia y la criminalidad. En Rusia, por ejemplo, las mafias son un poder paralelo al del Estado y compiten con éste en muchos aspectos. Son casi un supraestado. El Estado ruso es débil frente a las mafias despiadadas, bien organizadas, presentes

en casi todos los sectores de la sociedad y con amplias ramificaciones internacionales.

Los partidos poscomunistas han sabido capitalizar el descontento de la población por los graves errores de los gobiernos neoliberales. El triunfo electoral del poscomunismo no significa, sin embargo, el retorno al pasado comunista ya superado, pues es imposible volver a una economía centralizada. La estrategia apunta ahora a aplicar más lentamente las reformas y así hacer menos dolorosos los cambios.

La historia reciente enseña que la posible vía para los pueblos de Europa Central y Oriental es la de la economía mixta: una combinación de mercado y Estado gestor. Pienso que la alternativa socialdemócrata se perfila como la más viable. Por su historia y su cultura, las nuevas democracias europeas tienen más puntos de contacto con las sociedades escandinavas que con la democracia imperial norteamericana. Uno de los mayores retos políticos que deberán afrontar esas sociedades será conciliar libertad y seguridad. Ellas habrán de buscar la manera de cómo armonizar el funcionamiento de la economía de mercado con una intervención discreta pero eficaz del Estado. Lo que se conoce también como “economía social de mercado”.

Los acontecimientos posteriores a 1989 revelan el nuevo rostro de las sociedades poscomunistas. Es este un rostro diverso y plural, que aún está por perfilarse, que se va perfilando de manera lenta e impredecible y va adquiriendo nuevos rasgos, contornos definidos: el rostro de una multitud abigarrada.

Nadie puede prever cuál será el curso futuro de los acontecimientos. La historia no sigue una línea recta: es permanente apertura caótica. No es posible predecir con exactitud el éxito o fracaso de las reformas neoliberales; en cambio, leyendo los signos de nuestro tiempo, es posible hacer vaticinios. Me atrevo a vaticinar una próxima conmoción general. Las sociedades poscomunistas probablemente vivirán una segunda ola de revueltas populares, distinta a la de 1989, quizá no simultánea pero tan reveladora como aquella. La tensión entre libertad y seguridad se agudizará. Este conflicto seguirá desgarrando aún por mucho tiempo a las nuevas democracias europeas.

REVOLUCIONES 1989: PRIMER BALANCE

Todo corre hacia su propia ruina o fracaso. Todo cuanto existe parece desviarse de su cauce natural para tomar un rumbo desconocido. Es inevitable que las revoluciones terminen siendo traicionadas. Toda revolución se resume en destruir un statu quo y crear otro. En esta dinámica de destrucción-creación se concentra toda su esencia, su movimiento original y espontáneo. En el intervalo hay momentos histórico-universales muy significativos, y son ellos los que le otorgan pleno sentido y trascendencia. Ahí radica su grandeza.

Pienso justamente en los grandes momentos que se producen mientras una revolución se va engendrando y tomando forma. Yo pude vivir uno de esos momentos en el otoño feliz de 1989, en los días de la Revolución de Terciopelo checoslovaca. Se trata, para mí, de un momento universal de la humanidad, en que ésta se reconoce como totalidad y se reconcilia consigo misma en una aspiración común. Es un instante pleno que exalta lo bello y lo sublime, instante único en que se anulan las diferencias y se superan las contradicciones y los postulados de la revolución son universalmente válidos. Presente y futuro coinciden. La humanidad vuelve a ser una sola, irreductible unidad en la diversidad. No importa que después todo se desvanezca con el correr de los días. No importa que los valores se pierdan o se inviertan, en medio del tráfico vulgar de las cosas que todo lo contamina. No importa que la revolución misma se degenera y se convierta en un aparato reaccionario. Sólo por ese instante privilegiado en que los seres humanos se encuentran y sueñan juntos, y no por su derrotero posterior, las revoluciones son hermosas y valen la pena.

Y, sin embargo, hay un sabor de desencanto en todas las revoluciones de este siglo. Fueron prometeicas. Quisieron robar para los hombres el fuego de los dioses. Soñaron transformar al hombre, liberarlo de viejas ataduras y sólo lo han atado a nuevas cadenas. Pretendieron crear una sociedad nueva, más libre y más justa, y sólo han creado otras injusticias y servidumbres. La historia contemporánea ha sido, también, la historia de las utopías traicionadas y de las revoluciones malogradas.

Cuando hace una década los pueblos tras la "cortina de hierro" se emanciparon del comunismo, imaginaron que inmediatamente entrarían a un reino de felicidad. Yalta había dividido y separado Europa central de Europa occidental. Las revueltas populares de 1989 volvieron a anexar aquellos pueblos al destino de Occidente. Serían reincorporados a la historia europea, de la que habían sido arbitrariamente excluidos. Crearían una sociedad nueva y abierta, con valores democráticos, una manera distinta de vivir y de ser. Por fin se abrirían las puertas del futuro, un futuro concebido como progreso infinito en libertad.

Diez años son un lapso de tiempo prudente para revisar los hechos y apreciar alcances y limitaciones. Diez años son una pequeña vida. Admito que un primer balance dista mucho de ser entusiasta. La tierna infancia de los países postcomunistas no es todo lo feliz que uno deseara y está llena de dolores y de traumas. No sería justo decir que una vez más queda ilustrado el mito de Saturno. La revolución no se ha tragado a sus hijos. Ha sido más benévola: los ha acomodado y relevado de puesto. Sus líderes han sido relegados a un segundo plano (Walesa) o convertidos en figuras decorativas o caricaturas de sí mismos (Havel), ante la mirada indiferente y la apatía generalizada de sus ciudadanos, preocupados por otras urgencias.

Una década más tarde, el reino de felicidad soñado no acaba de llegar, mientras los ciudadanos aún lo siguen esperando. Ahora saben que no basta disfrutar de libertad y democracia para ser ricos y prósperos. El nuevo orden, abierto y liberal, encubre formas de alienación. Obnubiladas por el espejismo de Occidente, las multitudes emancipadas rinden culto al Objeto, supremo fetiche. El afán de enriquecimiento rápido y la avidez de bienes materiales se apoderan de muchos, mientras la mayoría vive enfrascada en una lucha por la existencia. Tal parece ser el “espíritu” de la época. Esta nueva realidad, compleja y contradictoria, ha acelerado el ritmo de vida y trastornado las relaciones interpersonales, que se han vuelto utilitarias.

Toda sociedad está llamada a asumir y superar sus contradicciones o, de lo contrario, a sucumbir desgarrada por ellas. Las sociedades poscomunistas se enfrentan hoy a una doble contradicción: la oposición entre libertad e igualdad, por un lado, y entre libertad y seguridad, por el otro. Cualquier esfuerzo por superarla demandará todas las energías y fuerzas creadoras de una nación. La respuesta de esas sociedades sería su aportación original a la civilización contemporánea. Sería finalmente otra tentativa por hacer coincidir el reino de la necesidad con el reino de la libertad.

A SANGRE FRÍA

Hacia 1908, Tolstói publicó un artículo sobre la pena de muerte. Se titula *No puedo callarme*, y en él reacciona airado ante las sentencias de muerte y las ejecuciones de campesinos decretadas por el Zar de Rusia. Es uno de sus últimos textos. Cuando lo escribe, en su aldea natal de Yásnaia Poliana, el escritor tiene ya ochenta años. Está plenamente lúcido y atento a las agitaciones del momento. Su avanzada edad no le impide oponerse con energía a la pena capital por considerarla un crimen monstruoso y un asesinato oficial.

El contexto histórico y social en que escribe Tolstói es la Rusia prerrevolucionaria de principios de siglo, una época de efervescencia política y de conflictos sociales. Los revolucionarios rusos, los jóvenes nihilistas, ponían bombas y perpetraban atentados. Los campesinos asaltaban a mano armada y robaban las haciendas de los ricos propietarios exigiendo la abolición de la propiedad privada sobre la tierra. Revolucionarios y campesinos eran apresados, juzgados, condenados a muerte y luego ejecutados.

Tolstói conocía bien el sufrimiento del pueblo ruso, un pueblo que considera a cada criminal como un hombre digno de compasión. Otro ruso inmenso, Dostoievski, también lo conocía. Su Raskólnikov, protagonista de la novela *Crimen y Castigo* (1866), que mata fríamente a una vieja usurera obedeciendo sobre todo a convicciones teóricas (él quiere ser un Napoleón, se cree un hombre extraordinario, situado por encima de la ley, que puede permitirse todo, incluso el crimen), es un hombre digno de compasión. Raskólnikov confiesa su culpa al comisario de policía. Condenado a trabajos forzados y deportado a la Siberia, se arrepiente de un crimen que creyó justo haber cometido. Gracias al amor y a la compañía de una joven descarriada, la prostituta Sonia, inicia una nueva vida en la prisión. Para él aún hay esperanza en este mundo de Dios.

La justificación de la pena capital es siempre y en todas partes la misma: lo que se hace, se hace en beneficio de la comunidad, de la colectividad humana; se hace por el bienestar de la humanidad, para evitar más crímenes; se hace, en fin, para protegernos de aquellos seres peligrosos, para que todos podamos vivir y dormir tranquilos sabiendo que, por una vez, se ha hecho justicia con los criminales.

El fin justifica los medios. Aparentemente, el fin es administrar justicia; el medio, el castigo; el método, la ejecución. Pero, ¿acaso no es el fin la ejecución misma y la justicia sólo un pretexto? Porque lo único que se ve aquí es castigo y ejecución. Por ningún lado asoma el rostro la justicia.

Tolstói argumenta lo que considera más monstruoso de la ejecución en estos términos: ella no se hace impulsivamente, bajo el influjo de sentimientos que se imponen a la razón (tal como se cometen muchos crímenes, aun horrendos), sino que, por el contrario, se hace en nombre de la razón y con arreglo a cálculos que se imponen a los sentimientos.

La argumentación de Tolstói contra la pena de muerte es correcta y su objeción moral, válida. La ejecución es un crimen a sangre fría. Un adicto roba y mata porque tiene que procurarse dinero para la droga. Un violador viola y mata porque no puede hacer otra cosa, pues es un enfermo, un degenerado. Ambos son monstruos repugnantes. El Estado mata fríamente, con toda su calma, para escarmiento.

La ejecución capital, bajo cualquiera de sus formas conocidas -silla eléctrica, inyección letal, horca o fusilamiento- es un asesinato oficial; el Estado que lo autoriza y practica, un Estado criminal. La ejecución es un crimen cuidadosamente dispuesto y planeado por el Estado bajo el "sagrado" pretexto de administrar justicia ejemplar, cometido de manera pública y oficial, previamente anunciado, a una hora y fecha fijadas de antemano y ante personas invitadas a presenciarlo como si se tratase de una función teatral. Lo que se lleva a cabo es un espectáculo montado por el Estado para deleite de sí mismo y de unos pocos. Pero en ningún caso el Estado administra justicia: sólo ejerce su poder, con castigo y venganza. Toma en sus manos la venganza clamada por los familiares de la víctima. Tolstói tenía razón cuando llama "organizadores de asesinatos oficiales" a las autoridades que ordenaban las ejecuciones de campesinos y revolucionarios rusos.

Los sentimientos y las emociones no deben imponerse a la razón. Una ley moral, racional, universalmente válida para todos los ciudadanos, no debe depender de una reacción emocional, momentánea, así sea ésta el clamor de una multitud dolida y airada que clama justicia o venganza. Ni la irritación social y ni la sed de venganza (que, en determinadas circunstancias, pueden servir a determinados fines políticos) son argumentos válidos para establecer o aplicar leyes racionales. Las demandas de justicia son plenamente legítimas, pero el "ojo por ojo" como norma de conducta y criterio legal constituye hoy una aberración.

Las medidas punitivas extremas aplicadas por el Estado se convierten en otros tantos crímenes. Para castigar un asesinato, se comete otro. Un crimen horrendo se pretende corregir y castigar con otro crimen igualmente horrendo. El imperativo moral que pretende legitimar la pena capital para ser éste: usted debe pagar con su propia vida por la vida arrebatada a otro.

Quitar la vida al prójimo es la forma suprema de violencia; es el crimen cainita, el de Caín contra su hermano Abel. Quitar la vida al prójimo que le ha quitado la vida a su prójimo no deja de ser un acto violento. Tan abominable es uno como otro. El castigo de Caín no fue quitarle la vida. Fue peor y más ejemplar: el destierro, la eterna errancia por el mundo, la maldición de su raza.

“Pero, ¿qué es lo que se debe hacer?”, se pregunta el anciano conde. Y a seguidas responde de modo sencillo: “Dejen de hacer lo que están haciendo”. La respuesta de Tolstói, que comparto a plenitud, es, pues, suspender las ejecuciones, abolir la pena capital.

En el Antiguo Testamento, en el libro del *Levítico* (24, 19-20), se establece la Ley del Talión, conocida también por la ley del “ojo por ojo y diente por diente”. Jehová habla a Moisés y le dice: “Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho: rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente, según la lesión que haya hecho a otro, tal se hará a él”. Y consagra la pena de muerte: “El hombre que hiere de muerte a cualquier persona, que sufra la muerte”.

Esta ley divina rigió durante siglos la vida del pueblo judío. En esencia, establecía un castigo de la ofensa mediante una pena del mismo tipo. Su principal virtud era en que se trataba de una pena proporcional al perjuicio sufrido, que evitaba la sed de venganza y el castigo desproporcionado. Su defecto mayor consistía en que ordenaba suplicios tan horribles como la mutilación y la lapidación. Pero la pena no era siempre proporcional a la ofensa. La blasfemia, por ejemplo, se castigaba con la muerte por apedreamiento.

La ley del Talión instituye la pena capital en la tradición judeocristiana. Sin embargo, el principio del “ojo por ojo y diente por diente” no es un principio cristiano, sino judaico. Cristo supera la ley mosaica. Pero la supera asimilándola: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mateo, 5, 17). En su lugar trae una ley nueva: la del amor y el perdón. Todos conocemos el episodio de la mujer adúltera, llevada a Jesús para ponerle a prueba. La Ley de Moisés ordenaba apedrearla. Jesús la perdona y desarma a sus acusadores con esta respuesta: “Quien está libre de pecados, que tire la primera piedra”. Nadie está libre de culpa. Todos somos pecadores.

Buda predica la compasión; Jesús enseña el perdón y el amor al prójimo; Gandhi afirma la fraternidad universal y la no-violencia. En ninguno de ellos hay

lugar para la “Ley del Tali3n” como sistema de justicia. “El ojo por ojo terminar3 dejando ciego al mundo entero”, sol3a decir el Mahatma.

La ejecuci3n de un prisionero es absolutamente incompatible con el perd3n cristiano. Un asesino arrepentido es tambi3n un ser digno de compasi3n, aunque 3l no la haya tenido en lo m3s m3nimo con su v3ctima. Escribo compasi3n, no perd3n. Si no se cree en el arrepentimiento, ¿por qu3 entonces se le exige? Hasta a los criminales de guerra nazis, culpables de genocidio contra la humanidad, se les pregunt3 una y otra vez en el proceso de Nuremberg si no se arrepent3an de sus actos. ¿C3mo saber si el criminal est3 verdaderamente arrepentido? ¿C3mo probarlo de manera irrefutable? Ser3a prueba verdadera su comportamiento durante el tiempo de reclusi3n penal? Admito que estas cuestiones son dif3ciles de dirimir. El arrepentimiento no lo libra de culpa, no lo vuelve inocente ni le hace merecedor de indulto; tampoco devuelve la vida a la v3ctima. Simplemente, lo humaniza ante los ojos de la humanidad como lo que en verdad es: un asesino arrepentido. Y pienso ahora en el atormentado Rask3lnikov, no el arrogante Timothy McVeigh, el asesino de Oklahoma; pienso en Karla Faye Tucker, la primera mujer ejecutada en los Estados Unidos desde 1984, y no en Chykatilov, el carnicero de Rostov; pienso en Alex, el adolescente ultraviolento de *La Naranja Mec3nica*, y no en los j3venes asesinos del ni3o Llenas Aybar.

La evidencia demuestra que el confesado objetivo de la pena capital ha fracasado del todo. Esta no disuade a nadie, ni sirve de escarmiento alguno, ni frena los cr3menes violentos. Ning3n asesino en serie ha dejado jam3s de cometer asesinatos por temor a ser ejecutado.

Hay a3n otra evidencia: la pr3ctica legal de la pena de muerte tiende a borrar las diferencias entre democracia y totalitarismo. En su aplicaci3n –estatal o federal- coinciden sospechosamente sociedades democr3ticas y reg3menes totalitarios, pa3ses occidentales y orientales: Estados Unidos y Cuba, M3xico y China, Guatemala y Tailandia, Rusia e Ir3n, Ucrania y Arabia Saudita, Bush y Castro, norteamericanos y chinos, republicanos y fundamentalistas musulmanes, dem3cratas y comunistas. Siendo gobernador de Texas, el presidente norteamericano George Bush firm3 1523rdenes de ejecuci3n de convictos y se neg3 sistem3ticamente a otorgar clemencia. ¡Si no es un r3cord, es un promedio impresionante! Habr3a que preguntarse qu3 otra cosa hac3a Bush, aparte de firmar sentencias de muerte.

La abolici3n de la pena capital elimina para siempre la espantosa posibilidad de que personas inocentes sean ejecutadas por error, como ha sucedido no pocas veces. El dato arrojado por investigaciones exhaustivas se3ala que, desde principios del pasado siglo, veintitr3s personas inocentes han sido ejecutadas y otras ochenta se han salvado milagrosamente del “pasillo de la

muerte", donde esperaban turno, por evidencia abrumadora de inocencia. En un frío y cínico cálculo de probabilidades, la muerte de inocentes sería un hecho más, una consecuencia involuntaria, lamentable pero inevitable, de la existencia de la pena capital. Serían "daños colaterales", para decirlo en el lenguaje bélico empleado durante los bombardeos de la OTAN contra Serbia y Belgrado, reivindicado por el recién ejecutado McVeigh.

Se dirá, con inocultado cinismo: es posible que, de vez en cuando, algún inocente muera por error. Pero, ¿qué es esto comparado con el número de culpables que serán ajusticiados? Para cualquier persona sensata, esto es abominable. Freír en la silla eléctrica o ponerle inyección letal a un inocente es tan criminal como el peor de los crímenes. La vida de un inocente ejecutado "por error" es tan digna y valiosa, y su pérdida tan irreparable, como la de la víctima en cuyo nombre se pretende hacer justicia.

Las sociedades occidentales, con la norteamericana a la cabeza, se jactan de ser sociedades "civilizadas", respetuosas de la vida humana. Pero en una sociedad civilizada, el castigo para el criminal debe ser la privación de su libertad y sus derechos civiles, su exclusión radical de la sociedad, no la supresión de la vida. La pena capital es un vestigio infame de la premodernidad, irreconciliable con la existencia de un auténtico Estado de derecho.

EL FANÁTICO Y SU VERDAD

“Los que creen en su verdad -los únicos de los que la memoria de los hombres guarda huella- dejan tras ellos el suelo sembrado de cadáveres”.

E.M. Cioran

El mundo rebosa de creencias, de credos, de dioses. Hay demasiado culto fanático, demasiada fe ciega abonando los caminos. Los extremos se imponen sobre el término medio, la locura sobre la sensatez, la fe sobre la duda. Hoy se cree mucho y se duda poco, cuando lo saludable debería ser más bien lo contrario.

En todo lo vital hay peligro de contaminación. Capaz de todo y de nada, el hombre se contagia de cuanto existe, de lo bueno y de lo malo, de lo bello y lo siniestro. Sólo que, curiosamente, se muestra más inclinado a contagiarse del vicio que de la virtud, del delirio que de la lucidez, del desenfreno que de la moderación. Lo malo se pega, como dice la gente. De todo lo pernicioso que pueda haber en el mundo, tal vez lo que más rápido y se frecuente se contagia es la imbecilidad. Uno quisiera que se contagiase también la inteligencia y la sabiduría, pero eso sería pedir demasiado. Los seres humanos, congregados en masa, pierden de inmediato la cabeza, empiezan a delirar y a concebir febriles proyectos. Debe ser cierto eso de que somos animales de costumbres, a juzgar por la facilidad con que nos acostumbramos al horror y la estupidez.

El fanatismo es uno de los peores contagios posibles del alma, peor incluso que cualquier enfermedad del cuerpo. Se riega pronto por nuestro tejido y nos devora por completo como un cáncer. Quien lo sufre es un enfermo de cuidado. En el fanático hay apasionamiento y desesperación, pasión desesperada. Quiere contagiar a todos de la alegría de su fe (de su religión, de su ideología) y aspira a que algún día sea la del mundo entero. No soporta que haya otra falta o falta de fe a su lado. Es un ser obtuso, intolerante, intransigente; es también un extremista, pues no conoce término medio: o todo o nada. Le basta y sobra su fe para vivir y ser feliz, y nada más. Divide al mundo entre los que profesan su fe y los otros. Es un ser poseído de fiebres y delirios, de ideas fijas, un iluso y, muy a menudo, un ignorante. Lo mismo puede ser creyente que ateo, fundamentalista musulmán o judío que militante católico o protestante, nazi que estalinista o maoísta, trujillista que castrista.

El verdadero fanático siempre es capaz de matar o de morir por una idea, por *su* idea, por *su* Dios. Y al hacerlo se siente libre de toda culpa, pues cree estar

cumpliendo un deber impostergable. No es raro que el fanatismo conduzca muchas veces al crimen y que el fanático se convierta en asesino en nombre de una causa que cree justa y verdadera. Si algo lo caracteriza es su desprecio por la vida y por los demás. El fanático desprecia esta vida terrenal, la suya y la ajena, la desprecia porque no le satisface. Hay algo más valioso que esta vida y es la verdad, *su* verdad. Por eso, sueña con otro mundo, en la tierra o en el cielo, con un reino superior a este triste valle de lágrimas en donde sus esperanzas serán colmadas. El fanático es un resentido cargado de hostilidad hacia la vida. Sin embargo, admitámoslo, hay algo de heroico (de un heroísmo incomprensible para Occidente) en el gesto suicida del joven palestino de Hamas que estrella un carro-bomba contra un grupo de ocupantes israelíes, muriendo en el acto. Ese joven muere esperanzado con la promesa de ir al Paraíso, donde está el Profeta, por haber librado la Guerra Santa.

No es exagerado caracterizar buena parte de la historia de la fe como la historia de la intolerancia. La fe (no sólo la fe religiosa, sino la creencia en alguna verdad superior por la que los hombres deben matar y morir) ha sido el fundamento y origen de todas las persecuciones, inquisiciones y purgas. La fe contiene el germen de todas las formas de tiranía y opresión. En nuestro tiempo, la figura del fanático religioso ha reemplazado a la del revolucionario ateo. Delirante, febril, llega a concebir la mayor de las ideas, la idea supr5ema: la idea de Dios. Inventa a Dios a su medida. No inventa a un Dios amoroso y compasivo, sino a un Dios celoso y beligerante, terrible y vengativo. Ese Dios le ordena matar, y en nombre de ese Dios mata. Hace años leí en la prensa española la carta de un lector que condenaba la *fatwa* o sentencia de muerte decretada por el régimen de Irán contra el escritor Salman Rushdie por blasfemia contra el Islam; aún recuerdo esta frase indignada que creo inmejorable: “Matar a un hombre para defender una idea no es defender una idea: es matar a un hombre”.

A lo largo de la historia, los hombres han asesinado por muy diversas razones, una de ellas por su credo o su dios particular. No hay un solo hombre, que yo sepa, que haya cometido un asesinato por incredulidad, en nombre de su duda. ¿Quién ha emprendido persecuciones religiosas o políticas en nombre en nombre del escepticismo o de alguna filosofía pagana? ¿Alguien puede imaginar, por ejemplo, una iglesia de incrédulos militantes, una congregación de fieles que defienden su duda en todo momento y que la imponen como forma de vivir y de pensar?

En un mundo demencial, alucinante, como el nuestro, parecemos abocados a elegir entre la ceguera fanática y la decadencia tolerante, entre el dogma y la duda, entre la barbarie y la ruina. Harto conocemos las obras de los fanáticos; su paso por esta tierra ha sido desastroso. Los escépticos y tolerantes, en cambio, puesto que no se apoyan en ninguna fe ni apuestan por nada, le ahorran

calamidades a la humanidad. Están ahí, los pobres, discretos, callados, inadvertidos. Nadie repara en ellos, nadie les hace caso, cuando es a ellos (y sólo a ellos) que deberíamos ponerles atención. No acometen empresas sangrientas ni fundan inquisiciones para defender a ultranza sus creencias y condenar a muerte a los incrédulos o infieles; no perpetran crímenes en nombre de una fe dada, de un Dios único y verdadero; no emprenden persecuciones ni ejecutan procesos y purgas. Los escépticos son los únicos que no dejan tras ellos el suelo regado de cadáveres.

Pero son los fanáticos los que dominan el escenario. La furia iconoclasta de los Talibán, la furia destructora de milenarias estatuas colosales de Buda en Bamiyán, Afganistán, es sólo un nuevo episodio en una dilatada historia de intolerancia religiosa, iconofobia y odio a lo diverso.

André Malraux pronunció una vez una frase célebre que con el tiempo se haría profética: “El siglo XXI será religioso o no será”. Curiosamente, el siglo se estrena con un episodio bárbaro de intolerancia religiosa: la destrucción de antiquísimas estatuas gigantes de Buda en Afganistán por parte de las milicias del Talibán. Se trata de las dos estatuas de piedra de Buda de pie más grandes del mundo, que datan de mil quinientos años atrás.

El episodio forma parte de una historia de tensiones religiosas jalonada por la demolición de templos búdicos por obra de fanáticos musulmanes. Desde hace tiempo el Islam y el budismo libran una lucha tenaz por el predominio en Oriente. El fundamentalismo islámico pretende hacer tabula rasa de la historia cultural y religiosa, borrar todo vestigio de budismo en Afganistán. Ahora, la más beligerante de las religiones universales destruye imágenes y símbolos de la más benevolente y tolerante. El Grande y Misericordioso se ensaña contra el Perfecto, el Iluminado.

El fanatismo es sordo y ciego al buen juicio. Indiferente a las protestas del mundo entero, el líder de los Talibán, un energúmeno llamado Mohammed Omar, entrenado en Pakistán, declaró que sólo Alá, el Misericordioso, debe ser venerado y que los Buda gigantes serían derribados para que nunca más fuesen venerados, ni en el presente ni en el futuro. Y sentenció que las estatuas son anti-islámicas y que fomentan la idolatría.

Los Talibán son crueles con las mujeres y los fieles de otras religiones. ¿Cómo puede ser Alá el Clemente y Misericordioso si no tiene clemencia ni misericordia con los creyentes de otras religiones? Los Talibán son también

bárbaros ignorantes. Las estatuas no son anti-islámicas, sino preislámicas; son anteriores a la llegada del Islam a Afganistán, anteriores incluso al nacimiento del Islam en el siglo VII de nuestra era. Las estatuas colosales de Buda de Bamiyán, excavadas en roca, no son simples ídolos, sino auténticas obras de arte que pertenecen al patrimonio cultural de la humanidad. Junto a su función original de veneración y culto, cumplen también una función estética. Muestras soberbias de arquitectura rupestre, representan una síntesis admirable del encuentro del arte de Occidente con el arte de Oriente. Hoy han desaparecido por culpa de la estupidez fanática.

Un Buda ametrallado, bombardeado y dinamitado es un insulto a la conciencia universal. La imagen televisiva de la estatua del Iluminado saltando en pedazos por obra de sectarios ofende y lastima. Y, sin embargo, el hecho palidece, es apenas un crimen cultural si se le compara con la opresión inenarrable a que las mujeres afganas se ven sometidas por el régimen Talibán.

El fanático inventa un dios a su medida, a la medida de sus deseos y necesidades. Pero no inventa un dios amoroso, benevolente, compasivo, respetuoso, tolerante. Todo lo contrario: su dios es un sádico que ordena matar y destruir, que declara guerra sin cuartel a los infieles, que castiga y manda al infierno eterno a los pecadores. Ese dios particular y único es una ilusión, una invención humana, el producto de una obsesión delirante.

No se discute con fanáticos. Discutiendo no se llega a ninguna parte, no se gana nada, se pierde tiempo y energía, se estropea uno el ánimo por un buen rato y tarda mucho en recuperarlo. El fanático es un dogmático consumado. Tiene respuestas previas a todas las preguntas. A cada interrogante nuestra responde invariablemente con citas de sus "libros sagrados": la Biblia, o el Talmud, o el Corán, o las obras de Marx y Engels. Nos habla desde las alturas de sus verdades supremas, desde el reino de sus certezas inamovibles. La Verdad, que es una sola y que él tiene el privilegio de habersele revelado, mueve todos sus actos y ordena todos sus pensamientos. Nunca repara en la diferencia entre la letra y el espíritu; le guía la letra, no el espíritu.

Para el creyente, Dios es una presencia real, íntima, inefable que abre su existencia a una dimensión trascendente. Pero convertido en idea fija en la mente del fanático, ese Dios es capaz de engendrar los peores excesos. El Dios que se revela a los hombres y se despliega en la historia se confunde con aquel otro Dios que se impone por la espada, a sangre y fuego, sobre los pueblos incrédulos o de creencia distinta.

El enfrentamiento entre el paganismo antiguo y el cristianismo ascendente terminó con la derrota del primero por el segundo. El triunfo del cristianismo,

hecho fundamental en la historia de la civilización occidental, supone la victoria de una visión monoteísta del mundo y la desaparición de los dioses paganos. La historia efectiva de las tres religiones monoteístas universales (judaísmo, cristianismo e Islam) demuestra la relación estrecha entre monoteísmo e intolerancia. El monoteísmo trae consigo fatalmente la intolerancia y la proscripción de otras creencias; el credo único ha demostrado ser intransigente y sectario frente a otros credos. Con justeza un pensador escéptico como Cioran opina que el monoteísmo contiene en germen todas las formas de tiranía y que la libertad es el derecho a la diferencia.

El Islam parece no haber salido aún del Medioevo. Hoy debe enfrentar uno de sus mayores retos: replantear su relación con la modernidad y asumir su necesaria modernización. El fundamentalismo islámico -argelino, iraní, pakistaní o afgano- es radicalmente antimoderno. Condena la modernidad como anti-islámica, hija de Satán. Pretende islamizar la modernidad, cuando de lo que se trata es de modernizar el Islam.

Como toda profecía, la de Malraux puede llegar a cumplirse. Es muy probable que el siglo XXI sea el siglo de la religión o de las religiones. Eso significa que lo religioso y lo espiritual pasarán a ocupar un primer plano en la vida de los hombres. No es seguro, sin embargo, que haya un renacimiento de lo religioso o un nuevo fervor espiritual en lugar de un renacer de odios y fanatismos religiosos. Algunos pronostican cruentas batallas entre religiones adversas y aun entre credos monoteístas; otros prevén un enfrentamiento visceral entre la cristiandad y el Islam. Los indicios son inquietantes. Desde hace décadas, en Cachemira, en el noroeste de la India, hinduistas y musulmanes se odian y se enfrentan a muerte. Fanatizados, unos y otros han hallado una forma perfecta de agraviarse mutuamente, de causarse la peor de las ofensas, algo peor aún que matar enemigos: profanar y quemar sus templos, destruir sus símbolos sagrados.

No hay que ser intolerantes más que frente a la intolerancia. Si no podemos liberarnos por completo de credos y dogmas (como aspira el escepticismo), entonces al menos intentemos que éstos convivan en mutuo respeto, sin excluirse unos a otros y sin excluirlos. Este principio fundamental de las sociedades democráticas las asemeja a un valor que se perdió con el triunfo del monoteísmo cristiano: la tolerancia religiosa del espíritu romano.

Concedo que siempre se corre el riesgo de que el espíritu de tolerancia pase por indiferencia. La tolerancia que sustento no es sinónimo de debilidad ni de permisividad, que son signos de decadencia, sino más bien reconocimiento de que yo no poseo siempre la razón y de que el otro puede estar en lo cierto. La libertad es pluralidad y la democracia respeto a la pluralidad. La verdad no es única ni unilateral, sino plural: hay múltiples, distintas verdades. Lo religioso, como lo

político y lo cultural, sólo puede florecer en lo plural. La democracia debe garantizar la verdadera libertad religiosa, la libertad en lo religioso. Esto se traduce en libertad de culto garantizada por el Estado, Estado no confesional, convivencia pacífica de religiones e iglesias, respeto frente a la diversidad de credos religiosos y políticos.

Si la profecía de Malraux es certera, el siglo que recién empieza transcurrirá bajo el signo de lo religioso y de lo étnico. Sin quererlo, sin saberlo, con esa manera de actuar excesiva que tienen los sectarios, los Talibán se han ocupado de recordárnoslo.

Abril de 2001

TERROR Y TEMBLOR

Ahora la gran ciudad se purifica en las llamas, lame sus heridas y llora inconsolable a sus muertos. El horror ya le ha dado alcance, la ha vulnerado y trastornado para siempre. El mal ha mostrado su rostro terrible y despiadado. Y desde entonces, el miedo se ha instalado en nuestras almas.

Ya no cabe duda: el mundo se ha convertido en un lugar cada vez más inseguro. Nadie puede sentirse a salvo, nadie, porque ahora en cualquier momento, en cualquier lugar –en la ciudad, en la oficina, en pleno vuelo- todos estamos expuestos a correr la misma suerte de los pasajeros de aviones comerciales y de los empleados del World Trade Center, que murieron sin comprender su muerte, ajenos a una oscura causa que desconocen y con la que no tenían que ver. Porque esto es lo peor, lo más asqueroso del terrorismo, venga de donde venga, de particulares o del Estado, de grupos extremistas o de naciones imperialistas: que debe morir gente que no tiene absolutamente nada que ver, inocentes con derecho a vivir en este mundo de Dios. El terrorista nos arrastra a todos en su lógica perversa y desquiciada. Para él no hay inocentes, todos somos a un tiempo víctimas y culpables: víctimas del sistema político, culpables de las desgracias que padece. Cualquier lugar es ahora escenario de guerra.

Las guerras de hoy involucran cada vez más a civiles y cada vez menos a militares; los civiles son el blanco favorito. Cuantos más civiles inocentes mueran durante una invasión, un bombardeo o un atentado terrorista, tanto mejor; cuanto más grande sea el daño ocasionado, mayor eficacia alcanza el acto.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre contra las ciudades de Nueva York y Washington fueron el primer ataque contra territorio estadounidense en casi dos siglos. Ataques feroces y sanguinarios contra objetivos simbólicos del poderío norteamericano: el económico-financiero y el político-militar. Pero, sobre todo, ataques criminales contra civiles inocentes de todo el mundo. Lo insólito, lo inédito ha irrumpido en nuestras vidas. De pronto, ante nuestra mirada perpleja, se quiebran mitos como la invulnerabilidad y seguridad de los Estados Unidos de América.

Uno de los propósitos confesos del extremismo islámico, sindicado como responsable de los atentados, es la destrucción del mito de la superpotencia mundial. La lógica es simple: basta atacar una vez al Imperio para demostrar que se le puede atacar siempre; basta que le humillemos una vez para probar que no es invencible. Nadie podrá regatear ese mérito infame. Se ha derrumbado una certeza que creíamos inamovible.

Repárese en el ataque mismo, en el choque de los aviones contra las Torres Gemelas del World Trade Center y el Pentágono: actos absolutamente irracionales, bárbaros, brutales, pero cuidadosamente planificados, concebidos -tal vez durante meses o años- con espantosa racionalidad. Los atentados obedecen a un cálculo frío, a una operación militar, a un plan minuciosamente orquestado, aun en sus mínimos detalles-, y llevado a cabo por precisión por gente resuelta a todo. Aviones de líneas aéreas comerciales secuestrados y utilizados como proyectiles contra objetivos civiles y militares, secuestradores armados de cuchillos, bien entrenados para tomar control del vuelo, pilotos kamikaze,... Agréguese a esto el golpe de efecto, el elemento espectacular: el segundo ataque se produce cuando las cámaras de televisión ya estaban allí para cubrir los hechos, tal vez con la intención de que se transmitiera en vivo al mundo entero. Y lo más espeluznante de todo: infelices que preferían lanzarse al vacío antes que morir abrasados por las llamas. Y luego el desplome de las dos torres y el enorme hongo de humo. La gran nación atacada desde dentro y desde arriba. Y lo más inverosímil: un ataque al corazón mismo del Imperio planeado y financiado desde cuevas en las montañas del Asia central. ¿Otro episodio más de la lucha entre civilización y barbarie?

El nuevo siglo acaba de estrenar el rostro del horror en la nación más grande y poderosa de la tierra. El acto bárbaro sólo puede ser obra de fanáticos, de seres apasionados y desesperados que tienen necesidad de creer en una verdad absoluta, única, que animan un odio y una sed de venganza que nada satisface, sólo la muerte, y que precisan de una razón para morir pues ya no les queda ninguna para seguir viviendo. El fanático religioso, transformado en agente del terror, mata y se hace matar por una idea, por una causa, por un dios, *su* dios; está dispuesto a matar y a morir en nombre de Dios y está contento con ello. Sus líderes religiosos le han inculcado la idea de que quien muere luchando por su fe tiene segura la entrada en el Paraíso, y él cándidamente se lo ha creído. Le han prometido un Paraíso infinito lleno de vírgenes, junto al Profeta, y él sueña con ese Paraíso porque en la tierra la vida es un asco y un infierno. Matándose, inmolándose, cree redimirse. Los fanáticos se ven a sí mismos como héroes y mártires de su fe, no como despiadados asesinos. El "heroísmo" suicida del fanático nos aterra y nos espanta.

Una cosa es matar y morir luchando por una causa, la que sea, y otra muy distinta matar a otros matándose. El terrorismo suicida como medio de lucha rompe todos nuestros esquemas, derrumba por completo nuestra lógica judeocristiana, insulta nuestro amor y aprecio por la vida. Puedo luchar y hasta dar mi vida por una causa que considera justa, por mi patria o algún noble ideal, pero jamás matarme con tal de matar a otros. Ahora se trata del terror por el terror, del crimen por el crimen, de la violencia por la violencia. El terror

autotélico, convertido en un “fin en sí mismo”. El terrorismo pretende legitimar el crimen por razones políticas o religiosas. Sin embargo, no legitima nada, no reivindica nada, no sensibiliza sobre la causa que dice defender. El autosacrificio es un acto completamente inútil y gratuito, absurdo; los atentados sólo desencadenan más odio, más sed de venganza, más espiral de violencia; además, son contraproducentes para los pueblos pobres y oprimidos del Tercer Mundo que luchan por reivindicaciones justas.

La matanza del 11 de septiembre es equiparable al peor de los crímenes porque se produce fuera de contexto, sin haber guerra declarada, y porque se ensaña contra gente inocente. La violencia revolucionaria pertenece al pasado. Esta es una violencia distinta, nihilista, destructiva y autodestructiva, capaz de llevar al mundo al borde de la desesperación. No importa que crean que Alá es Grande y Misericordioso y que abriguen la esperanza de una recompensa celestial. En el acto final de los secuestradores no hay heroísmo ni martirio, sino sólo el nihilismo más absoluto y suicida.

Los Estados Unidos de América es un Imperio, pero también es una nación de inmigrantes, una sociedad multicultural y multiétnica, abierta y liberal, tolerante, que acoge a millones de personas de todas las razas, lenguas y naciones del mundo, que han hallado allí un nuevo hogar y empezado una nueva vida. Esas personas han sido las únicas víctimas del genocidio de Manhattan.

Nadie podría negar los crímenes norteamericanos del pasado o del presente. Negarlos sería una idiotez. Pero, ¿qué tiene que ver el pueblo norteamericano con las atrocidades cometidas por sus gobiernos en el Medio Oriente o en otras regiones del mundo? ¿De qué vale comparar a las víctimas de Manhattan con las de Hiroshima o las de Vietnam? ¿De qué sirven las comparaciones de horrores y atrocidades? ¿Qué se gana con decir satisfechos “ahora les ha tocado a ellos”? ¿Es que acaso se puede contabilizar el horror, el dolor, el sufrimiento? ¿Estas víctimas de hoy redimirán o compensarán a las víctimas palestinas de la Intifada o a las víctimas iraquíes de las sanciones impuestas por los Estados Unidos? ¿Quién responde por los crímenes de Pol Pot en Camboya, de Milosevič en Bosnia y Kosovo, de Pinochet en Chile, de los chinos en el Tíbet, de los rusos en Chechenia, de hutus y tutsis en Ruanda, de Saddam Hussein en Iraq, del Frente Islámico de Salvación en Argelia o del Talibán en Afganistán? Todos tienen las manos sucias, metidas hasta las heces, manchadas de sangre, todos son asesinos, todos: norteamericanos, rusos, chinos, serbios, croatas, iraquíes, afganos, ruandeses, israelíes, palestinos; todos, ateos y creyentes, cristianos, judíos, musulmanes, hindúes...

El mal es el mal y tiene que hacer el mal, ha escrito alguien satanizado por ese mal que es hoy el fanatismo y la intolerancia, y convertido en víctima de su

creación poética y de su audacia literaria. Pero el mal no es único sino múltiple, diverso, tiene muchos rostros, anda suelto y disperso por el mundo, disfrazado de bien y a todos contagia. El mal lo puede todo y está en todas partes.

Mi hija Tereza, de apenas ocho años, me dijo por teléfono el otro día desde Bohemia: "Papá, ¡qué horror lo que acaba de pasar en Nueva York! Y lo peor de todo es que nadie aún lo ha confesado". Me dejó atónito. Después comprendí: es el mundo adulto invadiendo sin piedad el de los niños, que pronto ya no tendrán infancia. Los niños aprenden bien que uno debe decir siempre la verdad y ser responsable de sus actos. Ignoran en qué mundo atroz habrán de crecer.

Octubre de 2001

¿CAMBIO DE RUMBO?

El mundo, desgraciadamente, es real, demasiado real. Durante las últimas semanas me impuse una suerte de silencio cauto y prudente (que espero mi probable lector perdone) para tratar de entender mejor los acontecimientos del momento. En estos meses vivimos tiempos difíciles que prefiguran tiempos peores. La nueva lucha contra el terror coincide con la primera guerra del siglo XXI, que promete ser larga y dolorosa.

Con la caída del Muro de Berlín, en noviembre de 1989, llegaba a su fin la era del equilibrio del terror nuclear en que había descansado el mundo bipolar de la Guerra Fría. De sus ruinas surgió una nueva realidad global de apertura y liberalismo bajo el signo de la hegemonía absoluta de los Estados Unidos de América como primera potencia mundial. En poco más de una década, el mundo unipolar de la Post-Guerra Fría ha entrado en crisis profunda. No sólo ha revelado enormes y crecientes desigualdades entre países pobres y países ricos, sino también generado confrontaciones y reacciones violentas, despertando el odio y la cólera de enemigos nuevos y temibles. Súbitamente, desde aquel fatídico septiembre se produce un viraje decisivo que inicia una era de desequilibrio del terror. Los anglosajones llaman a esto “turning point”, que en castellano significa cambio de tendencia, momento crucial, punto de inflexión.

Es trivial repetirlo: después del ataque terrorista contra los Estados Unidos, el mundo ha cambiado y no volverá a ser el mismo. Pero ha cambiado para peor, para seguir siendo ese mundo de dolor y sufrimiento, de escandalosas injusticias y horrendos crímenes que todos conocemos. Los cambios y las mutaciones, hoy apenas perceptibles, se dejarán sentir poco a poco, cada vez con mayor intensidad y frecuencia. Ya no se trata de la guerra convencional entre Estados y naciones, sino más bien de una guerra larvada, sostenida, librada en todos los frentes, una guerra que sacudirá a la humanidad entera. Tampoco se trata del terror como método de lucha que se cree legítimo frente a la ilegalidad de un régimen de tiranía u opresión, sino del terror que atenta contra la legalidad democrática del Estado. Habría que hablar entonces del terror autotélico, convertido en un “fin en sí mismo”: el terror como *telos*, no simple medio para alcanzar algo, sino finalidad que se agota en sí misma.

Una vez más habrá que darle la razón al viejo Marx: los fenómenos sociales y políticos, y aun las creencias religiosas, no pueden explicarse haciendo abstracción de las condiciones materiales de vida de los pueblos. En los países industriales del primer Mundo, ricos y prósperos, el terror como medio de lucha es una manifestación marginal que carece de apoyo y de base legítima. Existe,

pero más bien como aberración y excentricidad. ¿Qué hombre sensato, que viva rodeado de comodidades, se haría miembro de un grupo terrorista? ¿Quién, teniendo una vida confortable, se atrevería a poner bombas en lugar públicos o a inmolarse haciendo estallar en su propio cuerpo un explosivo en medio de una multitud? Tales actos serían propios de gente convencida y sin esperanza, que nada tiene que perder, no de apacibles burgueses. En Europa, algunos grupos terroristas ya han eclipsado por completo: el Baider-Menhoff alemán, las Brigadas Rojas italianas. El IRA irlandés, la ETA en España, el Ejército Rojo del Japón y las milicias ultraderechistas en los Estados Unidos aún son grupos marginales activos. Sin embargo, no tienen posibilidad alguna de triunfo político o militar frente al Estado y la sociedad civil. No tienen futuro.

El terrorismo es un epifenómeno, un efecto y no una causa, y las causas que lo explican (pero no lo legitiman) son muchas. El terror islámico, que ahora amenaza a Occidente, ha hallado su caldo de cultivo en el injusto orden social y económico que impera en la mayoría de los países musulmanes. Allí el fundamentalismo o integrismo (en su origen, una noción protestante, no islámica) ha ganado cada vez más adeptos entre profesionales de clase media y jóvenes de barrios periféricos de las grandes urbes. Es precisamente entre éstos donde ejerce su mayor poder de seducción y halla su base de sustentación.

El fundamentalismo islámico -lo mismo que el judío y el cristiano- es hoy un movimiento político-religioso. En esencia, se basa en una interpretación intransigente de los textos sagrados y en la observancia estricta de las leyes coránicas. Rechaza de plano una modernidad secular y laica que lleva la impronta innegable de Occidente y a la que considera raíz de todos los males que padecen las sociedades musulmanas. Apela a la identidad islámica, que debe ser reafirmada, y al retorno a tradiciones y costumbres ancestrales, algunas muy crueles y bárbaras.

El fundamentalismo islámico suele desembocar en terrorismo. Sin embargo, ello no es exclusivo del Islam, sino un peligro común a todos los movimientos fundamentalistas. Si bien existe un vínculo estrecho entre ambos fenómenos, no hay que confundirlos. El empleo del terror es sólo una de las posibles manifestaciones de la lucha por la defensa intransigente de la fe, una salida cuando las puertas de acceso al poder se cierran y las causas se radicalizan. El fanatismo religioso es el elemento de cohesión que en los militantes islámicos se traduce en deseo de morir por la fe y en mórbida fascinación por la muerte. La práctica del terror es resultado directo del extremado celo fanático. El "terrorismo islámico" se nutre de muy diversas fuentes y todas confluyen para generar un resultado explosivo; en primer lugar, la pobreza extrema y la marginalidad en el Tercer Mundo; a seguidas, el fracaso rotundo de las utopías seculares en el mundo musulmán y el descontento de las masas desposeídas y excluidas del bienestar,

que sienten que nada tienen que perder; unido a esto, el auge del integrismo islámico, que lo alimenta y vivifica; y luego los regímenes despóticos que le sirven de apoyo y la política exterior norteamericana en el Medio Oriente, hegemónica y expansionista, que provoca las reacciones hostiles y la furia incendiaria de musulmanes radicales.

Es poco probable que la nueva guerra contra el terror suicida se gane por la vía policíaco-militar. No hay modo de luchar contra un kamikaze dispuesto a inmolarsse usando su cuerpo como arma letal. Es imposible sancionar a los autores materiales de atentados suicidas porque éstos se matan en el acto, burlando así cualquier tipo de sanción. Lo posible es infiltrar las células secretas, desarticular las redes, destruir las bases de entrenamiento militar, eliminar a los agentes individuales del terror. Pero, ¿cómo identificarlos con exactitud, cómo ubicarlos y cazarlos en frío, mientras llevan una cotidiana, normal, lejos de los campos de entrenamiento?

El nuevo “enemigo” es invisible, como el Dios que le inspira y en cuyo nombre actúa. Alá es el Dios sin rostro, que prohíbe toda representación suya en imágenes. El enemigo tiene un perfil difuso, desconocido. Es del todo imprevisible. Ataca y nunca repite el ataque: cada vez lo hace de modo diferente, con ritmo siempre *in crescendo*. Es frío y calculador, no se precipita, antes bien se toma su tiempo. Ignoramos cuándo, cómo y desde dónde puede volver a atacar. Lo único que podemos predecir es que tarde o temprano volverá a aterrorizar. Las redes terroristas están dispersas, diseminadas por el mundo; se organizan en pequeñas células, sus estructuras son complejas e intrincadas y algunas podrían estar descentralizadas. El enemigo habría alcanzado tal grado de organización que le permitiría a algunos grupos disfrutar de cierta autonomía relativa para actuar por cuenta propia, fuera del “centro” de toma de decisiones.

Noam Chomsky se pregunta cuán difícil sería hacer pasar una bomba de quince libras de plutonio a través de la frontera mexicana o canadiense con los Estados Unidos. El solo pensarlo aterra. Pero si se lo piensa bien a fondo, se arriba a una sola conclusión: en un mundo cada vez más globalizado, el terror nuclear se ha convertido también en realidad global.

Los ataques terroristas contra los Estados Unidos no cambian el curso de la historia, pero sí imprimen una nueva dirección a los acontecimientos. Obligan a establecer nuevos objetivos y prioridades. Marcan un cambio de rumbo o de tendencia, un momento decisivo, un punto de inflexión en la política internacional: un “turning point”. Pero aun si no han cambiado la historia, los

atentados del 11 de septiembre han modificado la percepción de la realidad en los estadounidenses. El terror que nos amenaza, también nos uniformiza y nos iguala. Ahora, por primera vez, todos sin excepción –asiáticos, africanos, europeos, latinoamericanos y norteamericanos- somos contemporáneos de todos en el horror y la desgracia.

Terrorismo, dominación por el terror, es la palabra de los mil rostros. Nadie se autodenomina terrorista, aunque lo sea: éste es siempre el otro, nunca yo; terror es lo que hace el otro, no lo que yo hago. Por eso, la nueva guerra contra el terror es equívoca, pues sólo implica la guerra contra el terror del otro, no contra el propio. La coalición internacional contra el terrorismo, que agrupa a algunos Estados abiertamente terroristas, sólo combate un tipo específico de terror: el privado o clandestino, pero no contempla combatir el terror que emana del Estado.

¿Cómo evitar que la persecución y “caza” del terrorista genere más destrucción y muerte inocente? ¿Cómo impedir que esta lucha decidida y tenaz contra el “terrorismo internacional” se convierta en móvil para mutilar libertades civiles y derechos individuales en las sociedades democráticas? ¿Cómo evitar que no sea un pretexto del Poder para reprimir toda oposición y disensión internas, aun dentro de un marco de legitimidad democrática, o para restaurar el terror de Estado allí donde se lucha por reivindicaciones legítimas? Porque este es el gran temor, que muchos callan y pocos se atreven a sugerir: que entremos en una especie de “guerra fría” reeditada, que esta guerra contra el terror se convierta en otra forma horrenda de terror, practicada ahora desde el todopoderoso Estado y sus aparatos represivos; que la simple sospecha de terrorista baste para acusar y condenar a cualquier disidente del poder establecido y extienda la amenaza de tribunales militares que violentan las libertades civiles consagradas en todo auténtico Estado de derecho.

Es preciso decirlo: junto al terrorismo “privado” de los Bin Laden y los Al-Zawahiri, existe también el terrorismo de Estado. Es el terror de militares y paramilitares, de dictadores y tiranos sanguinarios, de regímenes despóticos y corruptos, empleado de forma vasta y permanente en muchos países del mundo. Hay Estados terroristas en esencia y Estados que apoyan el terror hacia otros Estados, pueblos y naciones.

Propiciada por los Estados Unidos de América, la resistencia afgana a la invasión soviética asumió la forma de guerra santa (“yihad”) contra el ateísmo soviético. Norteamérica apoyó y financió el terror islámico en su lucha contra el comunismo durante la Guerra Fría. Impredicible e insobornable, la yihad, que primero se volvió contra los rusos, ahora se ha vuelto contra los norteamericanos. Sin embargo, esta “guerra santa” contra Norteamérica y Occidente no es reciente.

Su inicio puede vislumbrarse desde el triunfo de la revolución shiita en Irán, en 1979, inspirada por el integrista islámico. Se trata de un movimiento de reafirmación de la identidad islámica. Su signo distintivo es el rechazo radical de la modernidad occidental en todas sus formas, que se expresa en una “voluntad de ruptura” con la sociedad secular y laica, impregnada de los valores “perniciosos y corruptores” de Occidente. Los militantes islamistas han llevado al extremo esa voluntad de “ruptura” con el mundo occidental recurriendo a la violencia y al terror.

Mucho mejor que los estadounidenses, víctimas recientes, los latinoamericanos tenemos una memoria viva y una experiencia dolorosa del terror. Contamos con una larga historia de regímenes de oprobio y violación de derechos humanos. Las heridas de esa historia son profundas y aún siguen abiertas. Basta recordar los casos de países de Centroamérica y de Sudamérica: los regímenes de facto, la matanza de indígenas, el terrorismo de los “Contra” en Nicaragua, la guerra sucia de los “milicos” en el Cono Sur, los crímenes de paramilitares en El Salvador, Guatemala, Colombia, Perú...

La lógica del contraterrorismo termina propiciando el terror de Estado, el peor de los terrores posibles. De ahí al totalitarismo hay un solo paso. Hitler y Stalin encarnan el terror de Estado en el siglo XX; Pinochet y Pol Pot son ejemplos de terroristas de Estado. Trujillo y el Balaguer de los Doce Años ejercieron el terror en nombre de la razón de Estado. El francotirador gringo de los Molinos, en 1965,, era un terrorista, y, además, invasor, interventor. Israel ejerce el terror en los territorios ocupados de Palestina y los atacantes suicidas palestinos le responden con terror. En Perú, el terrorismo maoísta de Sendero Luminoso sirvió de coartada para que Fujimori y Montesino ejercieran el terror de Estado.

En amplias zonas del mundo, el Estado suele ejercer o exportar el terror con eficacia y crueldad mayores que las de algunas organizaciones terroristas particulares. ¿Cómo podrían ponerse de acuerdo los Estados en combatir el terror de Estado? ¿Cómo podría luchar contra esa otra forma de terror que ellos mismos generan? ¿Cómo ser tan miopes para no ver en la pobreza extrema y la marginalidad tercermundistas -también en los países árabes y musulmanes- una forma insoportable de injusticia y de violencia estructural? ¿Y cómo negarnos a reconocer que la política exterior norteamericana en el Medio Oriente y el Asia Central ha engendrado verdaderos monstruos como los Saddam Hussein y los Bin Laden y, a la postre, generado reacciones criminales como las del 11 de septiembre en Nueva York y Washington? ¿Por qué nos contentamos con repudiar los efectos brutales del mal mientras nos negamos a identificar sus causas profundas? ¿Es el terrorismo islámico causa o efecto? ¿De dónde viene y cuáles son sus raíces? Basta con apelar a la lógica de causa-efecto, de héroes y villanos, de creyentes e infieles para comprender este presente convulso y tormentoso? ¿Hacia dónde conduce

esa otra lógica del contraterrorismo? ¿O aquella exigencia de toma de partido entre dos terrores, tan excluyente como totalitaria: O estás con nosotros o contra nosotros!?

No me hago muchas ilusiones sobre el futuro inmediato de la humanidad. Temo que ésta lleve en sí un elemento de disolución, el principio de su autoaniquilación total. Sin embargo, pienso que el nuevo entorno, que ha forzado a diseñar un nuevo mapa de relaciones y alianzas internacionales, puede brindar la ocasión para un profundo replanteamiento ético. El nuevo orden mundial, proclamado tras el fin de la Guerra Fría, ha fracasado rotundamente, pues sólo disfrazaba una injusticia secular. Hoy es imperativo un orden económico y moral distinto, con una escala de valores éticos distinta que rija las relaciones entre pueblos y naciones. Tal orden debería fundarse sobre cuestiones de justicia y equidad, de paz y libertad. La agenda antiterrorista, puesta de pronto en el centro de toda discusión, no puede abordarse seriamente si no se tocan las raíces del problema y no se contemplan otras realidades urgentes: solucionar viejos y dolorosos conflictos regionales como el palestino-israelí en el Medio Oriente, reducir la brecha enorme que separa a países ricos de países pobres, aliviar la miseria de dos tercios de la población mundial, propiciar el diálogo en lugar de la confrontación entre culturas y civilizaciones, en especial con la versión moderada y tolerante del Islam.

La guerra contra el terror puede cosechar algunos buenos frutos temporales, pero a la larga será ineficaz mientras no se enfrenten los motivos profundos del mal. Es preciso derrotar el terror -venga de donde venga- por los medios democráticos propios de todo Estado de derecho, no por los de un Estado de excepción; reducir al mínimo los niveles de violencia; difundir al nivel global la cultura de la tolerancia y del respeto a la diversidad.

En el fondo, esta tarea inmensa no deja de ser equívoca, paradójica, “contra la historia” misma. Pues, ¿no hay acaso en la historia entera del hombre un trasfondo de terror, un decorado de fanatismo y crueldad que ha animado y sostenido a los grandes imperios y a las grandes potencias?

INDICE

RITUALES

Todos los años el año	
Para esta época del año	
Cambio y permanencia	
Ilusiones	
Ensayo y error	
Medianoche en Times Square	

ANDANZAS DE LA MUERTE

La muerte del otro	
La selva en marcha	
Largo desierto	
Un atisbo de Dios	

ABOMINACIONES

Diatribas contra el mal del siglo	
Ese maldito otro	
Cría cuervos	
Efigie del anodino	
El último de los calumniados	

LA MEMORIA INCAUTADA

Memoria y olvido	
Crimen sin castigo	
Elecciones	
Decisiones	
Examen de conciencia	
Carta a un amigo que aún no ha vuelto	

HIC ET NUNC

Aquí y ahora	
De la vida cómoda	
La condición rebelde	

CONTINUIDAD DE LOS MALES

El drama que no cesa	
Lecciones de geografía	
Las sociedades poscomunistas	
Revoluciones 1989: primer balance	
A sangre fría	
El fanático y su verdad	
Terror y temblor	
¿Cambio de rumbo?	